





COLECCION

DE

ARTICULOS RELIGIOSOS

Y MORALES,

POR

Fernan Caballero.

CÁDIZ.

EDUARDO GAUTIER, LIBRERO.—EDITOR.

SAN FRANCISCO, 25.

1863.







**COLECCION**  
DE  
**ARTICULOS RELIGIOSOS**  
**Y MORALES.**

---







FA-756

COLECCION  
DE  
ARTICULOS RELIGIOSOS  
Y MORALES,  
POR  
FERNAN CABALLERO.

---

CADIZ.  
EDUARDO GAUTIER—EDITOR,  
SAN FRANCISCO 23.  
1862.





Es propiedad del Editor.

IMPRESA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA,  
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,  
CALLE DE LA BOMBA NÚM. 1.



A LOS  
SERENISIMOS SEÑORES INFANTES

DUQUES DE MONTPENSIER.

---

SERENISIMOS SEÑORES.

*Habiendo oido á varias personas preguntar, cuáles eran el objeto, el destino y la ocasion de la obra que por mandato de Vuestras Altezas Reales se está ejecutando en Buena-Vista, y convencido de que son pocas las que puedan satisfacer cumplidamente estas preguntas, me he sentido impulsado á intentarlo puesto que tuve la suerte de ser yo quien sacase del olvido en que estaba el objeto que promueve esta obra, que conozco su destino, y sé y celebro la causa que la impulsa y activa.*

*Aunque mi inteligencia, mis facultades y mis pensamientos estén absorbidos y entumecidos por el mas acerbo pesar y no puedan auxiliarme en mi intento, el corazon, cuyo sentir no embota sino aviva el dolor, será el que, al ver alzarse este monumento religioso é histórico de entre sus ruinas, movido por su amor á la Religion y al pais y por la gratitud que siente hácia sus Augustos Reedificadores, referirá sin la cooperacion de aquellos y con la sinceridad y espontaneidad que le son propias, el objeto, el destino y la ocasion de esta obra, aunque carezca lo escrito de todo mérito literario.*



*En vista de lo cual, suplico á Vuestras Altezas Reales, y ruego á todo el que lea este corto relato, que disimulen su mala redaccion en favor de los buenos sentimientos que lo han dictado, que son el amor á la Religion y glorias del pais y la ardiente gratitud hácia los Augustos Príncipes que tanto las aman, atienden y honran.*

*Ahora que cediendo al deseo de varias personas, sobre todo al de las madres de familia, se reunen los artículos religiosos que en varias épocas he escrito en un tomo, me permito dedicarlo á Vuestras Altezas Reales, siendo el asunto de que trata lo solo que le hace acreedor á tan alta honra. Al mismo tiempo deseo que esto sea un testimonio, no tanto del respeto que me inspiran las altas gerarquías, no tanto de la admiracion que siento por las altas y nunca desmentidas virtudes de Vuestras Altezas Reales, sino de mi tierna gratitud por los caritativos, dulces y delicados consuelos con que la santa piedad de Vuestras Altezas Reales me sostuvo en mi desgarrador infortunio, hasta llegar la admirable hermana de nuestra Soberana á mezclar sus santas lágrimas de compasion con las amargas mias de dolor. La gratitud por tan sublime beneficio de corazon, arde cual viva hoguera en mi corazon, sostenida de continuo por el recuerdo, y ansia por hacerse luz para que otros corazones nobles y compasivos bendigan á Vuestras Altezas como lo hago yo cada vez que respiro.*

A los pies de VV. AA. RR.

FERNAN CABALLERO.



HACE un siglo que siguiendo el destino de las naciones, España que habia llegado á ser la primera del mundo, empezó á descender, como descende á nuestra vista el sol desde el zenit. Pero así como el rey de los astros renace pasada la triste y oscura noche, así las naciones se recobran y levantan de su prostracion cuando cesan las causas que la originaron.

España con mas glorias que jamás alcanzara pueblo alguno, madre de conquistadores insignes, que llevaron la luz á desconocidas y remotas regiones, de artistas eminentes que solemnizaron el culto y dotaron su patria de las maravillas del arte puro y cristiano; España, madre de poetas y escritores que glorificaron su religion y ennoblecieron aun mas el espíritu caballeroso de esta nacion, haciendo nobles hasta al pueblo; España, madre de santos, de guerreros y de sábios sin cuento, subió al zenit, y su destino le dijo: "desciende." Guerras con el Extranjero, desleal desunion de las colonias que crió á sus pechos, traidoras invasiones, epidemias, hambres, guerra ci-



vil, todas las calamidades se sucedieron unas á otras sin interrupcion. ¡Qué extraño, pues, que arruinado el país, empobrecidas las arcas del Estado, talados sus campos, desunidos sus hijos, frío y poco compacto el espíritu público, desatendiese sus grandezas y perdiese su puesto y su preponderancia! Y no obstante indíjenas y extranjeros claman contra el efecto sin tener en cuenta las causas.

Pero, como ya dijimos, las naciones, como el sol, vuelven á brillar y á emprender su curso ascendente. Las imaginaciones hartas de estériles y dañinas luchas se sosiegan; paulatinamente se rehace y purifica el espíritu público atrayendo á todos dulcemente al rededor del trono, que aman y al pié de la cruz, que adoran. Entónces al espíritu público, que, siendo genuino, es el amor al hogar y á la familia, ensanchado y exento de personalidad le sucede como al que regresa de una excursion lejana á su hogar doméstico, quiere posesionarse de la herencia que dejaron en él sus venerados antecesores, para que fuese rico y honrado; busca con cariño los recuerdos de su niñez; y, ¡cuál es su dolor si halla aquella destruida, estos profanados y otros por su culpa prontos á sufrir igual suerte! Su sentimiento es grande, pero estéril y tardío, porque destruir es fácil siendo como es obra de niños y de palanqueta, de incuria y de ignorancia, pero no así el reconstruir que es obra de oro y de



poderosos, de ánimo y de cultura. Así, pues, al ver á sus piés las ruinas de su patrimonio exclama abatido:—¿Quién hace revivir cenizas? ¿Quién dá vida á esqueletos?—é impotente desniaya. Pero no, que al modo que la estrella de la mañana anuncia la reaparicion de un nuevo dia, así anuncian una nueva era á la nacion nuestros jóvenes y augustos Monarcas é Infantes con su amor al pais, con su celo por las mejoras, con su adhesion á las glorias de la Religion y de la historia, con su grande é inteligente aprecio de las artes; con su tolerancia, con su desvelo por los desgraciados, tomando la iniciativa en el renacimiento del legítimo espíritu público en medio de las unánimes simpatías y aplausos del pais.

No es nuestro propósito referir aquí todas las señaladas muestras de la religiosa, patriótica é ilustrada munificencia que han dado SS. AA. RR. los Serenísimos Infantes Duques de Montpensier á la provincia que tiene la dicha de ser habitada por ellos. Solo de una, de la más reciente, nos ocuparémos, de aquella con la que SS. AA. RR. solemnizan y demuestran su gratitud al Todopoderoso, así como á la Vírgen y á su invicto y santo ascendiente el Rey Fernando III, por el nacimiento de un hijo, que será una gloria de España si hereda las virtudes de sus Padres y si imita las de su santo y esforzado Patrono y Progenitor.

A una legua de Sevilla, en la misma direc-



cion que sigue el rio, termina el valle en que aquella se asienta en una eminencia que lleva por adecuado nombre: BUENA-VISTA. Véase desde allí extenderse en su llano la ciudad mora engarzada en sus almenadas murallas, tan erguidas y enteras como hace ocho siglos, sin que haya podido clavar en ellas el tiempo su diente destructor, así es que el pueblo que unas cosas sabe y otras adivina cantaba y canta todavía:

Como Sevilla tiene  
Fuerzas murallas,  
No pueden mis suspiros  
Atravesallas.

A la izquierda de Buena-Vista, algo apartado, corre el rio, buscando ya de un lado, ya de otro, senda más florida que la que se le presenta entre las áridas marismas, para llegar al mar; pero es en vano. Su destino, cual el suyo al hombre, le dice: "sigue la senda que te tracé." El rio prosigue resignado y tranquilo el sendero marcado, reflejando en sus aguas al cielo, ese cielo andaluz que solo el pueblo ha sabido enaltecer en estos versos tan llenos de religiosa poesía:

La Virgen se subió al cielo  
Y dejó su manto azul,  
Que cambió por uno negro  
Para el luto de Jesus.

En la orilla opuesta del rio se acerca para



cortarle el paso un alto cerro, pero se detiene abruptamente como obedeciendo á un gesto de su Creador: á sus piés se agrupa S. Juan de Aznalfarache, modesto jardin de flores que se crian entre olivos, como brotan las alegrías á la sombra de la paz. Sobre su cresta le pusieron los moros un castillo, como un yelmo, y los cristianos que hicieron de éste una Iglesia, le pusieron una Cruz, como una diadema.

A la derecha de Buena-Vista el campo se viste de sembrados, olivares y huertas, entre las que se abre paso el acueducto que desde mas allá de Alcalá trae un abundante caudal de aguas á la pulcra sultana que desdeña las de su rio.

Nada se oia en aquella altura una mañana de fin de verano de 1248, sino el dulce gorgceo de la alondra que se elevaba cantando en busca de la luz, como si su vuelo fuera un canto ó su canto un vuelo. Los olivos que cubren al opuesto lado el descenso del cerro no movian sus ramas por temor de perder su maduro fruto, y sobre las torres de Sevilla brillaba al sol la Media-Luna creciente que en breve debia sufrir su triste menguante.

A poco y en direccion de Alcalá, vióse acercar un numeroso ejército sobre el cual tremolaba el airoso pendon que en campo morado ostentaba las nobles armas de Castilla y de Leon, rematando su asta con la sacrosanta



Cruz de los Cristianos. Acaudillaba este ejército un héroe, un Rey, un Santo, Fernando III, gloria de España, terror del moro.

Detúvose el Santo Rey en Buena-Vista y consideró al mirar aquella poderosa y atrincherada ciudad, aquella coraza de argamasa que la ceñía lo árduo de la empresa que proyectaba intentando su conquista, y lo desmayadas que estaban sus tropas por el cansancio y la sed; pero no por eso decayeron sus bríos, ni se abatieron sus esperanzas, antes levantando su fervoroso corazón á una efigie de nuestra Señora que siempre llevaba consigo, le prometió en solemne voto, labrarle una capilla en el mismo sitio en que se hallaba, si con su intercesion poderosa alcanzaba hacerse dueño de la ciudad mora.—"Valme, Señora! exclamó con piadoso fervor el Monarca: Valme, Señora, que si te dignas hacerlo, en este lugar te labraré una capilla, en la que á tus piés depositaré como ofrenda, el pendon que á los enemigos de España y de nuestra santa Fé conquistaste." (1)

---

(1) La tradicion popular llama á este pendon: *el de S. Fernando*, y hasta ahora se ha creido generalmente que lo era, no existiendo documento alguno que acredite lo contrario. Pero examinado detenidamente por S. A. R. el Serenísimo Sr. Infante, es su ilustrada y competente opinion, que apesar de haber sido su asta rematada por el Santo Rey con un Crucifijo de metal, es el pendon de origen moro, por atestiguarlo así su conformacion, labores y adornos, muy semejantes á las de los que S. A. R. vió recientemente conquistados á los moros por las tropas francesas en Argelia.



Dice la piadosa tradicion que entonces el Santo Rey lleno de fé, exclamó:

”Si Dios quisiere  
agua aquí hubiere:

y que dirigiéndose hácia el lado izquierdo de la bajada en cuyo llano se hallaba con su hueste el valiente caudillo D. Pelayo Correa, Maestro de Santiago, le gritó, *Hinca, Pelayo*; obedió éste y al punto brotó en los sitios en que hincó el Maestro su baston de mando un surtidor de agua; por lo cual quedó á esta fuente el nombre de la *Fuente de Pelayo*, que lleva hoy. (1) Conservóse desde entonces y se veia en la capilla que el Rey labró mas adelante un asta de buey, que fué de la que se sirvieron capitanes y soldados para beber, la que no existe ya, pero que recuerdan haber visto muchos habitantes de Dos-Hermanas.

Refrigerados ginetes y caballos entraron con nuevos bríos en el combate del que salieron vencedores, y quedaron tan desanimados los sitiados, que poco despues se rindieron.

Conquistada Sevilla, el Santo Caudillo fiel á su voto, labró en el sitio marcado la prometida capilla á la Vírgen cuyo auxilio imploró clamando: Valme! apóstrofe que desde entonces

---

(1) Llámánla tambiente la *Fuente del Rey*. Preguntando á un habitante de Dos-Hermanas cual de los dos era el nombre de la fuente, contestó textualmente: ”ambos se le dan; *las dos memorias tiene.*”



conservó por advocacion la Señora, que en ella quedó depositada, así como el pendon cogido al moro que le ofreciera el Santo Rey. (1)

Pasó el tiempo, ese lento pero seguro destructor, y el insigne aunque modesto monumento religioso é histórico empezó á deteriorarse, sin que el sentimiento religioso, ni el respeto á la historia, ni el interés y amor propio local se moviesen á impedir que desapareciera aquel testimonio y recuerdo de un hecho inmortal. Por las grietas de sus muros pedia auxilio el santo monumento! Pero las flores de las parietarias vendaban, sin curarlas, las heridas del tiempo, quien con la misma ininteligente indiferencia que tiene la desidia redoblaba sus estragos no hallando oposicion á sus tristes efectos. Así fué que cuando iba á desplomarse el venerado santuario, olvidado y desatendido de la gran ciudad de cuya regeneracion era monumento, archivo de su mayor gloria, pila de su bautismo (2), herencia de su santo conquistador, el pobre pueblo de Dos-Hermanas que se halla situado á una legua de distancia determinó, para no verlas envueltas en los escombros de su santuario, llevar.

---

(1) Dice D. Diego Ortiz de Zúñiga: "Asentóse de nuevo el Real donde ahora está la ermita de Ntra. Sra. de Valme, en que es tradicion que estaba el pabellon real y el Oratorio de S. Fernando en que negociaba con Dios en oracion y penitencia las victorias que solo deseaba á honra de su nombre, donde tenia una imágen de nuestra Señora."

(2) Habia sido cristiana, pero era entonces mora.



se á la iglesia de su lugar el pendon y la querida Señora, á quien tantas veces, á imitacion del Santo Rey y con su mismo fervor habia clamado en sus aflicciones y necesidades: Valme, Señora! Valme!

Cuando la capilla no cobijaba ya á la Virgen cayó derruida, no quedando de ella sino tristes ruinas mengua de la ingrata era que las hizo, y de la olvidadiza que las consentia. ¿Quién te dará razon, generacion presente, y á vosotros, siglos venideros, de este hecho y de este monumento religioso é histórico? Los ancianos que lo conocieron y veneraron mueren uno á uno. El eco de Buena-Vista, que repetia con el piadoso conquistador de Sevilla: Señora, Valme! ha enmudecido; las piedras que formaron el ex-voto de un gran Rey, están esparcidas por el suelo, como lo están en el desierto los huesos del que pereció de cansado, sin que socorro ninguno llegase á él. Nadie sabrá en breve quien fué el fundador ni cual fué el origen de la construccion cuyos restos mira con indiferencia, y solo algun aldeano de la vecina aldea cantará al pasar á su lado:

A la Virgen San Fernando  
Esta capilla labró,  
Y á los piés de la Señora  
Su pendon depositó.

Dice la piadosa tradicion que en su huida á Egipto, buscó amparo y descanso la Virgen á



la sombra de un olivo. Agradecido el olivo á tan dulce favor, que desde entonces reconoció como lo dice el canto de Noche-buena,

La Vírgen quiso sentarse  
A la sombra de un olivo  
Y las hojas se volvieron  
A ver al recién-nacido:

ha brotado y crecido espontáneamente entre estas ruinas uno silvestre como para ampararlas y custodiarlas; mudo é impotente santero, adecuado para serlo de las ruinas de un santuario, pero arraigado en sus cimientos como lo están el amor y la veneracion hácia él, en los corazones de los pobres de Dos-Hermanas! El suyo ha sido el solo amparo que las ruinas han hallado.

No nos ha sido dado averiguar con certeza la época en que tuvo lugar la traslacion de la Vírgen y del pendon á la iglesia del referido pueblo. Ateniéndonos á la tradicion verbal de sus pobres vecinos, creemos que habiéndose traído á la Señora en procesion de Rogativa al pueblo cuando la epidemia de 1800 denominada *la grande*, no volvió á salir de aquella iglesia. (1)

---

(1) Otros dicen que volvió despues á su santuario hasta 1802 que fué traída definitivamente. Entre los infinitos cuadritos de ex-votos representando milagros, que cubrian las paredes de la capilla y de los cuales aunque hoy perdidos, dan noticias aquellos que aun los vieron, merece notarse uno puesto con el siguiente motivo: Caminaba hácia Sevilla



Refieren que habia treinta y seis agonizantes en el lugar cuando en él entró la Vírgen, y que al pasar por las puertas de sus casas clamando cada cual lleno de fervor y de confianza: Señora, Valme! instantáneamente se aliviaron, sanando todos á poco, como lo atestigua la devota copla que aun hoy dia cantan los moradores de aquel lugar:

En el dia dos de Noviembre  
Entró la Señora en su procesion  
Repartiendo de sí una fragancia  
Que á todo el enfermo la salud le dió.

La Vírgen es atendida, amada, y reverenciada por fervorosos corazones en un pueblecito pobre y desconocido, solo los buenos vecinos de aquel lugar os contarán con entusiasmo el egregio origen de su Vírgen del Valme, y las mercedes y consuelos que de ella han recibido. Pero, el pendon que conquistó Fernando III á los enemigos de su fé y de su reino ¿dónde está? ¿quién sabe siquiera que haya existido entre esas piedras esparcidas al rededor de aquel silvestre olivo? Desatendido, olvidado, desconocido, se pregunta: ¿Fuí yo el pendon que conquistó un Rey invicto? ¿Soy la ofrenda de un Santo admirable?

---

un hombre á caballo que traia á su mujer á ancas, cuando les dijeron que de un encierro se habia desbandado un toro, y á poco lo vieron venir y dirigirse hácia ellos en su veloz carrera: ya á punto de embestirlos gritó la mujer: "Madre mia del Valme!" y al oir este nombre se arrodilló el toro, y así aparecia pintado en el cuadro.



No hace mucho tiempo que los sencillos aldeanos vieron llegar á su pueblo á un jóven ginete. A pesar de la sencillez de su trage y de sus maneras, la librea de casa Real que llevaban los criados que le seguian le dió á conocer á los pobres atónitos, quienes le rodearon con el interés, la adhesion, respeto y alegría que siente el pueblo por cuanto pertenece á la familia de sus Monarcas. El Príncipe Real, pues en efecto lo era como hijo del Rey de Francia, como yerno del de España, se apeó y entró en la iglesia precedido por el Cura que se apresuró á anticiparse á los deseos del noble Infante, cuyo nombre, unido al de la Serenísimá Sra. Infanta Doña María Luisa Fernanda, es tan conocido como bendecido por los pobres.

El augusto hijo de la Reina Amalia hizo que le enseñasen cuanto contenia la iglesia y la capilla de Santa Ana. Se informó y enteró de cuanto queria averiguar y se despidió del Cura y del Alcalde, encargándoles de parte de la hermana de nuestra Reina, (que quiso dirigir y trabajar con sus reales manos en su restauracion) que con este objeto llevasen con las debidas precauciones al noble cautivo moro, al antiguo inválido pendon, á su palacio de San Telmo.

Es conocido y notorio como esto se efectuó: ninguno de los que presenciaron la solemne funcion religiosa que tuvo lugar en la iglesia



de Dos-Hermanas cuando fueron los Infantes de España á presentar á la Vírgen su restaurada ofrenda y contempló aquel pendon consagrado, llevando S. A. R. el Infante asida la robusta asta, cubiertos con aros de plata los destrozos de la polilla y fortalecido por ellos contra los estragos del tiempo, y sosteniendo la augusta Infanta en sus blancas y delicadas manos las puntas de la tela que tremolara en los combates de moros y cristianos hace seiscientos años, dejó de comprender, que un espectáculo tan conmovedor en su esencia, tan bello en su forma, tan poético é ideal por reunir ambas excelencias no se borra mientras conserve el que lo presencié un corazon que sienta, y una memoria que recuerde.

Pero no bastaba lo hecho al amor que profesan SS. AA. RR. á las glorias religiosas é históricas del pais, ni tampoco satisfacía á la admiracion y culto que consagran á la Vírgen cuyo nombre solo es una oracion, y á su santo ascendiente S. Fernando digno primo de S. Luis Rey de Francia.

Con motivo y en accion de gracias del nacimiento de un hijo, determinan hacer reaparecer la capilla, en su misma planta y con su misma sencillez, enhiesta sobre sus ruinas, tal cual estuvo en su origen.—Vése en ella un altar en que está la Señora, y la ofrenda tan noble y significativa, de aquel, que cual no otro alguno probó, que el verdadero valor



es tanto mas sereno y constante cuanto mas lo infunde y sostiene la Religion.

Se traerá á la capilla la imágen del Santo héroe que la ofreció y erigió, uniendo así sus augustos nietos gloriosos recuerdos de familia, á los sentimientos religiosos que los han llevado á reedificar á la Vírgen su primitivo santuario.

¿Ha sido esta insigne y dispendiosa obra inspiracion del Santo? ó es acaso que la sagrada imágen deseaba volver al santuario que le edificara su regio devoto, y que apareciéndose una noche en sueños á su nieta le dijese: yo te valdré, alcanzándote de Dios el feliz alumbramiento de un hijo que llamarás Fernando; pero tú á tu vez, hija querida, Valme!

Es lo cierto que la dulce invocacion, la expresiva plegaria *Valme*, que es lazo de union de la tierra con el cielo, santa voz con la que implora la esperanza á la caridad, triste como la desgracia ó el temor, dulce como la humildad cristiana, como el precepto que dice: *pide*, conmovedora como la orfandad, es, dirigida á la Vírgen, tan familiar á los puros y piadosos labios de la Infanta, como, lo es á sus benignos oidos, cuando el afligido la busca para intercesora con su augusta y poderosa hermana nuestra amada Reina, ó ya cuando la implora el necesitado como espléndida y generosa expendedora de socorros y beneficios.

Ha sido preciso para reedificar la capilla



arrancar el olivo silvestre amparo de sus ruinas; pero no ha sido despedido como intruso, sino transplantado á los regios jardines de San Telmo como bien venido huésped. Los altos, frondosos y elegantes árboles que pueblan aquel sobre toda ponderacion magnífico parque (1) hicieron gustosos lugar al pobre y rústico árbol de las santas ruinas, y las palmeras le saludaron como á antiguo conocido, eran vecinos en Jerusalem; y cuando los ángeles de aquel palacio que recorren alegres sus hermosos jardines se acercan al modesto campesino y le dicen con sus frescas y melodiosas voces: "no te pese el no custodiar ya las des-  
"amparadas ruinas, nuestros Padres las han  
"amparado, las han alzado del suelo y las han  
"devuelto el culto; y pues ellas han recibido  
"sus auxilios, admite tú, buen olivo, el cultivo  
"y los cuidados que te daremos; no echarás  
"de menos la calma que gozabas entre las ol-  
"vidadas ruinas, porque aquí la hallarás lo  
"mismo entre atendidas flores; no extrañarás  
"nuestras alegres voces, pues acostumbrado  
"estás al canto de los pájaros; consuélete el  
"saber, que en el puesto que ocupabas está el  
"altar que han vuelto á erigir á la Virgen  
"nuestros Padres." Entónces el olivo les con-

---

(1) Parque, terreno ó sitio creado para plantas ó para caza inmediato á algun palacio. (*Diccionario de la Academia.*)



testa con el grave susurro de sus austeras hojas:  
"Por eso yo, símbolo de la santa paz, he ve-  
"nido aquí á custodiar la de sus nobles, puras  
"y piadosas almas. Tomad dos de mis ramas;  
"entretejed la una, como genios benéficos, en  
"la respetada corona de Reina de la excelsa  
"hermana de vuestra Madre; enlazad la otra,  
"cual ángeles del Cielo, á la venerada palma  
"de Santa de la egregia Madre de vuestro  
"Padre, y bellas y dulces demandantas de la  
"Capilla labrada por vuestro Abuelo y reedi-  
"ficada por sus Nietos, pedidles para esta obra  
"la augusta aprobacion de la Reina y la so-  
"lemne bendicion de la Santa."

---

*Sevilla* 1859.



Con objeto de dar á conocer la tradicion y el sentimiento del pueblo acerca de la proteccion concedida á San Fernando por la Vírgen del Valme, ha parecido oportuno colocar este antiguo romance popular al final del presente relato.

## ROMANCE POPULAR

DE LA

### VIRGEN DEL VALME.

Dios te salve, Reina y Madre,  
Vírgen del Valme gloriosa,  
Compañera de Fernando  
Que fuiste la mediadora  
Para ganar á Sevilla,  
Esta joya tan hermosa.

El Santo Rey Don Fernando  
Clamaba á esta gran Señora  
Diciéndole: "Madre mia,  
Valme! Valme en esta hora  
Con el favor de tu Hijo,  
Sé amparo de mi corona,  
Y hazme ganar á Sevilla  
Que á tus piés pondré, Señora,  
Vírgen, Valedme, Valedme!  
Y á mi hueste generosa,  
Que soldados y caballos  
Mueren de sed matadora."

Pronunciando estas palabras  
Pegó el Rey tres bastonazos,  
Brotaron tres caños de agua



En los sitios golpëados,  
Y esta soberana Reina  
Le dice así á San Fernando:  
"No desmayes; hijo mio,  
Que la ciudad conquistamos."  
Levantó sus tiernos ojos  
Y le pidió al Soberano  
Que detuviera su dia  
Porque el sol iba bajando,  
Y dando vista á Sevilla  
Ya el moro se ha retirado;  
Y la sagrada María  
Y el dichoso San Fernando  
Hacen su entrada en Sevilla,  
Y el Apóstol Santiago  
Que se apareció en los aires  
En su gran caballo blanco  
Trae una cruz y bandera  
Con un letrero estampado  
Que dice con grandes letras  
Guerra! guerra! soy Santiago!  
Y los cristianos entónces  
De rodillas se han postrado  
Pidiéndole á la Señora,  
Como españoles soldados,  
Que les dé la salvacion,  
Que la tiene de su mano.

Gloriosa Vírgen del Valme!  
Hermosa paloma blanca,  
La Reina de las mujeres  
Fué concebida sin mancha.

---



# LA CAMPANA DEL ROSARIO.

FRAGMENTO

DEL DIARIO DE UNA SEÑORA

tomado de una novela inédita,

Y DEDICADO A SU QUERIDO AMIGO

EL SR. D. FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

---

Mi mas querido amigo: si he tomado el siguiente trozo de entre otros que habia reunido para completar una novela, ha sido porque he creido que el asunto de que trata simpatizaria á tan antiguo como íntimo amigo, con el que me vanaglorío de concordar, no solo en sentimientos, sino en ideas; así es que entrego á V. este insignificante brote, como la rama de sauce, cuyas raices están en mi corazon. Admítalo V. con esa bondad tan sin límites de la que me tiene dadas tantas pruebas, y con esa parcialidad que tantas veces me ha alentado en mis tareas, y la que siempre me ha llenado de una satisfaccion profunda, y de una gratitud que me complazco en sentir y en proclamar invariable y eterna.

---







Bienheureuse la cloche au gosier vigoureux,  
Qui malgré sa vieucillesse alert et bieu  
portante,  
Jette fidelement son cri religieux  
Ainsi qu'un viex soldat qui veille sous  
satente.

(*Charles Baudelaire.*)

Bienaventurada la campana de vigorosa  
garganta, que á pesar de su ancianidad,  
alerta y lozana, lanza su religiosa llamada  
como un veterano que no abandona su  
puesto.

Tal vez no comprendan este lenguaje los  
hombres que ocupados únicamente en los  
intereses materiales, no toman ya en cuenta  
las influencias superiores que moralizan á  
los pueblos y desarrollan la civilizacion.

(*Monseñor Donnet arzobispo de Burdeos.*)

---

Piensen los descreidos que las campanas  
son un sonido vano, y creen que solo sirven de  
trompas al clero para interponerse en el curso  
activo y distraido del hombre. ¿Qué mision,  
dicen, tienen esas estrepitosas importunas? Si  
es anunciar unaagonia ó una muerte, ¡qué  
horror!—¿A qué ese intempestivo, *hermano es  
preciso morir?* (1) ¿A qué ese MANE, TEZEL,  
FHARES (2) en el alegre festin de la vida?—

---

(1) Saludo de los Trapenses.

(2) Conté, pasé, segregué.



¿Anuncian un bautismo?... ¿Qué nos va ni nos viene, esclaman de que nazca al mundo un semejante, ni que entre un alma en la grey cristiana?—Si anuncian las fiestas ó divinos oficios, ¿A qué —piensan,—si no queremos concurrir á ellos?

Si, si; así discurren aquellos que, empezando por las campanas hasta llegar á los cimientos, quieren destruir nuestro SANTO TEMPLO, pues ¿cuándo reinó mas audaz la agresion, mas acerba la hostilidad, mas despótica la intolerancia que en el siglo que lleva por pompa vana en sus banderas *filantropía, tolerancia, libertad y derecho del hombre?*—¿Cuándo con mas razon podrian esclamar los religiosos católicos, con alusion á sus contrarios: *amargos, amargos hasta que tornaron en hielo la mas pura gota de la sangre de mi corazon* (1).

Estas campanas, que tanto molestan al descreido soberbio, son para el pobre humilde que tan bien las comprende, su lazo espiritual con el mundo; son su consuelo, su guia, su avisador, su calendario y su reloj: son la voz que les habla, y que siempre les dice algo; por que ellas son el conducto por el que comunica la Iglesia con sus hijos, sobre todo con aquellos que faltos de tiempo, de recursos y de otras comunicaciones, están ignorantes del curso del tiempo, y desviados del de los eventos.

---

(1) Goethe, Torcuato Tasso.



Ellas les dicen que hay quien vele sobre ellos, y que no están solos ni desvalidos. Les dicen que acudan allí á orar con sus hermanos, segun instruyó nuestro SALVADOR la oracion, en comunidad. Les dicen que santifiquen allí el vínculo que da honor y posicion á la compañera que aman, tranquilidad á su corazon y á su conciencia, estabilidad y respeto á sus amores, puesto y personalidad á sus hijos, formando así EL LAZO DE LA FAMILIA, tan santo como dulce, tan necesario á la vejez, tan útil á la juventud. Les dicen que allá vayan para hacer entrar á sus hijos en el gremio de la Iglesia y en la comunidad humana, dándoles legítimamente el nombre á que su sangre les da derecho, y que no pueden negarles sin hacerse reos de infanticidio moral, y les dicen que allí acudan si á la hora de la muerte desean consuelo para sus almas y sepultura para sus cuerpos.

Ellas les advierten al alba que es ya la hora del trabajo ó de la oracion, esas dos vias por las que sin tropiezo se llega de esta vida pasajera á la bienaventuranza eterna. Les anuncian las festividades con anticipacion, y cada festividad es una enseñanza; anuncian á medio dia las vísperas del siguiente, con ellas la hora de descansar el trabajador; al caer el dia tocan la oracion en que, al saludar á la MADRE DE DIOS, da de mano á su tarea. Les amonestan para que antes de entregarse al sueño



y al descanso, oren, á fin de que le obtenga eterno el hermano, conocido ó desconocido que sucumbió. Les convidan á celebrar el bautismo de un recién nacido, así como á alegrarse del tránsito de un alma que al cielo sube sin haber perdido su pureza. Marcan el curso del tiempo, publicando (así como de la vida del hombre lo hacen) la hora que concluyó, y la que comienza. Entonces el olvidado mundano exclama: "¡Pasó esta hora! Aprovechemos la que sigue; *el tiempo es un capital.*" —Y el pueblo fiel según el número de los toques, reza: ocho, ó diez,

Once mil veces te alabo  
Y otras tantas te bendigo,  
Y otras tantas me arrepiento,  
Señor, de haberte ofendido.

Anuncian con poderosa y azorada voz la alarma para convocar á todos al socorro. Tocan cinco graves campanadas, y el filósofo impío dice: "¡Una agonía!... ¡qué tristeza, qué angustia!—¡qué importunidad!—¡esto se debía prohibir!"—Pero el bueno y cristiano pueblo dice: "Tocan á *buena muerte.*—¡Dios se la de!" y reza el *Credo*.

Avisan que va á salir Dios, y el descreído dá rodeo para evitar su encuentro que le obligaría á descubrir su cabeza, y el pobre y cristiano pueblo se arrodilla y sin conocer la voz *filantropía*, reza por su hermano concluyendo con esta hermosa jaculatoria.



¡En gracia te reciba  
El alma que te desea!

¿Por qué, pues, y con qué derecho privaría, el que se denomina *filántropo é ilustrado*, al pueblo, de sus santas misioneras, que algo mejor que sus doctrinas inculcan en él la ilustración y la filantropía verdaderas? ¿Con qué derecho, por qué razones mandaría callar y prohibiría esas saetas, esos avisos, esas llamadas, esos consuelos, que esparcen desde su elevada altura, y que de tan pura atmósfera descenden á la nuestra? ¡No! no enmudezcas, dulce y poderosa voz que nos unes, nos enseñas, despiertas nuestra memoria; que nos consuelas en nuestras penas, nos acompañas en nuestras soledades y nos amparas en nuestros desamparos!—¿Con qué la civilización que no puede hacer callar el mortífero estallido del cañon, haría enmudecer tu santa y consoladora voz?

¡No, no! Si hay una fuerza vigorosa y razones de conveniencia social que conservan aquellos, hay un suave, pero inderrocable poder moral que hace respetar esa voz de paz y de misericordia, con la que la Iglesia, esto es, la religion de Cristo, llama á sus hijos. Y así, á imitación del cristiano filósofo, Saint Martin, que clamaba á Dios: "Padre! ¡Padre! Tantas veces te diré Padre," hasta que me respondas: ¡Hijo!"—digamos nosotros á nuestra Santa



Madre la Iglesia: "¡Madre! ¡Madre! llámanos por la voz de tus campanas, y dinos tantas veces: ¡Hijos! ¡Hijos! hasta que te respondamos todos: ¡Madre!"

¿No teneis en vuestro pueblo una campana, que á la caída de la tarde os recuerda y llama á la oracion? ¿No la habeis oido desde pequeños en las faldas de vuestras madres? Y cuando os habeis alejado del querido hogar de la casa paterna, ¿no habeis oido el eco suyo resonar en vuestro corazon? ¿No está el recuerdo de aquella dulce voz entretejido con el de vuestros padres, el de vuestra infancia y el de vuestro país natal?—hablo con los que tienen padres á quienes aman y honran, patria á quien quieren con entusiasmo, y corazon que guarde recuerdos, como del sol los conserva el cielo en sus estrellas.

Recordad aquella voz inmutable como la de la conciencia, que se esparce y suena lo mismo por el tranquilo ambiente de una tarde de verano, que por entre los mugidos del temporal de una tarde de invierno: ¿acaso no os dice nada? Acaso esa voz que entre el bullicio alegre que bulle á sus piés es grave, y entre el estrépito amenazador es serena, y ajena siempre á toda influencia inferior, ¿no arrastra vuestra alma á su intangible atmósfera?

Cuando se ausenta el dia, y en pos de sí deja el crepúsculo, en esa hora en que ya no deslumbra el sol la vista, y aun no la entor-



pece la oscuridad, suena en mi pueblo una campana. Pertenece á una capilla, y su toque sonoro y claro llama cada dia, hace siglos, á concurrir al rosario, ese himno popular á la Vírgen, simbolizado en una corona de rosas, de las que canta el devoto y poético pueblo:

¿Dónde está nuestro padre Domingo? (1)  
Sus hijos llorosos le van á buscar  
Y le hallaron en el paraíso  
Cogiendo las rosas del santo rosal.

Han pasado por el pueblo tiempos calamitosos y tiempos felices; y la campana, sin alterarse ni modificar su sonido, ha seguido, llamando inalterablemente cada noche á la oracion.

Han entrado en el pueblo enemigos y conquistadores; han imperado contrarios del culto; ha visto á muchas de sus compañeras enmudecer y á otras, bajadas de sus altos puestos y convertidas en monedas de poco valor; pero nada la ha arredrado ni la ha hecho desmayar, y cada noche ha vuelto con santa constancia á levantar su voz y á reunir á los fieles.

El oír su llamada querida es ya un hábito de mi corazón, cuyas angustias tantas veces ha calmado, á punto de equilibrar en mi recuerdo las dulzuras del consuelo con las amarguras de la angustia; y si llegase á faltar su elocuente voz, dejaria para mí, como para otros muchos moradores del pueblo, un vacío en el

---

(1) El que instituyó esta santa y popular devocion.



alma, como lo dejaría la muerte de una persona querida.

No siempre han espresado para mí aquellos sonidos lo mismo, sino que cada situación de mi vida me han dicho una cosa diferente, aunque todas análogas.

¡Cuántas veces pensativa, al ver desaparecer la luz del día, y aguardando la que encienden los hombres, formando un día ficticio sin rocío, sin arreboles y sin canto de pájaros, frío y eventual como todo lo que es artificial he oído á la campana, con melancolía y consuelo á la vez, recapacitando y resistiendo las pasadas emociones que me ha causado!

Cuando la oía de niña, es decir, en aquella edad en la que estarse quieta en una sujeción, y es el moverse una necesidad; en aquella época decía la campana, con la misma voz grave que usaba mi maestra: *¡Venid á rezar, venid á rezar!*—Ya van, pensaba yo entonces, las buenas viejecitas á rezar el rosario.—Esto pensaba, porque siempre que me había llevado allí mi ama, había visto á una anciana pobre, tan aseada, tan devota y tan serena, que se había captado mis infantiles simpatías, por ese temprano instinto que lleva á los niños á presentir más bien que no á discernir, lo bueno y lo malo.

Algunos años después, cuando adornaba mi cabeza y entretegia mis pensamientos con flores, y cuando deshojaba una margarita profetisa, diciendo en queda voz, al arrancar



la hoja: *¿Vendrá... ¿vendrá tarde?... ¿no vendrá?* oía la campana que entonces decia: *¡Ven acá, ven acá!* y ya concebía yo que aquella llamada que me hacía latir el corazón, me prometía más estable dicha que otra alguna. Tan cierto es que la felicidad es triste, porque le es adherente el presentimiento de su inestabilidad!

Tu dis vrai. Le bonheur, amie, est chose grave,  
Il veut des cœurs de bronze, et lentement s'y grave,  
Le plaisir l'effarouche en lui jettant des fleurs;  
Son sourire est moins près du rire que des pleurs.

"Dices bien. La felicidad es cosa grave;  
"quiere corazones de bronce; en que lentamente grabarse. La alegría la retrae al arrojarle flores, y su sonrisa está más cercana del llanto que de la risa."

Entonces no sabía definir, ni menos formular con voces lo que sentía, y mi corazón, cual el eco, repetía las de los poetas que á él llegaban.

¡Poco después fuí feliz.... como á pocos es dado el serlo! Rodeada de todos los objetos de los más santos amores, oía con delicia la campana, que entonces me decia: *¡Da gracias á Dios, da gracias á Dios!*... y yo se las daba, porque siempre respondía mi corazón á su llamada.

Pero en breve se realizaron los presentimientos que con invisibles é impalpables alas, consigo trae la felicidad.

Llegó un día, negro como la noche, angustioso como la duda, triste como una despedi-



da, en el que, en lugar de objetos de cariño, me ví rodeada de sepulturas; ¡estaba sola y desesperada!

Entonces cuando el sol se llevaba tras sí la alegría del cielo, como la muerte se había llevado tras sí la alegría de mi corazón sonaba dulce y consoladora la campana, y me decía: *¡No estás sola, no estás sola!* y al oirla el grito se hacía lamento, y el sollozo, suspiro. Recordaba á la buena y paciente anciana, que seguía concurriendo al rosario en la capilla, y repetía con alusión á ella esta estrofa de una composición de Madame Valmore titulada *La Mendiga*:

Toi que l' on plaint, toi que j' envie,  
Pauvre errante de nos hameaux;  
Toi qui n' attends plus des mortels  
Ni ton bonheur ni ta souffrance.  
¡Oh! donne moi tes cheveux blancs  
Ta marche pesante et courbée,  
Ta memoire enfin absorvée  
Qui dort comme tes pas tremblants.

¡Tú á quien compadecen, y que yo envidio, pobre transeunte de nuestras aldeas! ¡Tú que no esperas de los mortales, ni tu felicidad ni tu desgracia, y cuya última esperanza se halla al pié del altar! ¡Dame tus canos cabellos, tu lento y penoso andar, y tu memoria entumecida que está inerte como tus pasos!

Cuando sobre mí cayeron las desgracias, se encarnizó la suerte, y se cebó la cruel ingra-



titud; cuando la realidad no tenia alivio, ni la esperanza promesas, cuando en la lucha sucumbia mi ánimo, tu pura y consoladora voz me decia: *¡aquí hay amparo, aquí hay consuelo!* —y yo te creia.

Persuadióme la amistad á ausentarme de mi patria para aliviar mis males y distraer mi mente, pero mi dolor lo llevé conmigo; y cuando lloraba por mi país, mi sol, mis amigos y mis altares, oia la suave y lejana voz de la campana de mi pueblo, que me decia: *¡Vuelve acá, vuelve acá!*

Cuando embarcada y entregada la frágil embarcacion al furor de las olas y del viento, se echaba ya de un lado, ya del otro, como un enfermo en un parasismo de ardiente fiebre, temiendo yo que se rindiese por faltarles las fuerzas para seguir luchando; cuando el viento gemia entre las járcias sus lúgubres quejas; cuando las olas asaltaban la nave y se retiraba para volver con mas fuerza, al traves de su estrépito fúnebre y aterrador, cerraba mis ojos y mis oidos, buscando mi mente una áncora de salvacion y de esperanza; entonces oia la campana que me decia: *¡Vuelve acá, ¡Aquí hay calma, aquí hay seguridad!* Sí, dulce y serena campana, ¡tú me prometias doble puerto seguro!... y yo recordaba á la anciana pordiosera, que sin alejarse nunca de tí, tan sosegada hacia la peregrinacion del mortal.



Volví á mi pueblo, y me apresuré en acudir á la llamada que de tan lejos habia oido.

Allí estaba la anciana agobiada por los años pero siempre puntual y fiel. Yo sollozaba, y ví que tambien ella estaba llorando. Las lágrimas atraen entre sí á los que las vierten; me acerqué á ella, y como el amor es la causa mas general y plausible del llanto, le pregunté si habia perdido alguna persona querida.—Sí, he perdido á mi santo bienhechor, me contestó, y vengo á rogar á Dios por él.—Hago lo que haceis vos, repuse; lloro y ruego por mi padre, que era tambien mi bienhechor; ¿quién era el vuestro?

La anciana alzó sus apagados ojos al altar y nombró á mi padre.

Aquella campana nos habia llamado á ambas á cumplir tan santo deber.

¡Gracias, mi benéfica amiga; gracias por los consuelos con que tu pura y santa voz ha llenado mi vida! Sigue, sigue esparciendo esos sonidos, á los que Dios dotó de tanto poder y de tanta atraccion, que á nadie son estraños, y á pocos dejan de ser simpáticos como lo son el consuelo, como lo es la hermandad, como lo es la llamada al bien. No temas no ser oida, que yo te he oido á muchos cientos de leguas, con el oido del corazón. Tu recuerdo ha sido para mí como una sonrisa, ya placentera, ya melancólica, y que siempre me recordaba á Dios. ¡RECORDAD Á DIOS, RECORDAD Á DIOS!



esto mismo digiste á las pasadas generaciones, esto mismo dirás á las venideras, porque tu voz es imperecedera, y tus consuelos son eternos. ¡Oh! que no llegue nunca á destruirte una mano profana y sacrílega; pues tu santa mision es la de llamar y reunir á tu grey, no para conspirar, divertirse, negociar, ni desvanecerse, sino para orar, santo deber que puede hallar indiferentes, pero no se concibe que halle contrarios.

¡Campana piadosa, reclamo de la Iglesia de Cristo, voz de la confederacion cristiana, único poder, que no de palabra, sino de *hecho*, nos hace no iguales, sino mas que iguales, esto es, hermanos!... No dejes, no, de convocar las ovejas al redil; no te retraiga la fria atmósfera que en el dia te circunde, puesto que existen innumerables corazones ardientes y fervorosos, cuyo calor abrigue tus puras voces, cuya adhesion y profundo amor al culto de que formas parte al proclamarlo, les sirve de distintivo, de dicha, de virtud, de lauro, de galardón, y de magnífica á incontestable denominacion, que es la de... ¡FIELES!

¡Madre! ¡Madre! amonéstanos por la voz de tus campanas á perseverar en serlo, y dinos tantas veces: ¡Hijos! ¡Hijos! hasta que te respondamos tod os ¡Madre!

---



## SOBRE EL INFLUJO

DEL

INDIFERENTISMO RELIGIOSO EN LAS COSTUMBRES.

---

Antes de decir sobre este tema nuestro pobre parecer, creemos deber manifestar que por indiferentismo religioso no entendemos la falta absoluta de religion, sino el no estar apegado á ella, no practicar los preceptos que impone, no seguir sus ritos, no respetar sus usos.

Esto sentado, podrémos comparar á la religion con indiferentismo á un árbol sin flores y sin frutos.

Los frutos del santo árbol de nuestra religion han sido siempre entre otros muchos el amor, el perdon, el respeto, la conformidad; sus flores han sido los cultos, las preces, los votos, las promesas, en fin, todas las muestras de nuestra devocion y de nuestra fe, ostentadas, veneradas por todas partes en retablos, en ofrendas, y en emblemas sobre nuestras personas. ¿Ha concluido el indiferentismo con todas las mencionadas cosas? No necesita confirmacion lo que tan á la vista se halla, mediante lo cual conocerémos que bastó solo el



indiferentismo, sin necesitar de la apostasía, para hacer desaparecer del santo árbol las flores y los frutos que diez y seis siglos de Catolicismo civilizador habian producido en la religiosa España: pues, ¿de qué sirven las raices si yacen flojas é inertes, y no hacen penetrar su sávia en el corazon del árbol para que de él broten flores y frutos? Del mismo modo el indiferentismo religioso, antes de influir en los sentimientos y en las costumbres, empieza por enfriar el corazon de que se posesiona, como antes de secarse las ramas del árbol se paraliza la sávia que las nutria. Es claro, (¿quién puede dudarlo?) que este indiferentismo deplorable debe su origen á las máximas que el espíritu antireligioso ha esparcido sin ambages ni cortapisas para combatir el espíritu religioso, objeto para cuya consecucion no se ha perdonado medio, y á cuyo fin hasta se han elaborado ó traído términos exóticos á los que se ha dado una acogida triunfal como á poderosos auxiliares. Uno de ellos es el de neocatólicos. Por nuestra parte confesamos con toda sinceridad que no alcanzamos á comprender el sentido que tiene esta voz *neo*, que significa *nuevo*, tratándose de la sola cosa inmutable que én el mundo existe, esto es, el Catolicismo; no lo comprendemos, es un enigma sin solucion. Si se aplica á los que del indiferentismo han pasado al aprecio y respeto debido á la religion, tampoco es exacto lo de *nuevo*,



como no lo sería el llamar *nuevo hijo* á aquel que, aunque frio y descastado, al ver atacar y ofender á su madre acudiese á su socorro, si no por cariño, por honor y por deber. De manera que *neo-católico* es una palabra *curuscante*, como nombra el pueblo á los términos retumbantes, y muy sabiamente compuesta, pero muy impropiamente aplicada, un *coturno* modernizado que á nadie le viene, y que queda de muestra en el Atenéo anticatólico.

Cosa parecida ha sucedido con otra palabra francesa, á la que se dado aquí carta de vecindad sin que tenga en nuestro país aplicacion, sentido, ni aun exactitud geográfica. Esta palabra, que tuvo su origen en disidencias que existieron en aquella Iglesia, es *ultramontano*, que se aplicó en Francia á la parte del clero estricta y rigurosamente adherida á Roma: mas, ¿cuándo ha habido disidencias en nuestra Iglesia para que aquellos que no han disentido necesiten una denominacion que los distinga? En España no hay mas que Católicos-Apostólicos-Romanos. Los que no lo son, no tienen mas nombre que el de sectarios de tal ó cual nuevo sistema filosófico, aleman, escocés ó francés, en fin, de uno de los sistemas hijos de aquella de quien dice el P. Félix: "Entonces apareció una filosofía que no era en sentido riguroso mas que la contradiccion á Jesucristo," Ahora bien, como el vulgo ignora el origen de estas palabras, que vé usadas con la



satisfacción con que se estrena lo nuevo, cree cuando se dice *ultramontanos* que se trata de afrancesados, y cuando *neo-católicos* que se habla de una secta que se separa de la unidad romana; y con esa teratología, como nombran los ingleses el uso de palabras retumbantes, lo que se logra es aumentar cada día más la espantosa confusión de ideas que ha introducido en las cabezas la prensa periodística.

Desde que ha faltado el espíritu religioso hemos visto, como decíamos, secarse los frutos del santo árbol, y en su lugar vemos lo que el pueblo en uno de sus refranes califica del mayor mal, que es, el descontento de cada cual. En lugar del amor al prójimo vemos arder los ánimos en odio; en lugar de la sumisión, la rebeldía extendida por todo el cuerpo social como gangrenada y contagiosa erupción, en lugar de la conformidad vemos hacerse endémico el anticristiano suicidio; el perdón, ajeno de los rencorosos corazones, está relegado á la reina con gran ostentación de filantropía en cosas que no nos atañen. En lugar del *respeto*, ese freno tan honroso porque es voluntario, ese digno hijo de la cristiana cultura, esa consecuencia hermosa de causas aun más hermosas, tales como la veneración á Dios, el acatamiento á la autoridad y el aprecio á nuestros semejantes, vemos el escéptico desprestigio, el insolente desdén, el osado libelo, y dos cosas cuyo solo nombre espantaba



como el trueno, y cuya perpetracion heria y horrorizaba el ánimo como hiera y horroriza á la vista el rayo; estas palabras son.... *sacrilegio y blasfemia*. El indiferentismo religioso nos ha traído á que se oigan estas terríficas palabras sin escándalo y sin espanto, y á que, gracias á la impunidad, se haya hecho comun y frecuente á la primera, general, y costumbre á la segunda.

No ha mucho, que atravesando un paraje público con una persona amiga, oímos á un niño de diez á doce años que jugaba con otro (¡ojalá no lo hubiésemos oído!), le oímos con el mayor descaro y aplomo maldecir... ¡Dios mio, perdóname referirlo! ¡tu santo nombre!— Confesamos, y lo tenemos á honra, que se apoderó de nosotros tal espanto y tal temblor, que nos dejó sin voz y sin movimiento; algo repuestos dijimos en queda y azorada voz á la persona que nos acompañaba: ¿He oído bien? Sí; respondió esta, que comprendió la pregunta; ¿pero es acaso la primera vez que oís una cosa tan comun y generalizada? ¡Pues qué, exclamamos, ni la autoridad, ni la policía, ni un hombre cristiano se encuentra que haga retroceder en la boca infame ó ignorante que la pronuncia, blasfemia tan espantosa, atrocidad tan horrible que no se oiria en país de cafres!! ¡Dios del cielo! ¿á dónde nos conduce este inaudito indiferentismo religioso? ¡Con qué espantosa inercia miran los hombres; que en



las poltronas, en los escaños y con la pluma quieren todos gobernar y regir al país, este modo de retrogradar á la barbarie!!

Todos los dias aparecen en las gacetillas de los periódicos relaciones de sacrilegios, de robos en sagrado, que, gracias al indiferentismo religioso, han llegado á ser los mas frecuentes de los delitos. Los criminales, para los que nada hay sagrado, aun dado el caso de que siempre hayan existido, ¿cómo es que antes no se atrevian á alargar su mano impía al Tabernáculo? porque entonces no existia ni en las altas regiones ni en las bajas, ese fatal indiferentismo religioso; porque entonces severamente juzgado, perseguido y aborrecido el sacrilego, no hallaba amparo ni en la tierra ni en el cielo, y amancomunadas la justicia divina y la humana echaban sobre el prevaricador con tal simultaneidad y energía la reprobacion, con tal solemnidad el anatema, que llegaba el culpable á horrorizarse á sí mismo tanto como horrorizaba á los demás.

Pero mas grata tarea es, teniendo el mismo objeto, la de demostrar la influencia de la religion en las costumbres ántes de que el hielo del indiferentismo paralizase su accion.

Nuestros cuadros de costumbres populares han tenido esta demostracion por principal objeto, y á ellos nos referimos. Creemos haber puesto en claro, á los ojos de quien los haya leído; la FE en el *Ultimo Consuelo*; el PERDON



en *Simon Verde*; la CARIDAD en *Mas honor que honores*; el RESPETO en *Obrar bien, que Dios es Dios*. Mas á pesar de eso, como nada es tan concluyente como un hecho, referirémos algunos sucedidos *auténticos y conocidos* que probarán cuán lozano estaba el santo árbol á que hemos aludido, cuando tales frutos producía: frutos tan genuinamente católico-españoles que solo aquí se encontrarían.

EL PERDON.—Años atrás vivía en Chiclana una pobre viuda sin mas que un hijo mozo, que era su solo tierno y apasionado cariño, su consuelo, su gloria y su providencia. Una noche entró azorada en su casa una vecina: "Tia Manuela, le grita, ha habido pendencia; han matado á uno, el muerto es su hijo de V., el matador es fulano, la justicia anda ya tras de él."

Menos fulminante hubiera caido sobre la infeliz madre un rayo del cielo que lo que lo hicieron estas terribles palabras.—¡Hijo de mi alma! exclama enloquecida arrojándose hácia la puerta; en ella es detenida por un hombre de lívido y desencajado semblante con las manos ensangrentadas, que se lanza en su habitacion diciendo en ahogada y trémula voz. "Tia Manuela, ¡me persiguen; me van á prender; no tengo amparo! por María Santísima y por la Cruz de Cristo! escóndame V., que aquí no me han de buscar."

Horrorizada, estremecida, convulsa, y con



ojos espantados mira aquella mujer el asesino teñido en la sangre aun caliente de su hijo: titubea; se oye tropel de gentes que se acercan á la casa. ¡Tia Manuela! dice desatentado el reo, ¡por su salvacion! ¡haga bien y sin mirar á quien! ¡si V. no me ampara soy perdido! La madre de su víctima se acerca con vacilante paso á la cama, alza la colcha y hace seña al perseguido de que se esconda debajo de ella. En este momento entran el cuerpo de su hijo que es puesto sobre la cama debajo de la cual ha hallado asilo su asesino.

La infeliz madre se abraza al sangriento y exánime cadáver, loca de dolor. Tia Manuela, pregunta el Alcalde que acompaña al cadáver, dicen que ha entrado aquí un hombre ¿es cierto? No lo es, contesta la sublime embustera. Ya decia yo que no podia ser, observa el Alcalde saliendo de la habitacion. Cuando todos se hubieron ido alzó la perfecta cristiana la colcha que ocultaba el asesino: "Sal y huye, le dice, y ¡Dios te perdone, como en su nombre te he perdonado yo!" ¿Qué son al lado de esta oscura heroina las que proclama la Fama y cuyo nombre estampa la Historia en sus páginas?

EL RESPETO AL SACERDOCIO.—En época no lejana, por mas que lejana parezca á juzgar por su diferencia con la actual, cuando el pueblo (que es una fiera al amotinarse y desencadenar su ímpetu, aun cuando sea á impulsos de un móvil realmente patrió-



tico), se levantó contra los Franceses, y en su ira, siempre ciega y cruel, hizo muchas inocentes víctimas, fue una de ellas el bizarro y distinguido marqués de la Solana por entonces capitán general de Andalucía, injustamente acusado de afrancesado. El pueblo en su bárbaro é ilegal tribunal le condenó, y arrastrado el noble Prócer por las atroces y sanguinarias turbas entre insultos y vociferaciones hácia el lugar en que debía espirar en infamante suplicio, pero siempre hermoso, entero y erguido, contestando con serenas y desdeñosas miradas á las injurias y golpes que recibia, fué muerto antes de llegar al paraje del suplicio por un pistoletazo que le disparó un enmascarado que se dijo luego ser un amigo íntimo suyo. Dícese que el general le conoció, le apretó la mano en señal de gratitud y cayó desplomado.

Arrancada al sanguinario pueblo su venganza sobre un vivo, quiso, en su despecho ejercerla sobre un cadáver. Se arremolina embravecido, se estimula con furiosas vociferaciones, se embriaga con un pseudo-patriotismo inculcado por malvados como siempre sucede; pero en este momento atraviesa la compacta muchedumbre, que le abre paso, un hombre débil y pequeño de cuerpo, y acercándose á la víctima, aquel hombre animoso, que era un sacerdote, abre su manto y cubre con él al cuerpo que yacia en tierra, diciendo con firme y



serena voz: "¡Apartaos!! este cadáver pertenece á la Iglesia;" y la furiosa turba se paró, y los gritos cesaron, y la compacta muchedumbre se dispersó en silencio, y solos quedaron el poderoso guerrero, vencido por el humano huracan y el débil hombre de paz, cuya palabra llevada en nombre de la Iglesia habia hecho á aquel abandonar su presa y retroceder, como la de Dios á las embravecidas olas del mar.

Recordemos con lágrimas de lástima y de dolor la iniquidad cometida en las barricadas de París en Junio de 1848. El pueblo de la capital de Francia era el pueblo ilustrado, que pasando por el indiferentismo habia llegado á la impiedad; el pueblo de que ántes hemos hablado era el pueblo que en medio de sus furiosos desbordamientos conservaba aun el respeto á la religion y á sus ministros. Desprestigiada la religion en sus ministros por el indiferentismo, ¿quién podrá volver á obrar semejantes admirables prodigios? ¿Dónde se hallará ese magnífico respeto al que habla en nombre de la religion, que hacia retroceder el crimen, callar á las malas pasiones y bajar la cabeza á la ira de todo un pueblo amotinado? ¿Dónde ese poder negado de la fuerza que apaga la tea con el ramo de olivo?

Muchos hechos parecidos podríamos referir, pero no lo harémos por temor de alargar este escrito: basta con los dos sucesos auténticos y conocidos que hemos citado para confirma-



cion y muestra de la existencia y del influjo de los dos mas bellos frutos del árbol santo: el perdon y el respeto, Así es, que cuando consideramos los tesoros del buen sentido, de sabias y santas máximas, de buenas ideas y de mejores sentimientos, que ha impreso la religion de generacion en generacion en el corazon de los hombres, y las joyas de paciencia, de amor, de abnegacion, de compasion y de caridad que ha hecho brotar en el corazon de las mujeres de este católico pueblo, así en los palacios como en las chozas, así en la esfera moral como en la material, se convence uno de que un solo rayo del sol de Dios alumbramas y mejor que todas las luces que han encendido ni podrán jamás encender los hombres. Ahora bien, si llega el progresivo indiferentismo religioso, hijo de mal padre, á negar, escarnecer y desprestigiar cuanto ha creído, amado, y respetado hasta el dia la nacion que lleva por timbre el dictado de CATÓLICA, y como resultado de esto pierde sus virtudes cristianas y con ellas su cultura, su consuelo, su poesía, su conformidad temporal, sus esperanzas eternas, báculo la una, sol la otra, de la penosa senda de los mortales, ¡habrá hecho el siglo XIX una obra estupenda de civilizacion, de moralidad y de filantropía!

¡Pero no! Dios por medio de su Madre Santísima, augusta patrona de España, y merced á los ruegos de tantos millones de fieles cató-



licos, que no gritan pero que oran, conservará á España en toda su integridad é influencia su religion católica-apostólica-romana, que tan grande, triunfante y noble la hizo: le conservará esta religion, la sola que tiene el poder de elevar el alma; á la que únicamente es dado definir la vida del mortal; la sola que es capaz de ablandar el corazon del hombre que se hace duro en la fortuna, y de fortalecerle en la desgracia en que desfallece; la sola que sabe refrenar las pasiones, ennoblecer la pobreza, y hacer de la sencillez y de las lágrimas *bienaventuranzas*; la que abrió dos puertas á la vida eterna para que todos sin excepcion podamos entrar, puertas que son la inocencia y el arrepentimiento. La clemencia del que nos crió y redimió para salvarnos, hará que desaparezca este inerte é idiota indiferentismo por su ley y por su culto, y que el santo árbol vivo y lozano vuelva á acubrirse de flores y frutos que podamos presentarle en holocausto, porque qué otra cosa podemos ofrecerle ¿un corazon helado que rechazaria? Amémos, sí, amemos á esta Religion en la que se nos ha revelado á sí mismo, pues no es dado al que fué creado, crear á su creador; amemos á este Catolicismo directa herencia de Cristo; amémosle en todos sus cánones, sus costumbres, sus ritos, sus cultos, sus ceremonias, su santa comunión de los Santos, su venerable Cabeza, y toda cosa anexa á el, porque todas son santas,



significativas, meritorias, tiernas, consoladoras y bien guiadas; todas estrellas y destellos de aquel firmamento en que impera el sol de vida, de justicia y de verdad. Conservemos la santa égida de nuestra religion; la unidad católica, no solo en la sabia ley que la impone, no solo en la opinion general que la aclama, no solo en la costumbre que la hace indígena, sino en nuestros corazones, en nuestra unánime voluntad. Que no crea alguno llegar tarde para afiliarse en esta unidad, que es el tronco del santo árbol cuyas raices tan profundamente arraigadas están en el suelo español, unidad que no pertenece á partido político alguno, sino que de ellos es admitida ó rechazada, y pertenece á todos los españoles como el sol que á todos los alumbrá y el suelo que á todos los mantiene.

Sacudamos todos los que de boca nos decimos católicos para serlo de corazon, este frio indiferentismo, y, como dice el P. Félix, unámonos al rededor del verbo divino, iluminados por su luz, viviendo con su vida, recitando siempre ese armonioso símbolo, el Credo, cuya majestad va creciendo á medida que se amontonan á nuestros piés las ruinas de los sistemas filosóficos, sobre las cuales entonamos y entonaremos siempre el Credo de la verdad; y de pié sobre el polvo de todas las filosofías, desechando el paralizador indiferentismo, repitamos eternamente con la boca y el corazon nuestro glorioso é inmutable símbolo.



## LOS QUE CREYENTES LLAMAN MILAGROS

Y

LOS DESCREIDOS LLAMAN CASUALIDADES.

---

"Desde que la filosofía moderna se ha esforzado en hacer á la credulidad sinónimo de simpleza y señal de cortedad de alcances, ha arrastrado en su dañina senda de incredulidad general, á la falange de los necios (esta forma la patulea de aquel ejército impío). Hay pues seres dudosos ó incrédulos de profesión."

Esta asercion no es del católico autor de este artículo, es del escritor norte-americano Edgardo Poé (1). ¡Que tengan que servir de testo para combatir la incredulidad en nuestra católica España las opiniones de los hijos de un pais, del que dice Balzac "que en él está la verdadera religion en minoria; y al cual llama, triste pais de dinero y de intereses materiales en el que tiene fria el alma!"

La facultad de creer, si otras cosas mas sublimes no probase, probaria la *buena fé*, esa salud del corazon, ese buen instinto de la in-

---

(1) Histoires extraordinaires.



teligencia, la que denota un hermoso terreno preparado para recibir y hacer fructificar lo que en él se siembre; no que la incredulidad, ese escepticismo, que hoy día se ostenta neciamente como señal de ilustracion, denota el asolado yermo, en el que nada germina, como sucede á los terrenos que esterilizaron las frias y amargas aguas de la mar.

Las hemos citado ya en otras ocasiones, y no podemos menos de repetir aqui las cortas palabras con las que el sábio y tan celebrado autor francés Nodier, ha reasumido cuanto sobre esto pudiésemos decir: "*saber* es quizás engañarse, dice: *creer*, es la sabiduria y es la felicidad; *esperar*, es el remedio y consuelo de de todos nuestros males; *amar*, es toda la virtud. No sé si el juez soberaño tendrá en cuenta la ciencia; pero aseguro y respondo, de que los mas preciosos tesoros de su gracia pertenecen al candor, á la piedad y á la caridad."

La incredulidad para entronizarse necesita cegar las fuentes del corazon, arrancar sus doradas alas á la imaginacion, y encerrar de esta suerte los sentimientos como las ideas en el pequeño círculo de hierro de la humana comprension. ¡Líbrenos el Dios de los cielos de esta prision, de esta mazmorra, de este sótano subterráneo, sin luz, sin calor y sin espacio!

Estas reflexiones hacemos antes de referir



algunos hechos muy conocidos y públicos allí donde han tenido lugar. No son, aunque innegables, artículos de fé, ni es religiosamente obligatorio el creerlo, á pesar de que racionalmente lo es, por ser estos hechos auténticos y constar á infinitas personas. Son cosas que en tiempos de fé se denominaron unánimemente *milagros*, esto es, *obras divinas superiores al órden natural* (1): y que en tiempos de fé pobre y vergonzante, se llaman (cuando negar no se pueden) *casualidades*, esto es, *acontecimientos impeasados* (2).

---

Conocida y respetada es la memoria de un varon sábio que murió ha pocos años en opinion de santo en Sevilla. En la época en que el rey Fernando VII restituyó los monjes á sus conventos, ya gozaba este venerable religioso de la fama que consolidó el tiempo, é hizo la apoteosis del pobre exclaustro en su féretro.

Las doctrinas anti-religiosas por aquel entonces ya habian cundido mucho y de prisa, como cunde y crece la mala simiente. Algunos jóvenes que imbuidos por ellas sentian la mas acerba hostilidad contra los religiosos, se propusieron escarnecer y burlar á aquel

---

(1) Diccionario de la Academia.

(2) Idem.



*fraile*, á aquel *pancista*, á aquel *ignorante fanático*. A este intento propuso el mas osado á sus compañeros, el fingirse enfermo de gravedad, mientras ellos requerian al *Padre* para que viniese á auxiliarlo; proponiéndose por fin de broma contestar á sus santas palabras con otras que con ellas formasen contraste. Para esta grosera proeza de la impiedad fué escogida una tempestuosa noche de viento y lluvia. A las altas horas de ella, llegáronse al convento del monje, comunicaron al portero con hipócrita voz el objeto que los traia, y avisado el Padre, que al punto bajó de su celda, con él se pusieron en marcha.

Despues de pasear al respetable religioso mucho tiempo por las calles mas enlodadas y extraviadas llegaron por fin al lugar destinado á su impía farsa.

Subieron las escaleras de una pobre casa, é introdujeron al religioso en una habitacion, en la que tendido en su lecho se quejaba lastimosamente el pretendido enfermo. Los compañeros se quedaron en la pieza inmediata ahogando su hilaridad, y aguardando impacientes el deseado desenlace y gracioso fin de fiesta. Pero la sesion se prolongaba.

—¡Pesado está nuestro compañero! observó uno de ellos, ¿si le divertirán los *miserere mei Deus?*

—Deja engolfarse al dómine para sorprenderle mejor, repuso el otro.



—Es que estoy deseando soltar el trapo, dijo el primero.

—Y yo cantarle el *trágala* al reverendo, añadió el segundo.

En este momento se presentó en el umbral de la puerta el religioso.

—¿Y el enfermo? preguntaron ambos con risa burlona.

—Murió, contestó con serenidad el religioso.

—¡Qué decis! exclamaron ambos, ¿mentis, ú os quereis burlar?

El ministro de Dios les miró sorprendido y contestó:

—Ni lo uno ni lo otro; señores; ¿pero cómo es que habiéndome llamado para auxiliarle en sus últimos momentos, os estraña su muerte?

Los dos compañeros se precipitaron á la alcoba, creyendo que fuese esto un fingimiento y una peripecia de la broma; pero en su lecho hallaron al que la habia promovido, yertas ya sus carnes, inflexibles sus miembros, lívido el rostro, privado en fin de una vida impiadosa é inhumanamente profanada.

Esto no es, nō, una *casualidad* ó acontecimiento impensado; es sí un *milagro*, esto es, obra divina superior al órden natural.

---

Antes que existiese en Cádiz la moderna plaza de Mina, era el terreno que la forma una



espaciosa y frondosa huerta, que pertenecía al convento de San Francisco, la que enclavada en las uniformes y blancas casas de aquella bien labrada ciudad parecía una esmeralda engarzada en perlas.

La pared de esta huerta formaba entonces, con las casas que al frente tenía, una calle tan angosta, que en el mismo Cádiz en donde todas las calles son angostas, se la denominaba el callejon del Tinte. Antes de concluir dicho callejon, en la plazuela de Loreto se hallaba una puerta lateral del convento, de escaso uso y siempre cerrada, sobre la cual habia colocada en un nicho una imágen, ante la cual, segun piadosa costumbre, ardia de noche una luz, suave y vigilante culto, al que encarga el hombre de velar cuando se duerme, y de orar cuando él enmudece.

Cuatro jóvenes que llevaban una vida disoluta y escandalosa, pasaban diariamente al retirarse de noche á sus casas por el mencionado callejon, separándose en la plazuela, para seguir cada cual las distintas direcciones que los conducian á sus respectivos domicilios.

Habian estos notado por varias veces al pié de la portada y ante la imágen que alumbraba la luz, á una muger arrodillada, profundamente recogida, silenciosa é inmóvil.

—¿Quién será? preguntó una noche á sus amigos el mas disoluto y mas despreocupado.

—¿Qué te importa? contestó el mas mode-



rado de los cuatro: será alguna devota que cumple una promesa, ó una arrepentida que cumple una penitencia.

A la siguiente noche la mujer se hallaba en el mismo lugar, y en su acostumbrada silenciosa inmovilidad.

—Tengo curiosidad de ver la cara de esa rezadora nocturna, dijo el que ya habia demostrado su curiosidad la noche anterior.

—Seria no solo un atrevimiento el intentarlo; seria un desacato: repuso su amigo.

Los otros dos fueron de la misma opinion, porque en aquella todvía no muy lejana época, aun en medio de los vicios conservaban casi todos los hombres el respeto, como en las barcas en desechas borrascas, todo se arroja al mar menos el áncora de salvamento, que queda intacta en el fondo de la cala.

Pero á la tercera noche, ni aun esto bastó á contener al pertinaz, pues aunque al pasar fronterizo á la arrodillada mujer pudieron contener sus amigos su osado empeño, cuando parados en la plazuela se despedian unos de otros, les dijo:

—No me voy de aquí esta noche sin ver la cara de esta mujer estatua.

—No hagas tal, repuso su amigo; esa mujer me inspira un alejamiento que no sé si atribuir al respeto ó al temor.

—¿Temor dijiste? exclamó su amigo, temor



dijiste, y te afeitas y gastas espada?

—Ahí verás, respondió su interlocutor, como es á veces el temor de una esfera en la que nada supone la fuerza física.

—Esto aun es mas absurdo, contestó el des-  
preocupado: diciendo lo cual volvió resuelta-  
mente la espalda á sus compañeros, desandu-  
vo lo andado, y se entró en el mencionado ca-  
llejon.

Sus amigos continuaron la poca edificante conversacion que antes de este episodio tenian entablada, cuando de repente sonó en el silencio de la noche un fuerte golpe. Corrieron presurosos en la direccion en la que le oyeron, que era la del callejon. Hallaron á su compañero tendido en el suelo ante la portada en que habia orado la mujer, la que habia desaparecido. Estaba inerte: no tenia herida, señal de violencia, ni lesion alguna, y no obstante su pálido rostro estaba marcado por la muerte con su *estampilla real*.

De estos tres amigos testigos de lo referido, uno murió, otro entró en religion, el tercero convertido tambien quedó toda su vida tétrico, grave y metido en Dios, y en su ancianidad comunicó lo referido al que lo traslada á este papel, no como un acontecimiento casual é impensado, sino como una obra ó disposicion divina superior al órden natural.

---



Todo el mundo conoce, á lo menos de nombre, á Alhaurin, lindo pueblo que cerca de Málaga presenta la sierra como reclamo á los hijos de las áridas playas del mar. Su posición, sus abundantes aguas, que cobijadas en su nacimiento por magníficos sauces llorones, se escurren por entre los verdes brazos que las retienen para correr alegres por las calles, comunicando á todo su pura frescura, como los niños comunican su inocente alegría; sus flores que son como las arenas del mar y las estrellas del cielo sin guarismo; los infinitos ruiseñores que son sus trovadores; la multitud de árboles que lo rodean como aparentes cortesanos de tal monarca, las huertas que le ciñen como murallas propias de aquel sencillo y hospitalario recinto, la suprema limpieza de sus calles, la poco comun bondad y honradez de sus habitantes, su religiosidad que lo encumbra mas que sus montes y lo enaltece mas que todas sus otras escelencias, hacen de él uno de aquellos pueblos en el que toda clase de innovacion seria como una empañadura en un cristal.

Pero como no existe lugar por bello que sea, ni ojos por inocentes que se conserven que estén exentos de lágrimas, veíase hácia la caída de una tarde, en una de las casas del lugar á una mujer que lloraba con imponderable desconsuelo.

Era la causa de su dolor el que su hija, ni-



ña de cinco años, se habia ido aquella mañana con otras niñas á jugar, se habian insensiblemente alejado del pueblo, habian trepado intrépidas por aquellos vericuetos buscando flores silvestres, se habian perdido, y cuando se cercioraron de que lo estaban, pasando, como lo hace la infancia (y suelen hacerlo las mujeres), de un extremo á otro, de la mas completa imprevision pasaron de repente á la mayor angustia y terror. Emprendieron su regreso con desatinada precipitacion, y por mas que la pobre niña, que era la mas pequeñita de todas, se esforzó en seguirlas, llorando y cruzando sus manitas, suplicándoles que no la dejasen sola, el egoismo (tan incontrarrestable en la niñez) habia ensordecido sus corazones, y el miedo puesto alas á sus pies, y la pobre quedó sola y abandonada entre las asperezas de la sierra.

La ausencia de las niñas habia sido larga, y las madres de todas ellas estaban ya inquietas, y mas que ninguna otra lo estaba la madre de la niña chica. Pero ¡cuál no seria su desconsuelo, cuando al regresar las demás, notó que su hija faltaba!

Algunos hombres, movidos por el parentesco unos, por amistad otros, y los mas por caridad, salieron en distintas direcciones á buscar á la perdida niña; pero la tarde caia y uno tras otro regresaban cabizbajos y sin consuelo para la pobre madre, la que parecia haber



perdido el juicio; y que solo á la fuerza conseguian las vecinas retener para que no saliese en aquel violento estado en busca de su niña.

—¡Hija de mi alma! exclamaba: la noche va cerrando y si no se ha despeñado ya, ni se la han comido los lobos, se morirá de angustia; ¡sola en la noche oscura entre esos breñales! ¡*Madre mia de los Dolores!* añadía cruzando las manos, y dirigiendo su ferviente súplica á la hermosa efigie de esta Señora que se halla en en aquella iglesia y que con tanto ardor aman é imploran los habitantes del pueblo. ¡Apiádate, Señora de mi niña, la que siempre puse bajo tu santo amparo! ¡Madre fuiste, y corazon de madre tienes para los desamparados! ¡Desamparadas estamos mi niña y yo, sin mas esperanzas que en tí! ¡Señora, recuerda que uno de los puñales que á tu santo corazon atravesaron, fué la pérdida de tu hijo! ¡Madre, apiádate del mismo dolor que sentiste! ¡Ampara á la hija... consuela á la madre!

—Todavía no han vuelto Juan ni Mateo, le decian para consolarla y alentar sus esperanzas las compasivas vecinas; pero tambien regresaron Juan y Mateo sin traer la menor noticia de la niña.

Entonces el dolor de la madre no tuvo límites; aunque obscura la noche quiso salir á internarse por las agrias y escabrosas sierras. Nada la disuadia de su intento, y habian llega-



do los esfuerzos de la madre para salir, y los de las vecinas y parientas por retenerla hasta ser lucha, cuando se abrió la puerta y en su quicio se presentó con general asombro la niña. Arrójase á ella con un penetrante grito de júbilo su madre, la cogió en sus brazos, sofocándola con lágrimas y cariños, y cuando la alegría le permitió hacer uso de la palabra, le gritó,

—¡Hija del alma! ¿quién te ha traído?

—Una señora, contestó la niña.

—¿Y cómo fué eso?

—Vino, y me dijo: ¿niña qué haces aquí sola y llorando? Le dije que las otras se habian ido, y me habian dejado allí perdida. Entonces me tomó por la mano y me trajo aquí.

—¿Pero quién era?

—Yo no la conozco.

—¿Cómo era?

—Muy hermosa.

—¿Quién podrá ser? se preguntaban unos á otros.

—Yo quiero saberlo, exclamaba la madre, para darle las gracias, para besar mientras viva, la tierra que pise.

La noticia de lo acaecido corrió de boca en boca, y todos los habitantes del pueblo acudieron á ver á la niña perdida y á dar la enhorabuena á su madre. A medida que entraban las mugeres, y hasta las señoras de Málaga que



estaban allí de temporada, la madre iba preguntando á su hija:

—¿Fué la que te amparó y te trajo aquí, esta señora?

Pero la niña, despues de mirarlas, hacia cada vez con su cabecita una señal negativa.

A la mañana siguiente tenia la buena cristiana dispuesta en la iglesia una funcion de gracias por tamaño beneficio, á la que se apresuró á concurrir todo el devoto pueblo. Llevaba la feliz madre á su niña de la mano. Al acercarse al altar en el que estaba la efigie de la VIRGEN DE LOS DOLORES, la niña desprendiéndose de las manos de su madre se arrojó al altar gritando: ¡madre, madre! esta es la señora que me tomó de la mano y me trajo á casa.

El efecto producido por estas palabras en boca de la inocente niña fué eléctrico. Todo un pueblo postrado instantáneamente ante aquella Señora que es el amparo del Cristiano que la invoca, los sollozos de las mugeres; en medio de todas la niña en pié, alzando sus bracitos hácia su amparadora, y esta hermosa Imágen, cual la que representa, dulce, serena, mansa y apacible así en sus triunfos como en sus dolores, así para los que fervientes la adoran, como para con sus desalmados verdugos y detractores, causaba una impresion que se siente pero no se describe.



Este sucedido, que podrán los descreídos calificar de *acontecimiento impensado*, es una de esas obras divinas superior á lo natural, con la que suele Dios premiar á los que en alas de su fé se acercan á él.

---

Tocando á la parroquia de San Pedro en Sevilla, se halla el convento de Santa Inés, fundado por la ilustre señora Doña María Coronel, la que desfiguró su rostro con aceite hirviendo, no solo para librarse de la pasión que habia inspirado al Rey D. Pedro, sino para estinguirla.

La iglesia que es muy bonita, tiene dos puertas que abren á dos compases. El uno rara vez se abre; en el otro están las puertas del convento, del torno y de los libratorios de las monjas.

El que quisiera saber mejor que nosotros podemos contar, el hecho que vamos á referir, que entre en el primero de los libratorios y con algun motivo ó pretexto pida una entrevista á la madre abadesa. Entonces verá acercarse á la reja una señora anciana, pequeña y afable, en cuyo rostro de finas y menudas facciones, se hermanan la naturalidad, la inocencia y la inteligencia, como solo lo hacen en el rostro de las niñas. Allí verá la apacibilidad del ánimo, la ciega confianza en Dios, la ver-



dad desnuda, la imaginacion immaculada, la encantadora benevolencia que por dias marchita el amargo hálito del siglo y que allí halla seguro refugio; y entonces, cuando se sienta involuntariamente poseido del mas profundo respeto ante la dignidad de la inocencia, se preguntará asombrado: ¿cómo, por qué, y con qué fin, pudieron penetrar hasta allí la hostilidad, la violencia y la calumnia de esta anti-religiosa y anti-pacífica era?

En aquellas vidas suave y piadosamente uniformes y tranquilas, en las que todo pequeño sucedido toma las proporciones de un acontecimiento; ¿qué efecto no produciria el oír una noche un espantoso estruendo, y cuando las azoradas monjas se reunieron al rededor de su madre abadesa para averiguar su origen, se cercioraron con espanto, de que un corredor y el ala del tejado que lo cobijaba se habian desplomado? Solo pudo este espanto compararse á su consternacion. Las rentas que su grande y santa fundadora les habia dejado, les habian sido arrebatadas en tiempo de *legalidad* y de *respeto á los hechos consumados*; no podian pues poner remedio al mal, y trás de esta galería caerian las demás, y en poco tiempo yacería por tierra la venerable fundacion de DOÑA MARIA CORONEL nieta del Rey San Fernando, enterrado bajo sus escombros el incorrupto cuerpo de aquella noble figura histórica, de aquella admirable heroína, desam-



paradas y sin albergue las pobres desvalidas á quienes la caridad de su fundadora habia dotado de un santo y tranquilo refugio.

—No os apureis, hijas, dijo con sencilla y sostenida serenidad la madre abadesa, el mal se remediará.

—¿Cómo? y ¿por quién? exclamaron las desconsoladas monjas, ¿sinó tenemos medios para ello, ni quien mire por nosotras!

—El cómo no lo sé, contestó la abadesa, pero sí sé por quien. Lo será y en breve por Dios nuestro divino esposo; y por intercesor para alcanzar esta gracia, tomemos á nuestro padre San Antonio, que no hay mejor abogado en el cielo. Así es que desde hoy empezaremos á hacerle una novena, con la firme fé de que no se acabará, sin que el santo haya obtenido de Dios el que nos remedie. Así se hizo; pero pasaban los dias de la novena, se repetian las súplicas, se hacian cada vez mas fervorosas y acongojadas las oraciones, y la aruinada galería yacía por tierra; las contiguas amenazaban seguirle en su caida y el implorado socorro no llegaba. Todas se affligian, muchas desmayaban, solo la abadesa permanecia confiada y serena.

—Madre, decian las mas acongojadas; ¿cuando Dios no quiere... santos no pueden!

—¿Y quién os dice que Dios no quiere? ¿ha concluido la novena de rogativa?

—No; pero concluye mañana. ¡Está vista la voluntad de Dios!



—Os equivocais, hijas, aun no está vista.

A la mañana siguiente, último dia de la novena avisaron á la abadesa que unos caballeros deseaban hablarle.

Fueron estos introducidos en el libratorio, y á poco se les presentó afable y serena como siempre la madre abadesa.

—Señora, dijo uno de los caballeros, Don\*\*\* ha muerto, y estamos encargados de comunicaros que en su testamento deja un legado de mil duros para este convento.

La cara de la abadesa no se inmutó, ni demostró sorpresa alguna.

—Señora, ¿no os sorprende esta nueva? exclamaron con estrañeza los caballeros.

—No señor, contestó la abadesa.

—¿Cómo es, repusieron ellos, que un acontecimiento tan imprevisto como inesperado, no os sorprende?

—*Por que lo sabia*, respondió siempre serena aquel modelo de firme y primitiva fe.

A los pocos dias fué traído el dinero. En el libratorio estaba la efigie del santo intercesor para recibirlo. Lo primero que apartaron las madres de aquella cantidad, pedida y concedida por la Divina Providencia para la conservacion del edificio fué una pequeña suma destinada á hacer una funcion de gracias á su intercesor, que con esa minuciosa y dulce complacencia de pormenores en que se esplayan las almas amantes y candorosas le fue co-



locada al Santo en la manga de su hábito.

Esto no es casualidad ni acontecimiento impensado, esto es, *una obra divina superior á lo natural*, con que Dios sostiene y premia la fé que su Santo Evangelio nos recomienda, y de la que dijo á la mujer enferma que se afanaba por tocar su vestido: *Hija tu fé te ha sanado.*

---



## ALGUNAS PALABRAS

SOBRE

LAS QUE EN LA CRUZ DIJO EL SEÑOR.

A LOS NIÑOS.

---

Puede que estrañeis, niños míos, el que yo intente escribir acerca de un asunto sobre el cual hace diez y nueve siglos han escrito tan altos ingenios y tan elocuentes Santos; razón lleváis en estrañarlo, y yo mismo lo estrañaría si otro móvil que el de los sentimientos de mi corazón impulsase mi pluma. Además otra cosa habeis de tener presente, y es que cada época tiene su lenguaje propio adecuado á las circunstancias; así como el que nuestra religion ha tenido en cada época distintos enemigos de que defenderse, á los que si bien siempre ha vencido, ha sido teniendo que variar la táctica de la defensa segun lo hacia necesario la táctica del ataque.

El sublime lenguaje de los primeros Apóstoles que hablaban á aquellos neófitos de tan ciega fé, de tan ardiente fervor, de tan consagrada sumision y sana sencillez, si bien en la esencia es el mismo, no es el mismo en la for-



ma que sucesivamente gastaron San Agustín, Santa Teresa, Fr. Luis, Bossuet y Balmes. Este ejemplo en grande escala os patentizará la razón que en la humildad me hace tomar la pluma para dirigirme á Vds. en un asunto que, tratando de Dios, está al alcance de todas las inteligencias, así de las mas sublimes como de las mas simples.

Idea muy equivocada seria si la tuvieseis, niños míos, la de que la religion como las ciencias, la política y otras materias graves, sea cosa que necesite el concurso de los años para saberse y sentirse debidamente. ¡Pobre del niño que así pensase y acudiese á la disculpa de su poca edad para eludir ocuparse de ella! Por mí, niños míos, recuerdo el tiempo de mi sencilla infancia en que me escandalizaba de que en los dias de la Semana Santa, y muy particularmente durante las tres horas en que agonizó el Señor en la Cruz, se ocupasen las gentes de otra cosa alguna.

El conocimiento estaba entonces en mí tan postergado al sentimiento, que no concebía que el hombre hubiese llegado á crearse deberes, ocupaciones y necesidades que no puede desatender sin alterar el orden de cosas establecido, y solo tenía presente la espresion que habia oido decir á un predicador en el conmoviente ejercicio de las Tres Horas, que para convocar á los fieles á asistir á él, exclamaba bañado en llanto: ¡Acudid, acudid todos, que



el Señor quiere morir en medio de sus hijos!

Esta mi manera de ver y de sentir en mis primeros años, os probará cuán profundo y exclusivo puede y debe ser el sentir religioso en la infancia, época en que el alma es tan sincera, tan ferviente, tan sensitiva, y en la que con la mayor facilidad se impresiona; la desgracia es que no se sabe sacar partido de estas vuestras encantadoras ventajas.

¡Qué efecto no causaban en mí las Siete Palabras que habló el Señor en la Cruz.

Con vosotros las quiero recordar, y sencilla y brevemente considerar como se nos presentan; lo primero porque bastante objeto es este; lo segundo, porque las interpretaciones del sentido místico y misterioso que tiene y definen los Santos Padres y los teólogos no están todas á vuestros alcances para entenderlas, ni á los míos para explicarlas. Estadme, pues atentos, no tres horas, niños míos, sino un breve rato.

No os lo ruego con objeto de que aprovecheis la altísima enseñanza que de ella se desprende, y me ceñiría solo á evocar los sentimientos de amor, de lástima, de reverencia y adoración que en esas Tres Horas debemos tributar al Sacrosanto Agonizante, si no tuviese esta enseñanza tan adherida á cuanto pertenece al Dios Hombre, que aun sin buscarse se halla, así como al buscar el calor del sol se halla adherida á él la luz.



Postrémonos, pues, al pié del patíbulo de nuestro Salvador considerando los tormentos que sufrió y así como al nacer le trajeron los Reyes de Oriente, guiados por una estrella, oro como á Rey, mirra como á Sacerdote é incienso como á Dios, guiados nosotros por nuestro corazón, que es la estrella que siempre luce entre nuestros nublados sentidos, llevémosle al pié de la Cruz en que espira, nuestro amor como á Rey, nuestra veneracion como á Sacerdote, nuestra adoracion como á Dios, y nuestra gratitud como á Redentor: ¡acudid, pues, acudid, que el Señor quiere morir entre sus hijos!

Antes de empezar este pequeño ejercicio, y con el fin de probaros cuánto mérito tiene á los ojos de Dios y de su Santa Madre el que les acompañemos en sus tormentos, quiero referiros un ejemplo que patentizará cómo su infinita bondad da mérito á tan sencillo acto, y cómo lo remunera ampliamente.

Habia una viuda, pobre y anciana, muy devota de los Dolores de María, que diariamente iba á la Iglesia y se ponía ante el altar de la Señora de la Soledad, donde permanecía aun despues que concluido el culto quedaba la Iglesia sola, de manera que para cerrarla tenia el sacristan que decirle que se fuese.

—Señora, le preguntó en una ocasion, ¿qué hace usted ahí todos los dias peren-



ne al pié de ese altar despues que el servicio divino ha concluido?

—Acompaño á la señora en su soledad, contestó la buena anciana.

Sucedió que el solo hijo que tenia la pobre viuda vino á morir naufragando la nave en que volvia de América. ¡Cómo pintar el desconsuelo de aquella desamparada viuda que quedaba aislada, triste y solitaria con su dolor, como un ciprés sobre una sepultura!! En vano querian consolarla algunas compasivas vecinas, nada lograban sino que con mas prontitud y mas violencia se sucediesen unas á otras las congojas con las que respondia á sus consuelos; fuéronse, pues, aquellas desanimadas despues de darle el pésame, y la infeliz quedó sola con su inmensa afficcion. Abrióse entonces la puerta, y entró una Señora muy hermosa con manto y toca de luto, acompañada de un hombre bello y jóven con túnica morada, manto rojo y el pelo tendido sobre los hombros, que se quedó en pié apartado. La Señora, con paso lento y blando se acercó, se sentó al lado de la desconsolada madre, y con dulces y bondadosas palabras empezó á consolarla y á decirle tales cosas y con tanta uncion, que el consuelo y la conformidad se iban infiltrando en el ánimo de la doliente á medida que las iba pronunciando.

—¿Quién sois, Señora? exclamó al fin



asombrada de lo que le pasaba y llena de gratitud hácia la que tanto bien le hacia; ¿quién sois que con tanta caridad me habeis acompañado en mi soledad y desamparo, y tan maravillosamente me habeis consolado?

—Soy, contestó levantándose la hermosa y digna Señora, soy María, á la que tanto has acompañado en su soledad, que viene á acompañarte en la tuya.

Por lo cual, niños míos, persuadiós que si al Señor acompañais en su muerte, Él, si no visiblemente como lo alcanzó el amor y la fé de la pobre viuda, invisiblemente os acompañará en la hora de la vuestra, que es la mayor de las mercedes que puede hacernos y por lo que debemos clamarle toda nuestra vida.

Antes de ocuparnos de la agonía física del Dios Hombre, recordemos la agonía moral que antes de principiar su pasión padeció en el Huerto de las Olivas. Conociendo que se acercaba aquella, el hombre se acongoja; cuanto vá á padecer pasa ante su vista con todo su horror y se estremece. Postrado, y cubierto su cuerpo por la angustia de un sudor de sangre, exclama:—“¡Padre, si puede ser, que pase de mí este cáliz!” y en seguida volviendo á predominar su naturaleza divina, añade:—“Pero no mi voluntad se haga, sino la tuya.” Esta oracion del Huerto, este angustioso combate entre la natura-



leza humana y la Divina, en que el sueño, símbolo de la indiferencia, se apodera de sus Apóstoles, es de lo mas desgarrador entre los sufrimientos de Jesus, así como la espression con que triunfa la Divina naturaleza es el apogeo de la sumision.

La falta de sumision, esto es, la rebeldía, es, niños míos, la causa de todos nuestros males.

Es ella hija del orgullo, el que para encubrir su fealdad se reviste de un manto de púrpura, y ese vicio del alma que sedujo hasta á los espíritus celestes, es el peor de todos los vicios, porque, como os dije, enjendra la rebeldía y la falta de fé: formando así los tres una trinidad infernal tan dañina y arraigada, que consigo trae la impenitencia. Por eso, niños míos, es la ley de Dios, y á su ejemplo la de la Iglesia (y tened eso muy presente, porque es cuestion muy trascendental), y por eso son estas leyes mucho mas intolerantes y mas severas con los vicios del espíritu que no con los de los sentidos, por lo cual se os perdonará mas fácilmente un pecado de golosina que no una falta de caridad, un acto de pereza, que no uno de orgullo.

Mas entrados en años, sabreis á qué punto los enemigos de nuestra Religion católica han esplotado esta sapientísima disposicion superior para combatirla, ó para profanarla: los primeros diciendo que los católicos tenían es-





ta intolerancia en los errores del espíritu con el fin de tener una tolerancia laxa en las faltas de los sentidos, y los otros en sus libros profanos han osado hacer de la adorable benignidad de Jesus para con los arrepentidos una semi autorizacion para los vicios, achacando al sacerdocio un espíritu intolerante que dicen en su alta sabiduría no ser el de nuestro Divino Maestro, cuyas palabras de misericordia citan sin rubor. Una de esas espresiones profanadas por la ignorancia ó por la mala fé, se repite tan amenudo que temo haya llegado á vuestros oidos, es la que dijo el Señor de la Magdalena que seria perdonada porque habia amado mucho, dando al amor en general la virtud de salvar. Ningun amor, por bello que sea, tiene esa virtud, niños míos, y así, por mucho que ameis, á vuestros padres en ello agradareis á Dios, pero este amor no bastará para salvaros. Si no lo logra este amor, menos lograrán el amor al oro del avaro, y el del que se embriaga á los licores fuertes, abrirles las puertas del Paraiso. Si Dios perdonó á la Magdalena porque amó mucho, fué porque amó mucho á Dios, á la penitencia, á las lágrimas, y porque aborreció, lloró é hizo penitencia de los amores reprobados que la hicieron, no santa, sino pecadora, porque no es el amor por sí, sino el objeto á que se dirige lo que lo hacen bueno ó malo. Aunque basta el buen sen-



do para conocer cuanto os llevo demostrado, como este modesto don falta á muchos brillantes ingenios que os puedan estraviar, por eso me he estendido sobre este punto para demostraros toda su falsedad, y por este ejemplo podreis graduar lo errado de otros muchos asertos de los que citan textos sagrados.

PRIMERA PALABRA.

El mismo Señor, puesto ya en el afrentoso patíbulo, no se indigna sino se estremece del espantoso deicidio cometido en su persona; pero esto no lo lleva á emplazar al tribunal Supremo á los que vociferaron: *crucificalo*. No encarga al tiempo que aclare su inocencia; no protesta de la inicua sentencia; no hace alarde de valor, ni aun recuerda al hombre el beneficio que va á reportar la humanidad de su sacrificio; todo esto hubiera sido humano, y sus divinas palabras son: "¡Padre, perdónalos!" y como si no bastase rogar é interceder por tan inicuos enemigos, por tan crueles verdugos, la dulce víctima los disculpa, añadiendo, "que no saben lo que se hacen;" esto es la inmensidad en la misericordia, la que, si no adorásemos á Jesus como á Dios, adorarlo nos haria como Hombre. Si quereis en algo pagar al Salvador tanto amor, no solo perdonad generosos, sino disculpad benévolos al que os hace mal, y grabad en vuestra mente é imprimid en



vuestro corazon esta su primera palabra: ¡*Padre perdónalos!*

SEGUNDA PALABRA.

Ve el señor á su Santa Madre que le habia seguido al Calvario. ¡Qué sentimientos de gratitud, de lástima y de amor no despedazarían entonces su corazon! Considera lo que sufre y lo abandonada que queda, y mirando á su lado al mas querido y mas culto de sus discípulos, jóven y bello de persona cual él, expresa así su última amante voluntad: *Mujer ve ahí á tu hijo*, esto es, el que hará mis veces; considerad la sublime delicadeza de corazon que le hace decir: *mujer* y no *madre*, persuadido que el tierno dictado de *madre* en aquellas circunstancias, hubiese hecho morir á la suave y tierna criatura que mereció ser la suya. Despues, como si esto no fuese bastante, añade dirigiéndose al amigo: ¡*Ve ahí á tu madre!* ¡Sublime testamento que enaltece los deberes filiales á virtudes divinas! Considerad, pues, niños míos, que el amor y solicitud filial son méritos de los que nos da el Señor ejemplo hasta en los momentos últimos de su vida, y grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazon que la segunda palabra del Señor en la Cruz es el mas alto encumbramiento de la solicitud filial.



TERCERA PALABRA.

"Acuérdate de mí cuando estés en tu reino." clama el criminal convertido en la Cruz. No tenia Dimas su alma tan pervertida que desconociese ú odiase lo bueno; empieza por admirar la resignacion y mansedumbre de Cristo; recapacita entonces que no habia delito alguno que motivase el suplicio que sufre; reconoce los que él ha cometido, y los confiesa al reconvenir á su compañero que ultraja á Jesus. La luz entonces se derrama en su alma, comprende la divinidad del Salvador y que su reino no es de este mundo; le implora para que se acuerde de él cuando en su reino impere, y Jesus, que no puede negar la salvacion del pecador en el momento que por ella se inmola, se la concede plena, completa, sin expiacion (ó sirviéndole para ella el cruel martirio que sufre), y le responde estas dulces y enagenadoras palabras: *Hoy serás conmigo en el Paraiso*. Esta tercera palabra es el eterno consuelo del pecador, y ambos criminales son la muestra de la penitencia é impenitencia final. Pero no aguardemos á la última hora para clamar á Jesus nuestro Bien, que no sabemos si nos dará lugar, ni tenemos la disculpa que tenia Dimas, la de no haber conocido antes á nuestro Salvador; y grabad, niños míos, en vuestra memoria, é imprimid en vuestro cora-



zon con la tercera palabra del Señor que absuelve, las del buen ladrón que merecieron tanta gracia: *¡Acuérdate de mí Señor, cuando estés en tu reino!*

CUARTA PALABRA.

Pero el martirio del Señor aumenta; sus fatigas redoblan, gravitando el peso de su cuerpo sobre las heridas de los clavos que con eso se ensanchan; desangrado por ellas y por las que le han abierto los azotes en las espaldas, sus congojas le hacen agonizar; no puede ni vivir ni morir, y un clamor acongojado se lanza de su corazón hácia su eterno padre: *¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Por qué me has abandonado? ¡El desamparo fué el que arrancó al paciente héroe de la caridad su sola queja!*

Cumplido por entero el sacrificio al que no debió faltar para completarlo á este, el mas amargo de los desconsuelos, su dulce beneficio nos proporciona la sin par felicidad de que jamás nos veamos desamparados por Él cuando le invoquemos; para nunca dejar de hacerlo, grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazón ese doloroso lamento del que nos rescató á tanta costa, y repetid siempre: *¡Señor, no me desampares!*



QUINTA PALABRA.

Cuando en los campos de batalla agonizan los moribundos desangrados por sus heridas, el tormento de una sed devoradora que sobrepuja á los de sus dolores y fatigas, les hace clamar en el estertor de la muerte: ¡Agua! Exhausta de sangre la sacrosanta víctima, con igual tormento y ansia gime: ¡*Sed tengo!* Si estos desgarradores detalles de un suplicio los oyésemos con referencia á un criminal odioso, ajusticiado en la actualidad y en nuestra cercanía, porcierto que nuestros ojos verterian copioso llanto de compasion, y nuestra justa indignacion hácia sus verdugos no tendria límites, y oimos y consideramos los de la pasion de nuestro Salvador, el inocente, el justo, el manso Jesus, nuestro Dios encarnado, que la recibió por el hombre y sufrió por el hombre, ¿y no se nos parte el alma de compasion y no se nos quiebra el corazon de dolor? ¿Cómo le pedirémos compasion para nosotros, si la negamos á El? Cuando os creais, con razon ó sin ella, víctima de la dureza, de la ingratitud ó de la indiferencia de los hombres recordad que Jesus, que nada pidió á los hombres y tanto bien les hizo hasta dar la vida por ellos, tuvo sed, y que los hombres respondieron á este clamor dándole hiel y vinagre y desaparecerá la irritacion de vuestra alma. Con este fin, y con



el de tener presente el exceso de sufrimiento que agotó vuestro redentor en su suplicio, grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazón esta quinta palabra: *¡Sed tengo!*

SESTA PALABRA.

Siente acercarse el momento de espirar el Hombre Dios, en el que no ha perturbado la agonía el conocimiento, y dice con referencia á su sacrificio: *¡Consumado está!* Vé millares de criaturas que á su imágen creó para el bien, y que el espíritu del mal sedujo para sí; que redimidas por este sacrificio y convertidas por su sublime doctrina, suben á su gloria y alcanzan la bienaventuranza, y halla consuelo en considerar que está consumado el sacrificio, con el cual sin faltarse á sí mismo en su justicia puede satisfacer su misericordia y abrir las puertas de las cárceles del pecado y las del cielo. *¡Consumado está el sacrificio, cumplida la inmutable ley de la expiación! ¡Por dónde ha merecido el hombre tanto amor que tan mal paga, tanta clemencia que tan poco agradece? ¡Qué sacrificio hace en obsequio y retribucion del que le ha dado la vida eterna, que, aunque pequeño, le diese causa á decirle á su vez: por amor tuyo, consumado está?* Algunos mezquinos nos prescribe la Heredera de su doctrina y enseñanza, la Santa Iglesia, y el hombre siempre soberbio y siempre insumiso halla



por lo regular excusa, cuando no rebeldia, para no hacerlo, y van muchos mas allá y se burlan de ellos, y con ellos de Jesús, que autorizó, sometiéndose á él por cuarenta dias, el ayuno. Si no es culto, si no es obediencia, si no es santa institucion el ayuno, ¿por qué se sometió á él el Divino Maestro?

Una cosa ofrezcamos al Dios de amor y de clemencia, y sea la de no aborrecer á sus enemigos: sacrificio grande es pero hagámoslo por amor á Jesús, que tanto los amó. En lugar de irritarnos contra estos enemigos que, como auxiliares suelen tener el insulto, el escarnio y el desden, demostrémosles interés y mansedumbre, y cuanto mas nos cueste el sacrificio afanémosnos mas en hacerlo, para despues poder decir al Señor: ¡Por Tí, consumado está!

#### SÉTIMA PALABRA.

Despues de este acto de amor á la criatura vuelve el Señor hácia el cielo su corazon, y su última palabra es la mayor de las enseñanzas que nos deja: la de bien morir. *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu;* estos son los últimos acentos de aquella voz que del cielo bajó á la tierra; entónces, despues de tres horas de la mas cruelagonia, inclinó su soberana cabeza, coronada por el hombre de espinas sobre su pecho, y espiró.



No vamos á reconvenir á la humanidad por haber dado lugar á este terrible sacrificio, ni al pueblo hebreo, siempre ingrato, por haber cometido su nefando deicidio; nos ceñiremos á reconvenir á los cristianos por la frialdad con que lo recuerdan en su lúgubre y glorioso aniversario, el Viernes Santo. Verdad es que la Iglesia lo conmemora solemnemente: verdad es que enmudece la voz de sus campanas como si en ese dia solo supiese gemir. Verdad es que la milicia, la institucion humana mas amante de la Religion, enluta sus banderas, pone sus armas á la funerala y ensordece sus trompetas y tamborés. Verdad es que numerosas y ricas cofradias, que voluntariamente costean sus cofrades, sacan con pompa y solemnidad á la espectacion y veneracion de la inmensa muchedumbre la efigie del Crucificado; pero, ¿es acaso con la piedad, el fervor y el respeto con que instituyeron estas y concurrían á los cultos nuestros antepasados? No. En vista de la frialdad y esparramiento con que á estos cultos se asiste, se creeria que se repiten por rutina, sino por peores causas, y es esto á punto de dar pábulo á los tibios ó irreligiosos para opinar por su abolicion, movidos á ello por un respeto falso ó fingido. No se quiera, ¡por Dios! abolir prácticas santas en su significado, venerables en su origen, por no coincidir con el espíritu del siglo; pero trabájese en hacer que armonice el espíritu del siglo con la devo-



cion y recogimiento que deben acompañar á estas públicas y tiernas demostraciones, y hágaselas triunfar del espíritu del siglo si se le opone.

No creais, niños míos, que este espíritu sea el de la cultura por que veis poseídos de él, á hombres elegantes; no os creo tan faltos del buen sentido que vayais á buscar la fuente de la cultura en una sastrería, ni su esencia en los figurines de la moda. La cultura la forman unidas la elevacion de las ideas, la nobleza del sentir y el buen sentido en el saber y en el pensar, y así su legítima y pura fuente es el Evangelio, y aquellos que le dan otro origen la degradan y bastardean.

Empecemos por dar ejemplo de compostura y veneracion, honrando así á nuestro Dios, en cuyo recuerdo se hacen estos públicos cultos, é introduciendo por este medio las ideas y sentimientos religiosos en las masas ignorantes, lo que será mas grato al Señor y mas beneficioso para el pueblo, que no opinar y perorar en favor de su abolicion. Que no se obstruyan (siempre por respeto) una despues de otras todas las vías que han ingerido en este pueblo hasta en sus últimos y mas recónditos asilos el conocimiento de su Dios que ama el estar entre los humildes. A vosotros, jóvenes, para los que ya el siglo XIX y sus rancios errores son viejos, y ante cuyos no obcecados ojos aparece en la actualidad como una bella ninfa huyendo



del espíritu volteriano como de un viejo sátiro, á vosotros, niños míos, está encomendada la bella y culta misión de regenerar la religión, tristemente entibiada por los errores de la filosofía anticristiana, que cual turbias aguas de impuras fuentes exhalan nocivos vapores en la pura atmósfera religiosa que enfrian y corrompen. Como las cosas de los hombres son perecederas cual ellos, estas ideas anticristianas que tanto daño han hecho á la humanidad habrán pasado desechadas por la sociedad recuperada de su vértigo y anatematizadas por causa de los daños originados por ellas; entonces, sin contrarios podreis levantar, unánimes, y pacíficamente, muy alto el pendon de nuestra santa cofradia del Crucificado, y atentos, conmovidos y devotos, cuando despues de las tres horas de su cruel agonía veais pasar con toda su pompa y aparato el entierro del Mártir de la caridad, del Ungido del Señor, del Hombre-Dios, podreis repetir, si las grabais en vuestra mente é imprimis en vuestro corazon, aquellas palabras, últimas que pronunciaron sus sacrosantos lábios, aquella amante súplica siempre aplicable, siempre santa, siempre provechosa:

*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

---



# EL VIERNES SANTO.

---

## LA FÉ.

Nisi credideritis, non intelligetis.  
*Espíritu Santo.*

Saludémoste ¡Oh Cruz! firme esperanza,  
En estos días tristes, dolorosos  
Acrecienta la gracia á los piadosos,  
Y el perdon de su culpa al reo alcanza.

Himno que se canta en la Iglesia el  
Viernes Santo, despues de la adora-  
cion de la Cruz.

La fé, SEÑOR, es el mayor de tus soberanos dones. Por medio de la fé pones á tus criaturas en comunicacion contigo, porque ella traspasa la prision en que nuestros sentidos sujetan nuestra inteligencia, y salva el estrecho círculo de la razon humana; ella nos proporciona así tu santo conocimiento, nos esplica nuestro ser y nuestro destino, esta vida y la otra.

La fé nos salva; es el triunfo de la santa sumision de los ángeles sobre el orgullo de Luzbel.



En vano han querido los hombres en su orgullo crear una fé humana, práctica y soberbia. De aberracion en aberracion han llegado á la locura sin poder hallar aquellos que la desecharon ciega y dócil, sin estas propiedades que forman su esencia, cosa que la sustituya.

El Viernes Santo empero es el dia de la fé cristiana, de la fé divina.—Se respira en el aire, se siente en el silencio y en la solemnidad que como unánime señal de veneracion y respeto, llena al mundo que por galardón lleva el nombre de Cristiano. En este augusto dia enmudece el ateo; en este dia solemne calla el descreido, y no osa unir su blasfema voz á la de los judíos en su clamor deicida *Crucifige eum*, y en este dia aunque viste de luto la fé, es en trage de reina. Sí; viste de luto y llora, y con ella la Iglesia y todos sus hijos, y cuando al oír en los santos oficios del dia, estas sencillas palabras en la Pasion referida por San Juan, el apóstol querido: *Habiendo Jesus tomado el vinagre, exclamó: TODO ESTÁ CONCLUIDO* y *bajando la cabeza rindió el espíritu*, póstranse sus redimidos con profundo dolor y respetuosa adoracion al pié de la Cruz, glorioso patíbulo, trono de la fé, apogeo de la caridad, amparo de la esperanza!

En este dia el mas propio para implorar la misericordia del Señor, ruega la Iglesia por ella misma, por su cabeza el Santo Padre, por e



Rey, por los Catecúmenos, por las viudas, por todas las necesidades, por los cismáticos, por los judíos, por los paganos; á nadie olvida, á nadie excluye esta santa madre que tantos ingratos olvidan, de la que tantos ilusos se alejan!

Hay tres horas en este día mas solemnes aun que las otras, que son aquellas tres en las que agonizó nuestro Salvador en la cruz y en las que pronunció la víctima de Expiación, las siete palabras que resuenan hoy en todos los corazones cristianos. En ellas se quejó de la sed, pero no de sus verdugos; halló paliativo al espantoso deicidio, y no lo pidió para sus sufrimientos; buscó amparo para su madre humana, y lo pidió para sí á su Padre Divino, prometió su reino al pecador convertido, ansiando al derrearla que los hombres cogiesen el fruto de su sangre; fueron las últimas de suprema caridad y sublime satisfaccion al sentirse morir; todo está cumplido, dijo, y bajando su cabeza coronada de espinas, sobre su pecho traspasado por una lanza, expiró, dejando al mundo redimido con su sangre, y regenerado con su enseñanza.—Todo estaba cumplido!

Inclínanse entónces tambien nuestras cabezas como la de la sagrada víctima y un nuevo dolor parte nuestro corazon al ver al pié de la cruz la pálida madre que no abandonó á su hijo! Del afrentoso patíbulo baja á los brazos que al nacer le sirvieron de cuna el cadaver del



primer mártir de la *Nueva ley* que al morir le sirven de féretro—y despues queda sola la pura Madre de Dios humanado, vestida de luto, clavada en su pecho una espada, símbolo del dolor que la traspasa, y así la apellida la Religion, *Virgen de la Soledad*, y la acompañan en ella con el sentido himno:

Stabat mater dolorosa  
Juxta crucem lacrimosa,

mientras la devocion popular escucha en la calle al pobre ciego, intérprete de sus sentimientos, que en este agosto dia alza á intervalos tristemente su voz en las estrañas y lúgubres modulaciones de las conmovientes saetas, con este y otros recuerdos de la Pasion del Señor:

Una corona le ponen  
De espinas setenta y dos,  
Que le atraviesan las sienes  
Y á María el corazon.

Angel de la tierra escogido para tanta gloria y para tanto padecer! tan humilde en tu grandeza como mansa en tus sufrimientos! Tú que nunca te muestras severa ni desviada sino que siempre amparas y consuelas, tú clemente, tú piadosa, tú misericordiosa que estas al pié de la cruz dolorosa y llorosa que tantas lágrimas derramaste, que por advocacion te pusieron los fieles *Virgen de Lágrimas*, recibe las que en este dia derramamos contigo y con la Iglesia, y



preséntalas á tu hijo unidas á las tuyas como los granos de arena adneridas á las perlas sacadas del fondo de un mar de amor, é inclina su oído á esta nuestra súplica: Señor pendiente en el árbol de la cruz, oye nuestros ruegos! Mira por la Iglesia nuestra madre y por su santo vicario nuestro Padre! — Ampara al pueblo Cristiano, y para que no sea perdido para nosotros tu divino sacrificio y tu preciosa sangre, concede lo que con tu Iglesia te hemos pedido en el Domingo de Ramos.

Aléjanos del fuego de las contradicciones; modera en nosotros el exceso de pasión; danos la salud del cuerpo y la paz del alma. (1)

- (1) Extingue flammam litium,  
Aufer calorem noxium,  
Confer salutem corporum  
Veramque pacem cordium.
-







# LA CATEDRAL DE SEVILLA

EN

UNA TARDE DE CARNAVAL.

---

La Catedral de Sevilla!... estas palabras presentan á la mente un edificio magno, una de las maravillas de España, uno de los mas magníficos templos del orbe católico, un portento de arquitectura, un joyero de las artes, un venerable archivo de grandes recuerdos, un santuario de ilustres reliquias, un lugar y conservatorio del santo y ostentoso culto; todo esto es la Catedral, pero es aun mas.

Describir este *mas*, no es fácil, porque consiste principalmente en las impresiones que causa tan admirable conjunto. Así como las diversas expresiones del semblante se sustraen al mas hábil pincel, así las impresiones que se aglomeran en el alma se sustraen á la demostracion por el lenguaje.

Hay momentos en que la Catedral se solemniza de tal suerte, que exalta el respeto y la admiracion hasta un dulce entusiasmo que



brota á los ojos en lágrimas, y eleva en fervientes brotes el alma hácia Aquel en cuyo nombre se alzó tan suntuoso templo y se celebran tan ostentosos cultos.

De lo dicho se convenceria todo aquel que en una tarde de carnaval, despues de recorrer las calles, entrase en la Catedral.

En aquellas reina general alegría, alegría que cuando no traspasa los límites de la decencia, es tan simpática, que se comunica aun á los que no contribuyen á ella, tanto por lo universal que es, como porque tiene algo de infantil en sus disfraces cómicos, sus cascabeles, su franco contento, así como por su objeto y tendencia que son la festiva risa, como porque aquel tropel, aquel bullicio, aquella algazara producen la dulce ilusion de que para toda aquella muchedumbre es la vida ligera y la alegría su estado normal, si despues de recorrer las animadas y ruidosas calles, pisan bajo las altas bóvedas que lo cobijan el inmenso recinto del edificio consagrado al culto de nuestro Dios. ¡Qué contraste! aquí una distinta muchedumbre sin hostilidad hácia la otra que alborota y se agita, está postrada, inmóvil y silenciosa ante el altar mayor, cuyo remate se pierde de vista en la sombría altura de las bóvedas, y en el centro del que en un esplendente sol de oro y pedrería y en otro mayor de resplandecientes luces, está expuesta la sagrada Forma consagrada en la memorable noche de la *Cena*.



Al rededor de su gigantesca reja que circunda al altar mayor está reunido el Cabildo compuesto en gran parte de venerables ancianos. El órgano esparce sus potentes sonidos acompañando los cánticos de la Iglesia, graves los unos como los otros, grave todo en aquel lugar hasta el baile que ante el ara ejecutan los Seises, vestidos con el antiguo y hermoso traje español, siempre renovado y nunca variado hace siglos.

Este baile pausado, metodizado, exacto é invariable, como todo cuanto concierne á aquel templo, modelo de santa estabilidad y de suprema dignidad, consiste en una especie de cadena y cambio de lugar, que con admirable precision, lentitud, y decoro ejecutan á compás los niños Seises, cantando al mismo tiempo preces al Señor, que está presente. Trasladaremos aquí uno de sus motetes cantado en las tardes de Carnaval.

Candor de la luz eterna  
que para no deslumbrarme  
ocultas tus resplandores  
y me mandas acercarme;  
mira que estoy en tinieblas  
y que soy tan miserable,  
que hácia tí no puedo irme  
si tú hácia tí no me atraes.

La impresion que produce este baile es de aquellas que deciamos que es imposible expresar. ¿Cómo és que inspira tan profundo res-



peto? cómo es que causa tan irresistible enternecimiento? Puede que consista en que este culto peculiar á esta respetable metrópoli es una intacta herencia de religioso pero desconocido origen que se conserva inmutable cual ella en esta Catedral, arca Santa que no se atreve á profanar ni la mano del tiempo ni la del hombre; ¿ó consistirá acaso, en que este culto bailado y cantado por niños, sea la solemnización de la candidez, esa inocencia del entendimiento que Dios ama á la par que la inocencia del corazón?

Ello es, que es tan conmovedora que solo las almas que han quedado secas por la incredulidad como los desiertos del Africa por el Simoun, dejan de conmoverse al presenciarlo.

Muchos curiosos y entendidos investigadores han buscado sin poder hallarlo el origen de este baile (1); todas sus eruditas investigaciones han sido infructuosas. Esto que es un caso poco comun parece prestar un atractivo misterioso mas á este culto, que algunos consideran impropio y singular, hasta que lo presencian. De esto que decimos existe una prueba histórica que lo confirma.

Un arzobispo de Sevilla asaz rígido, intentó suprimirlo por no creerlo bastante austero.

---

(1) Véase en *Los Españoles pintados por sí mismos* el docto é interesante artículo sobre los Seides escrito por el Sr. D. José Bueno



Entonces el cabildo de la Catedral fletó un barco y envió á Roma los Seises con sus maestros y directores que llevaban una súplica del Cabildo al soberano Pontífice, para pedirle presenciase estos cultos contra los que le habian mal prevenido.

Su Santidad concedió lo que se le pedia, y cuando los hubo presenciado dispuso sin titubear, que continuase sin reforma alguna.

Qué contraste, repétimos, qué contraste tan marcado pero tan lógico! Fuera del templo la alegre juventud que rie y bulle, en él, la grave ancianidad que medita y ora!

En breve los niños reemplazarán á los que rien, y estos á los que ahora se arrodillan ante el altar, los que habrán ido no á reemplazar, sino á aumentar el número de los que duermen para no despertar! Volverá el Carnaval periódicamente, con otras máscaras, otras fiestas, otros regocijos distintos, y otros devotos vendrán á este templo á tributar un culto siempre el mismo, pues él es la sola cosa estable é imperecedera como lo son su origen y su fin.

Pero tambien se ven jóvenes en el templo en aquellas tardes, jóvenes que no creen que estén reñidas la alegría y la devocion, y que lejos de querer establecer antagonismo entre el mundo y la Religion, desean unirlos trayendo aquel á esta y haciéndolo bueno sin dejar de ser alegre. Al lado del altar y bajo un dosel que indica su alto rango, están arro-



dillados dos jóvenes Príncipes, que son la hermana de nuestra amada y piadosa Reina, y el hijo de la santa Reina Amalia. Allí se encuentran por que su corazon los trae, y por que su sublime misicn, como personas Reales, es dar ejemplo, y esta gran mision saben cumplirla sin esfuerzo, solo por su espontánea inclinacion á todo lo que es bueno.

No envidie nadie á estos admirables Príncipes su agusta gerarquía, sus riquezas, su juventud, su pura y completa felicidad doméstica que completan los ángeles con que Dios ha bendecido su matrimonio, envídiéseles, su mas cumplido bien, que es su conciencia.

Sevilla abril 1857.

---



## UNA VISITA AL CONVENTO DE SANTA INÉS

DE SEVILLA.

---

Este convento, que conserva incorrupto el cuerpo de su fundadora DOÑA MARÍA CORONEL, es por esta causa visitado por las personas devotas ó curiosas, que para ello obtienen el necesario permiso, y habiendo nosotros logrado la ventaja de penetrar con él en este santo asilo, relataremos lo que hemos visto, para las personas que no hayan tenido igual suerte. Pero antes será necesario exponer algunos apuntes biográficos de la ilustre Fundadora del Convento.

Fué Doña María Fernandez Coronel hija de D. Alonso Fernandez Coronel, Alguacil Mayor de Sevilla y Señor de Aguilar, y de Doña María Fernandez de Biedma. Casó con Don Juan de la Cerda, señor de Gibráleon, hijo de Don Luis de la Cerda, Príncipe de las Fortunadas, y biznieto de San Fernando.

Siendo esta Señora de extremada belleza, enamoróse de ella el Rey Don Pedro, el que sostenia por entonces una guerra sangrienta



contra Aragon, por lo cual tuvo que marchar, haciéndose preceder por Don Juan de la Cerda y por Don Alvar Perez de Guzman, marido de Doña Aldonza Coronel, hermana de Doña María.

Temeroso Don Juan por su honra, porque no se le ocultaba la inclinacion de Don Pedro hácia su muger, regresó á Sevilla sin la venia del Rey, por lo que fué declarado desleal, y confiscados todos sus bienes. Intentó resistir haciéndose fuerte en su castillo de Gibrleon; pero vencido, fué conducido á la Torre del Oro de Sevilla y condenado á muerte. Sabido este fallo cruel por Doña María, viajó á Aragon para implorar la clemencia del Rey, al que halló en Tarragona; pero no pudo el Rey concederle su peticion por estar ya ejecutada la sentencia.

Viuda y pobre retiróse Doña María á llorar su desamparo á la ermita de San Blas, fundacion que fué de sus progenitores. Allí vivió algun tiempo entregada á obras de piedad y ejercicios de devocion; pero previendo la noble y virtuosa Señora adónde podrían llegar los excesos de un Rey jóven, poderoso y apasionado, se retiró al convento de Santa Clara de Sevilla, fundado por el Rey San Fernando.

No fué esta prevencion suficiente, porque Don Pedro, arrebatado por su pasion, mandó que fuese sacada á la fuerza de aquel asilo. Al saber Doña María la llegada de los ejecu-



tores de este mandato, huyó á la huerta, en donde mandó abrir un hoyo en el suelo, y que allí se la ocultase, prefiriendo el azar de morir enterrada viva, á la ignominia de ver manchada su preclara honra.

Era, no obstante, fácil advertir el piadoso engaño por la desigualdad de la recién movida tierra; pero Dios hizo crecer instantáneamente sobre ella yerbas que cubrieron con espeso y suave manto á la cristiana Lucrecia.

Acaeció, empero, que habiendo descubierto Don Pedro el engaño, reincidió con tal empeño en su persecucion, que Doña María, estimando en menos su corporal belleza y aun su vida, que su virtud, se determinó á una accion propia del heroismo cristiano que la animaba, que fué la de echarse aceite hirviendo en su bello rostro, afeándole hasta el punto de dejarlo hecho una viva llaga, cuya vista horrorizaba. Así logró esta noble heroína, esta muger fuerte, honra y prez de su sexo, apagar la criminal pasion del Rey que era cuanto deseaba.

Profesó en el convento de Santa Clara, juntamente con Doña Aldonza, su hermana, que á la sazón habia enviudado, y fué siempre imitadora de sus virtudes.

Cuando subió al Trono Don Enrique II, fué Doña María reintegrada en la posesion de sus bienes, y habiendo obtenido las licencias necesarias, erigió el convento de Santa



Inés, para lo cual la favoreció mucho en su intento Don Enrique II; y en el año 1376 otorgó la venerable Fundadora una escritura de adjudicacion de todos sus bienes en favor de su Convento, previendo que sería el santo y descansado asilo de muchas almas buenas y desamparadas, expuestas, sin estos refugios, á perderse y ser causa de la perdicion de otras almas por el vicio. Yace su cuerpo con admirable incorrupcion de cinco siglos, en una urna de cristales en el coro del referido convento. En este venerable y antiguo albergue de la santa virtud y de la inocente paz, vamos á entrar.

Al frente del espacioso compás, que está, digamos así, enclavado en el convento, teniendo á la derecha la preciosa Iglesia y á la izquierda la habitacion para la familia del demandadero y los locutorios, está la grandiosa y pocas veces abierta puerta. Por ella se penetra en un zaguan cubierto, y por éste á un pequeño patinillo triangular que tiene á la derecha un primer patio. Este comunica tambien por la derecha á una gran pieza de paso, que conduce al magnífico patio interior, de tamaño pasmoso. Su parte descubierta forma un jardin con multitud de árboles y en medio una fuente; está separado de los anchos corredores ó galerías por una hermosa balaustrada de mármol, y otra igual ostentan los corredores del piso alto. En el medio de una



de estas galerías está la gran puerta que dá paso al coro. ¡Qué embelesadora armonía deben formar en el silencio de aquel lugar consagrado á Dios, la voz del Sacerdote que le implora en el altar, las de las monjas que le secundan, el órgano que solemniza estas peticiones, el canto de los pájaros, el susurro de las hojas y el murmullo de la fuente!

Acompañábanos las madres monjas de mas edad y mas categoría, con esa atención, esa cordialidad, esa bondad y esa paz de que parecen posesionarse al echarse el hábito. ¡Cuál hace quinientos años, llevan hoy las monjas de Santa Inés, sus túnicas azules, sus tocas blancas, cubierto el rostro con sus tupidos velos negros, y como siempre tan uniformes todas, y tan apartadas del mundo, de sus modas, de su marcha, de sus inquietudes y de sus cargas.

En el coro, que es una linda pieza con su buena y tallada sillería, nada de muy notable hallamos sino un retablo, cuyas tres efigies, el Dios Niño, la Vírgen y San José, casi de tamaño natural, nos parecieron muy hermosas. dándole aun mas encanto la consideracion, de que en dias de la grande y alegre fiesta de Navidad pasan las monjas ante este retablo los mas felices y alegres dias de sus vidas. Pero el objeto principal de que debemos ocuparnos es el cuerpo de la Fundadora, que está encerrado en una urna ó féretro de cristal, al lado izquierdo del coro próximo á la reja que



lo separa de la iglesia. La noble, la santa y gran Señora, es de elevada estatura y buenas carnes, conservadas con toda su lozanía y morbidez, no estando de manera alguna apergaminadas como las de las momias; y lo mas notable es, que al decir de sus hijas las monjas, y de los facultativos que la han examinado, todos sus miembros están flexibles cual si solo estuviese hundida en un profundo sueño. En su carrillo lleva Aquella que admiró á todos por su hermosura, las oscuras manchas y las cicatrices de la terrible quemadura, y algo en la nariz, que es la única parte de su cuerpo que ha sufrido alguna alteracion, la que es de presumir sufriria ya en vida por la accion corrosiva del aceite hirviendo. Tiene iguales manchas su garganta, sobre la que cayó el abrasado líquido al deslizarse del rostro.

Tenia esta santa heroina su hábito, del que conserva su austera toca; pero la piedad de sus hijas la ha revestido de una túnica de brocado de plata y azul, que es el color de las de la órden á que pertenecia. Sus manos, muy bellas, están cruzadas sobre su pecho.

Así yace entre sus hijas esta insigne Matrona, tan ilustre por su alta alcurnia, singular belleza y el heroismo de su virtud, DOÑA MARÍA FERNANDEZ CORONEL! Muchas cosas enseña su vida y sus procederes, y sobre todo que no ha sido necesario nunca acudir á soberbias doctrinas y trastornos, para que las



personas de recto y noble modo de sentir, rendidas y sumisas con el Rey, *Geefe del Estado* le sepan hacer dignamente frente, y oponerse sin cejar á la voluntad del *hombre*, cuando exige lo que el deber prohíbe.

La bondadosa y digna Abadesa actual, de la que ya hemos hecho mencion en un pequeño artículo titulado: "*Lo que los creyentes llaman milagros y los descreidos llaman casualidades*", nos llevó á la gran pieza que desde el primer patio conduce al segundo, donde se halla la Imágen de bulto de San Antonio á cuya proteccion nunca acuden en balde. ¡Con qué placer, amor y confianza nos lo presentó la respetable y animada anciana pastora de aquel redil! Lo hacia de la misma manera con que presentamos á un querido amigo y protector, de cuya amistad estamos seguros, de cuya bondad estamos persuadidos y de cuya proteccion tenemos muchas y repetidas pruebas.

En el testero de esta gran pieza, hay una pintura que, representa á la VIRGEN con el Niño en brazos, que nos pareció bellísima.

En el claustro, cerca de la puerta del coro, en un pequeño nicho abierto en la pared, y cubierto con un cristal, se ve una escena de la vida de Santa Clara representada con figuras muy pequeñas, pero delicadamente talladas. Reproduce el refectorio del convento del que la Santa era Abadesa, con una mesa primo-



rosamente puesta, alrededor de la cual hay colocados platos, y sobre cada plato un pan. Véase el púlpito, desde el que se hace la piadosa lectura al tiempo de la comida. Por un lado entra en el refectorio el Santo Padre seguido de sus Cardenales; por el otro llega la venerable Abadesa seguida de sus monjas á saludar reverente al Vicario de Cristo, tal cual lo hizo cuando inesperadamente se presentó á tiempo de ir la comunidad á tomar la comida del medio dia y el Sumo Pontífice le dijo á la Santa Priora que bendijese la mesa. Esta se excusa modestamente de hacerlo en su presencia; pero el Santo Padre se lo manda, y la sumisa Abadesa obedece, quedando en aquel instante los panes milagrosamente señalados con una cruz, como para patentizar la eficacia de la bendicion de la Santa Prelada.

El pensamiento hierve siempre en la mente, pero cuando el sentimiento le atiza rebosa. Así era que al escuchar á la Abadesa con tanta veneracion como simpatía, se presentaba á nuestra mente una consideracion, y era que tal cual fué el efecto causado en el convento entre las preces, los himnos religiosos, el grave y solemne son del órgano, el susurro de la fuente, el canto de los pájaros y murmullos de las hojas en el año de 1843, por una bomba que en el convento cayó, tal lo seria ahora una palabra, una mirada, una sonrisa impía ó escéptica, y dí fervorosas gracias á Dios de



traer á aquel santuario mi fé sólida, firme, exaltada, salida ilesa de todos los escollos, y de poder estar frente á la fé inocente y pura de aquellas escogidas del Señor, y en entera concordancia con su sentir y su pensar. Si la fé no fuese la primera de las virtudes, seria la mayor felicidad del hombre.—Es ambas cosas.

No hay progreso, sino desvirtuamiento, en materias de fé: su verdad y su pureza están en lo primitivo, y así como los rayos del sol se entibian, palidecen, y pierden su fuerza, al alejarse de su centro, tan nécias como arrogantes é impías son las pretensiones de los hombres al querer *refundir* y adaptar la fé al gusto de las épocas.

Muchos deseos teníamos de ver alguna celda, como tambien de saludar á una jóven, á cuya reciente toma de hábito habiamos asistido; mas nuestras súplicas fueron amable pero terminantemente negadas. El señor Cardenal Arzobispo habia otorgado licencia solo para ver aquel admirable cadáver, que en lugar del horror y repulsa propios á todo cadáver, infunde una admirativa y dulce atraccion, y esto, como todo, se cumplia á la letra. No insistimos, porque hacerlo hubiese sido irreverente, poco fino, é inútil; y sobre todo, porque nos llenó de respeto esa obediencia tan estricta, tan sumisa, tan ciega é intransigente, que es la que hace á nuestra católica grey tan compacta, tan inviolable, tan estable, y



que pone fuera de toda disidencia nuestra comunidad. Puede que esto inspirase á uno de nuestros poetas antiguos aquella bella definicion del amor consagrado, en esta frase, *obedecer amando*, pues en este nuestro católico exceso de obediencia hay exceso de amor al mandato.

¡Qué hermosa es la obediencia cuando es hija del deber! Es el carril, no de hierro, sino de oro, que nos conduce sin vacilaciones, sin tropiezos, sin temor de extraviarnos, por el camino mas corto y llano, al término de nuestra peregrinacion! Pero como todo lo que es santo y bueno, tiene la obediencia enemigos que la combatan en todos terrenos; y para eso nos la quieren presentar como incompatible con la dignidad del hombre. Se engañan; que no es la soberbia la que dá dignidad al hombre, lo que se la dá es lo que le acerca á Dios y asemeja á Cristo. No, no consiste la dignidad en desechar todos los frenos, como desecha el salvaje una á una, todas las ropas con que cubrieron su asquerosa desnudez la decencia, la cultura, la civilizacion y hasta la higiene. "*No se haga mi voluntad, sino la tuya*" dijo el Dios-Hombre á su Padre.

La Abadesa nos habia celebrado y prometido enseñar la *Gloria en duelo*; y estas palabras que parecen tan incompatibles, que son una contradiccion patente, habian excitado en extremo nuestra curiosidad é interés. Por



fin llegamos á la GLORIA EN DUELO, que está en un ángulo de los claustros que rodea al grandioso patio. Es un retablo colocado en una urna de caoba, y cristales de mas de dos varas de alto y una y media de ancho.

En medio se vé el Calvario con solo la Cruz del Señor, al cual, ya inerte cadáver, tiene en sus brazos su Santa Madre sentada al pié de la Cruz: alza al cielo su dolorido rostro, y la rodean ángeles que tienen en sus manos instrumentos de la Pasion, que contemplan con afliccion compasiva. El que está al frente parece presentar á la vista del que llega, los tres clavos con desconsolado ademán. Otros ángeles tienen entre las suyas una de las manos del yerto Cadáver, que bañan con sus lágrimas. Algo mas retirados están los arcángeles, consternados y dolientes en la triste contemplacion de la augusta Víctima; despues de estos, y llenando entre nubes todo el espacio, vénse multitud de ángeles infantiles, deshechos en lágrimas. En ambos ángulos de la parte baja del retablo, y al pié del Calvario, están en el uno la Muerte vencida, figurada por un esqueleto sentado y apoyado tristemente en el globo que figura el mundo; y al otro, derribado en el suelo está Lucifer, bajo la figura de un hombre de color obscuro, enroscada en su cuerpo la serpiente, y alzando su rostro de infernal expresion, para fijar sus ojos llenos de ira, de despecho y desesperacion en el divino Redentor del mundo.



En este lindo retablo observaremos una de esas cándidas sencilleces de la fé indocta, la mas pura de todas, fé del pueblo, fé de niños, fé de monjas... que tanto escandalizan á la fé *puritana*, y tanto enternecen y simpatizan á los que recuerdan las dulces palabras del Señor, á los que los querian alejar de su augusta presencia: *Dejad que los niños vengan á mí!!*

Era esta (que no negamos que sea una *impropiedad*) el tener muchos de aquellos Espíritus celestiales en sus manecitas pequeñas pañolitos con los que enjugaban sus lágrimas. Tenia esto para nosotros, como otras muchas cosas de este género, la inimitable gracia de la infancia que encanta; en ella veíamos la bondadosa ignorancia de la inocencia, la imprevision de la buena fe, que no calcula porque carece de malicia. No es dudoso que las espléndidas luces del siglo acabarán con estas *impropiedades*; pero en los conventos aun no hay reverberos de gas, no hay sino lámparas de plata!

Considerando esa conmoviente representacion de la *Gloria en duelo*, transformóse á nuestra vista en la *Cristiandad en duelo* agrupada, afligida al rededor de la Iglesia, sosteniendo á su atribulado Gefe, preso y perseguido por impíos. Todos querian consolar y sostener al Santo Padre comun de los fieles; la mayor parte no podian: muchos lo hacian con sus dádivas; otros con su sangre, y todos le ofrecian sus lágrimas y oraciones.



Entonces parecióme oír una voz interior que me decía: "Si en duelo estuvo algun día la gloria ¿qué mucho que lo esté en otro la cristiandad? ¿Acaso no hay en el mundo de ahora como en el de entonces hereges, judíos, fariseos, sayones, esbirros, Judas, y hasta Pilatos que se laven las manos?"

¿Pero será posible, Dios y Señor, que esto permitais? ¿No escucharás los ruegos de tantos fieles, los clamores de tantos hijos? ¿permitirás que se consume el atentado?"

¿Qué dice á esto el católico y religioso pueblo, con su sana mente y buen sentido? Esta es la respuesta que nos ha dado.—Rogábale fervientemente al Señor su gran sierva Santa Teresa, que saliese por General de su Orden el digno Padre Gracian; y tanto instó, que el Señor le dijo que tal era tambien su deseo: Pero el Capítulo eligió á otro.—Señor, le dijo la Santa, ¿no me habíais dicho que era vuestro deseo que fuese General el Padre Gracian?—"Yo quise, contestó el Señor, pero los hombres no han querido."

¡Qué profundo sentido en tan pocas palabras! ¡DIOS LO QUIERE! Esta frase muy generalizada, es en su origen una bien intencionada apelacion á la conformidad, pero que muchas veces carece de exactitud. Dios gobierna á la naturaleza y al orbe entero, por mas que la escéptica ciencia atribuya este gobierno á las propias leyes de la naturaleza;



¿pero estas leyes quién las creó? La *Nada* no puede crear ni aun el caos. Así es que todo lo gobierna Dios, ya por leyes establecidas, ya por fenómenos; todo lo rige, menos la voluntad del hombre, al que dió para gobernarse á sí mismo el LIBRE ALBEDRIO.

---



## UN DEVOTO DE LA INMACULADA.

---

### TRADICION.

#### I.

Madre Vírgen Soberana,  
De los hombres protectora,  
De los Angeles Señora,  
Fuente viva donde mana  
Consuelo eterno al que llora.  
FERNANDO DE GABRIEL.

Si no diciendo estas mismas palabras, animado por estos mismos sentimientos, veíase postrado, en un hermoso día del año de 1484, ante una imágen de la Inmaculada Concepcion á un hombre, pobre y humildemente vestido, caida la cabeza sobre el pecho y llevando un niño de la mano.

La Imágen ante la cual estaba arrodillado era una pintura al fresco de Antonio del Rincon, pintor de los Reyes Católicos, mandada hacer por estos á la entrada del patio de Banderas de su Alcázar de Sevilla, en el mismo lugar en que hoy se encuentra un retablo con una preciosa imágen de bulto de la Se-



ñora que reemplaza á la pintura de Rincon, destruida hace largos años por el tiempo.

Postrado estaba aquel hombre ante la venerada imágen de la Madre de Dios, *Señora de los Angeles y fuente de consuelo al que llora*, representada allí con su celeste manto de pureza, alzado al cielo su divino y dulce rostro, cruzadas sus albas y benditas manos, en ademán de implorar á su Hijo del Cielo por sus hermanos de la tierra en su advocacion más propia, la de INMACULADA, la misma bajo la cual el más católico de los pueblos la aclamó Reina y Patrona de España, de España, cuyos hijos se han esforzado siempre en dar inequívocas muestras del entusiasta amor y culto que profesan á María. Tanto los reyes (1) que no han cesado de solicitar del Romano Pontífice la definicion dogmática de su Concepcion sin mancha, como las Órdenes y Maestranzas de Caballería; tanto las Academias literarias como las Hermandades, cuyos individuos juraban al recibirse en ellas en esta forma: *diré, sentiré y confesaré que la Señora y Vírgen Madre de Dios, Santa María Señora nuestra,*

---

(1) Entre ellos Felipe V que en este mismo Alcázar escribía en 1732 al Dean del Cabildo Catedral, despues de haberlo hecho al Pontífice, con el fin de que se interesase: *con nuevas instancias para la definicion de este Sagrado Misterio haciendo por vuestra parte á Su Santidad la más humilde y reverente súplica para que se digne concluir y terminar esta causa tan deseada de los fieles.*



*fué concebida sin pecado original*; tanto las Universidades como el pueblo, que estereotipó su fé con solo estas palabras generalizadas como la luz, *Ave María Purísima, sin pecado concebida*, y que en todas sus aflicciones y necesidades acude á su Santa Patrona, cual no ha mucho lo hizo en aquella defensa de su Patria, de su Rey y de su Fé, que no hay corazon español que no recuerde con inmensa gloria, ni habrá generacion futura que no escuche sin asombro, defensa en que repetia la siguiente décima compuesta por él, y en la cual, como en toda poesía popular donde nada es el arte y todo el corazon, pintaba verídicamente sus sentimientos:

Bonaparte subió al Cielo  
De Dios á solicitar  
Le dé Reinos que mandar  
En Europa, fértil suelo.  
Dios condescendió á su anhelo  
Dándole cuanto le cuadre,  
Y al pedirle á España al Padre  
El Hijo le respondió:  
”¿Cómo es eso? España no,  
Que es el dote de mi Madre.”

Tanto, en fin, los niños, que desde el Príncipe de Asturias á los de la clase más humilde han entonado siempre este cantar, tan cotidiano á nuestros oidos desde que nacimos:

Todo el mundo en general  
A voces, Reina escogida,  
Diga que sois concebida  
Sin pecado original.



como hasta los mismos individuos de esas infortunadas razas, habitadoras de los abiasados bosques de Guinéa, que trasladados á nuestro suelo han tenido la suerte de abrir los ojos á la luz del Evangelio en esta su segunda y más benigna Patria. Pruebá de esto es el rasgo verdaderamente admirable, que ocurrió en Sevilla en el siglo XVII, y respecto á cuyo autor, á quien en esta enumeracion hemos dejado para lo último, puede que se verifique en alta esfera como en tantas ocasiones se ha verificado respecto á otros, aquello de que *los últimos son los primeros*. Nos referimos á aquel pobre Negro que viendo atacado el Misterio de la Inmaculada Concepcion de María se vendió á sí mismo en el parage donde no hace muchos años existia aún en esta Ciudad una Cruz, que en memoria de tan sublime abnegacion conservaba el nombre de la *Cruz del Negro*, para costear con el producto de su venta una solemne funcion de desagravio á la Señora.

Pero volvamos á la época en que principia nuestro sencillo relato, época, aunque lejana, tan unida en su fe y en su devocion á María, con otras más recientes.

Algun destello de esperanza resplandecía en los inspirados aunque abatidos ojos de aquel hombre profundamente triste, á quien la desgracia parecia oprimir sin rendirlo, y cuyo ánimo luchaba contra ella, como luchan aque-



llos á quienes sostiene una firme fé y alienta un altísimo pensamiento.

La causa que producía aquel rayo de esperanza que á veces brillaba entre las sombras que obscurecían su mirada, cual una estrella entre opacas nubes, era una carta que apretaba contra su corazón. Esta carta hallábase escrita por un humilde Fraile y dirigida á otro; pero era el que la había escrito..... FR. PEREZ DE MARCHENA, Guardian de la Rábida, y aquel á quien iba dirigida FR. FERNANDO DE TALAVERA, Confesor de la gran Reina ISABEL LA CATÓLICA.

## II.

Sufrid con ánimo igual,  
Alma, lo que más lastima,  
Que la más áspera lima  
Limpia mejor el metal.  
(ANTIGUO.)

Años despues, en aquel mismo lugar y ante la misma Imágen veíase de nuevo postrado al mismo devoto; pero esta vez el destello de esperanza que brillaba antes en sus ojos había desaparecido; era su ánimo un cielo sin estrellas, y parecía ofrecer en una desconsolada, pero mansa resignacion sus ajadas ilusiones á la Señora, cual en un azafate de plata flores marchitas. "Señora? decía, á Vos, Sér puro y predestinado, ofrecí levantar vuestro estandarte al lado de la Cruz que la luz llévara á



ignorados países. No puedo realizar mi intento, porque los hombres unos me creen loco, otros desconfían de mí, y el único que favorecerme quiso no ha podido conseguirlo! Conforme está mi corazón con mi desgracia y con mi triste impotencia contra la que se estrella mi larga perseverancia; pero mi espíritu desfallece al ver que no puedo dar cima á una obra que habria asombrado al Orbe, y llevado la luz á perdidas generaciones! ¡Cúmplase la voluntad de Dios; pero intercede, Señora, para que sea algun dia favorable al intento que bajo tus auspicios llevar quisiera á cabo!”

### III.

Inagotable fuente de consuelo,  
Madre del Salvador y Madre mía  
Cuya mirada regocija al cielo,  
De cuya luz es sombra la del dia.

MANUEL CAÑETE.

¿Fué acaso oida su plegaria? Ello es que, no bien pasados quince meses, postrábase de nuevo aquel hombre ante la misma Imágen, pero no ya abatido, triste y pobre: su cabeza estaba erguida; en sus ojos resplandecía la entusiasta expresion del mayor y más noble triunfo; de sus labios brotaban ardientes acciones de gracias al presentar á su Santa Patrona cuatro habitantes de otro hemisferio, súbditos ya de la Reina de Castilla y adorados.



res de su Dios, y traerle cual otro Rey de Oriente, oro, (el primer oro de remotas regiones,) y que se destinó á una Cruz que se vé hoy en el tesoro de la Catedral Sevillana.

Poco despues la Reina Católica decia enagenada, y el mundo entero repetia asombrado:  
Á CASTILLA Y Á LEON NUEVO MUNDO DIÓ COLOM.







## UN LLAMAMIENTO.

---

*Si quelque enseignement se cache encette histoire,  
Qu'importe? il ne faut pas la juger, mais la croire.*

Si este relato contiene  
Una leccion singular,  
No se le debe juzgar;  
Creerlo es lo que conviene.  
VÍCTOR HUGO.

¡Cuánto interesan los secretos de los claustros, si es que se presentan con el romántico nombre de tradicion, ó con la poética calificación de leyendas, al través de una transparente nube formada del polvo de los pasados siglos! Pero á ninguno de estos prestigios que presta la imaginacion podemos acudir para lo que vamos á relatar, pues es demasiado verídico para apellidarse leyenda, y demasiado reciente para que la tradicion le preste su romántico misticismo, ni la antigüedad el respeto y la paz de lo finado.

El estúpido nivel de las generalidades ha condenado sin excepcion á los conventos y sus moradores á ser tipos de la vulgaridad; el finchado pigmeo NO LO CREO lo ha rebajado todo á su diminuto nivel, sometiendo el alma á la cabeza, que es la mayor degradacion moral en que puede caer el hombre, ha querido



hacer de la independencia de alma que no reconoce *imposibles*, una prueba de cortedad de alcances! ¡Pobre pigmeo! ¡parapetado en un estrecho círculo, reta al poder del que le crió y pone límites á lo *posible*, sin mas autoridad que su orgullo! Nosotros, que no nos cuidamos del pigmeo, vamos á relatar uno de esos eventos del claustro, uno de esos misterios entre Dios y las criaturas, que enaltecen al hombre, elevan la existencia humana, robustecen la fé, enternecen el corazon y patentizan la clemencia y la intervencion divina en la vida humana. Si acaso hemos sido inducidos en error (lo que de cierto no es) no nos pesa haber *creido*. La facultad de creer es en el hombre rústico la sola cultura posible: en el hombre culto es el triunfo del espíritu sobre la materia; la preponderancia del alma sobre los sentidos; la supremacía de la santa sumision sobre la fatal y necia rebeldía. La fuente de todas las virtudes es la Fé; no hay fuerza ni poder sin la conviccion, ha dicho Chateaubriand; y Nodier exclama: "*Saber* es quizá engañarse; *CREER* es la sabiduría y la felicidad."

Aun viven muchos que han conocido á un monje, que como modelo de la vida abstraída y retirada existia en un convento y en una villa que no nombraremos. Al través de su mirada humilde pero esquiva, se traslucía un desprendimiento de lo terreno, y una incesante preocupacion, que le hacian casi extraño á



cuanto le rodeaba. Para con la generalidad de las gentes pasaba por un monje austero y misántropo, pero para algunos era un hombre favorecido de Dios, esto es, para aquellos que sin saber lo que vamos á referir, lo presentian, por esa rica *fé no exijida*, privilegio de almas fervientes y cándidas.

Rodrigo era un hombre valiente, atrevido, generoso, insolente, violento y franco, de aquellos que uniendo buenas y malas cualidades, ámbas en alto grado, predominan siempre en su esfera; á los que se admira y se teme; á los que se les hace lado, y que acaban por ponerse tan sobre sí, que pierden todo respeto humano, y se entregan sin freno á sus malas pasiones. Una vez establecida esta supremacía, la sostienen á todo trance espada ó navaja en mano, y son entonces denominados *matones*, como entre la tropa lo son los de la misma especie *barateros*.

Entre las maldades á que con cinismo se entregaba Rodrigo, ninguna era mas punible, ninguna era mas pública ni causaba mas escándalo, que la de sus amores con una mujer casada, á cuyo pobre marido habia obligado á ausentarse, á fuerza de vejámenes y amenazas.

Era pues Rodrigo, con privilegio exclusivo, el maton de la comarca, con la conocida divisa *Ni temo ni debo*, sin que nadie intentase hacerle concurrencia.

Por lo tanto buscábanle con gran preferen-



cia los labradores y hacendados para el cargo de guarda, en vista de que solo su nombre alejaba de las posesiones puestas á su cuidado, á todo ladron y ratero: así sucedia que no necesitaba ejercer mayormente vigilancia, y que todas las noches se venia de un cortijo, cuya guarda estaba á su cargo, á pasarla en sus vicios y devaneos.

Así vivia aquel hombre impávido, derribando obstáculos, despreciando leyes, retando la opinion agena, olvidado de los preceptos de la Religion que inculcados le fueron en su infancia; en fin, divorciado de todo deber y freno. A este punto habia rebajado su noble primitivo ser!

Una noche venia Rodrigo montado sobre su caballo del cortijo, para ver á su querida segun acostumbraba hacerlo. Habia entrado en un callejon en extremo angosto encerrado entre dos altos y compactos vallados formados por espesas y agudas pitas. Hacía media luna, la suficiente para distinguir los objetos cercanos, pero no la necesaria para definir los distantes.

Es conocida la superioridad que tienen los sentidos corporales de los animales sobre los del hombre, la que explica el pueblo á su manera, espiritual (1) siempre y siempre poética,

---

(1) La palabra *espiritual* no está traída aquí en el sentido en que la usan los modernos traductores del francés en el sentido que tiene en francés, sino en su verdadero sentido, que es la antitesis de materias, lo que pertenece al espíritu.



diciendo que esta superioridad de los sentidos corporales en los animales, consiste en que siendo todos terrenos, se aventajan al hombre en lo corporal.

Sucedió pues, que sin causa aparente, el caballo que montaba Rodrigo, empinó ambas orejas, como para avisar á su amo que algo veía en la profundidad oscura del callejon. Rodrigo miró con cuidado, pero nada vió en aquella senda negra que formaban y estrechaban entre sí los altos vallados, la que inmutable, inflexible y recta como la conciencia, no dejaba mas alternativa al transeunte que la de seguir adelante ó retroceder. Rodrigo no era hombre que retrocediera, y así prosiguió impertérito, fija siempre la vista hácia adelante para no ser sorprendido, y á los pocos pasos distinguió un bulto que se acercaba pausadamente.

— "¿Quién vá?" le gritó; mas no recibió respuesta; y el bulto siguió acercándose despacio, oyéndose distintamente entonces el ruido que produce una cosa de peso que se arrastra sobre las asperidades del suelo.

Como la senda era tan estrecha, Rodrigo se vió precisado á arrimar cuanto pudo su caballo al vallado para dejar paso al bulto, que sin interrumpirla ni variarla, seguia su pausada y silenciosa marcha.

Entónces pudo Rodrigo distinguir á un hombre vestido con una túnica morada, con el



cabello suelto y caído sobre los hombros, llevando en las siénes una corona de espinas, el que agobiado bajo el peso de una cruz que sobre sus hombros gravitaba, se acercaba á paso lento.

Rodrigo se conmovió profundamente; paró su caballo, y se quitó el sombrero al emparejar con él el caminante. Mas apénas hubo pasado, cuando recobrando su audacia y su impavidez, y echando mano del escepticismo, (que ese divorcio con la facultad de creer lo necesitan los vicios erguidos, así como la vergonzante impiedad),—algun penitente, dijo, un devoto que ha hecho una promesa que está cumpliendo: ¡vaya en paz!

Rodrigo siguió su camino, pasó la noche, como acostumbraba, en vicios y devaneos, y no se volvió á acordar del encuentro que habia tenido.

Pero á la noche siguiente se repitió á la misma hora y lugar el mismo encuentro. Rodrigo, menos sorprendido que la noche anterior, dejó acercarse al que llegaba, y le preguntó en voz recia: "¿Quién vá?" á lo que contestó una voz suave, profunda y triste: "JESUS NAZARENO."

El efecto que esta voz produjo en Rodrigo le dejó por un instante absorto y abismado: saltó en seguida de su caballo, corrió tras del que habia pasado..., mas todo habia desaparecido: recorre el callejon, trepa al vallado,



examina las salidas y los llanos cercanos, nada vé! ¡La santa mision estaba cumplida!.....

Rodrigo desapareció de aquel pueblo, y no se volvió á saber de él.

Muchos años despues llegó á uno de los conventos de la poblacion el monje de que hablamos al principiar este relato. Algunos quisieron reconocer en el austero cenobita al desenfrenado Rodrigo, apesar de las huellas con que los años y las penitencias habian trastornado su rostro y demudado su continente; pero el monje no se dió á conocer, y nadie supo la identidad de ámbos ni los referidos hechos, hasta despues de su muerte.

---







## LABENDICION DE LAS AGUAS

EN

SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

---

Mientras otros pueblos se agitaban y veían turbada su tranquilidad por los agitadores, el sosegado y sensato pueblo de Sanlúcar de Barrameda, libre de estos enemigos del sosiego público, atendía sereno y tranquilo á sus tareas, á sus faenas y á la magnífica novena que todos los años consagra á la Virgen del Cármen. A la novena debia suceder la procesion en la que sacan los marineros á su protectora, llevándola á la playa para que bendiga al mar. Verificóse, pues, ayer tarde esta procesion y tierna ceremonia, lo que desde sesenta años no se hacia. Todo el pueblo acudió en masa á este solemne acto, (y nunca, nunca se pudo aplicar mas adecuadamente la palabra "solemne" que en esta ocasion) y al grandioso y conmovedor espectáculo que ofrecia la orilla del mar. Traida con tanta pompa como devocion la hermosa efigie de los marineros, los que aseadamente vestidos y ostentando sobre sus pechos su sagrado distintivo,



el escapulario, la rodeaban para remudarse unos á otros, precedida por los sacerdotes ricamente revestidos, acompañada de una multitud de fieles con cirios encendidos en sus manos, cubierta la playa de todo el vecindario de la ciudad y de todos los trabajadores del campo, que por ser la gran fiesta de Santiago, patron de España, habian venido á holgar, cerca de una tienda de campaña que habia sido preparada en aquel lugar para SS. AA. RR. los señores duques de Montpensier, por acatamiento á su gerarquía, por respeto á sus virtudes y por gratitud á sus beneficios, se detuvo la procesion, y la santa imágen fué vuelta de cara al mar, para que en su nombre lo bendigese un sacerdote. Allí venian las olas del Océano mansamente como á besar los pies de aquella dulce Vírgen, predestinada y digna por su humildad y pureza de ser el intermedio material entre Dios y los hombres, y el intermedio é intercesora moral entre los hombres y su Criador. ¡Cómo siente el pueblo estas excelencias! ¡cómo acierta el corazon sencillo, cuando la fe lo guia, pues el fruto de la fé es la gracia!

Allí estaba la Santa Madre á orillas del proceloso mar, cual un faro del cielo; parecia mirarlo y prometer á los que á ella acuden, el renovar las milagrosas salvaciones tan públicas y notorias aquí y en todos los puertos de mar en los que se la invoca. Allí tambien es-



taban las madres y las mujeres de los marineros, fijando sus ojos llenos de lágrimas, ya en el mar, sin límites y sin piedad en sus iras, ya en aquella señora, cuya piedad es tambien sin límites en sus consuelos. ¡Qué fervor y qué elocuencia en aquel unánime y entusiasta acatamiento religioso! No era el ficticioso entusiasmo que ostentan las pasiones políticas, sino un entusiasmo de alma y de corazón; no era, no, el entusiasmo que incita, era el entusiasmo que conmueve y enternece; no era el entusiasmo que desune, sino el que nos hace hermanos; no era el entusiasmo que pone armas en las manos, sino el que pone lágrimas en los ojos; era el entusiasmo del pobre, del rico, del desvalido, del poderoso, de la mujer, del anciano y hasta de los niños; no el entusiasmo que grita *muera*, sino el que clama *viva*. ¡*Viva la Virgen del Cármen!* Este grito, lanzado por miles de corazones, dominó la música militar, y hasta las salvas hechas por las lanchas empavesadas que con este objeto se habian traído cercana del lugar donde pasaba esta santa y consoladora escena. Subió este grito del corazón hasta el cielo como una nube de incienso, y se esparció á larga distancia sobre el mar y la tierra por la serena atmósfera, como los brillantes y ardientes rayos de un sol de amor.

La procesion, que duró desde las seis hasta las ocho y media, no vió un instante decaer la devocion y entusiasmo general, que se au-



mentó aun, cuando llegando á la plaza, bajaron desde las Casas Capitulares con cirios encendidos en sus manos SS. AA. RR. los señores duques de Montpensier y todos los individuos del ayuntamiento, que se agregaron al cortejo de la Señora y la acompañaron hasta su templo, en el que entró la venerada efigie al alegre son de las campanas, estrépito de los cohetes y fuego de regocijo, y con los mismos entusiastas vivas. Ni una quimera, ni un ébrio, ni la mas leve alarma enturbió por un instante el sosiego y la alegría de ánimo de esta inmensa concurrencia, y cada cual se retiró tranquilo, satisfecho y consolado, con el corazon conmovido y lleno de buenos y dulces sentimientos. ¿No se quiere moralizar al pueblo? Estos son los medios de conseguirlo, pues la moral no se halla al alcance de todos sino en su pura fuente, la religion.



## LOS ANGELITOS

EN LAS PROCESIONES DE SEVILLA.

---

Hace algunos años veíamos profundamente conmovidos desde un balcon no lejano de la plaza de San Francisco, pasar una de las mas hermosas procesiones de Semana Santa. Era la del Cristo de la Espiracion, así denominado, porque la magnífica efijie, obra del gran Montañez, la mas sublime de cuantas hemos visto, representa á nuestro Salvador en el momento de espirar.

Gracias al Cielo, se conservan las procesiones, ese credo, ese acto de fé público y puesto en accion, ese intacto legado de los tiempos en que la *Religion* era para el hombre *lo mas*, y toda otra cosa *lo menos!* tiempos en los que si habia muchos que no eran buenos, *reconocian que no lo eran*, y de esta suerte dejaban la puerta abierta al arrepentimiento y á la enmienda, porque si la conducta era laxa, el espíritu era humilde.

Precedia el Paso una larga serie de penitentes cubiertos los rostros, ceñidas las cinturas con cuerdas, arrastrando tras sí las largas colas de sus túnicas moradas, y con gruesos



cirios amarillos en las manos, marchando en dos filas á paso lento, el clero de la parroquia revestido de sus mas ricos ornamentos, el Capitan general con su estado mayor, al que seguia los hermanos mayores de las cofradías con sus estandartes y guiones les seguian. Las trompetas enronquecidas, los tambores ensordecidos al intento, la pausada marcha fúnebre que ejecutaba la música militar, todo digno, solemne y majestuoso, preparaba el ánimo á considerar conmovido aquella magnífica representacion del Dios crucificado que elevada á gran altura era presentada á sus redimidos.—Visto desde el balcon aquel divino rostro alzado al cielo, aquellos ojos quebrados por el tormento y la muerte, pero aun dulces y misericordiosos, aquella boca entreabierta, de la que se vé exhalar su último suspiro, y se oye su última palabra, esa gran enseñanza de bien morir: *Padre en tus manos encomiendo mi espíritu*, enternecen á un punto y causan tal impresion, que solo se demuestra y solo se pinta con un raudal de lágrimas.

Ante el *Paso*, y como lucientes y suaves estrellas en aquella noche de dolor que enluta el alma, van una porcion de niños vestidos de angelitos, algunos tan pequeños, que tienen sus padres que llevarlos de la mano. Sobre un vestido de punto que les ciñe el cuerpo, llevan túnicas de gasa guarnecidas de oro ó de plata; en sus piececitos sandalias sujetas con cintas,



guialmente de oro ó plata, y alas de plumas colocadas en sus hombros; ciñen sus frentes diademas de pedrería, ó coronan sus rizadas cabelleras guirnaldas de flores; algunos figuran los arcángeles llevando sus atributos, otros llevan en pequeño los instrumentos de la Pasión.—En medio va una niña humildemente vestida de Verónica, que lleva estendido el paño en que se vé impreso el rostro del Señor.—Todos van sérios, callados y graves, como si su mente infantil comprendiese en toda su estension, cual la alta inteligencia de los espíritus que representan, toda la grandeza y sublimidad de la escena, ó bien como si estos altos espíritus que representan hubiesen penetrado en ellos para solemnizar, acompañándolo en esa forma, la exhibicion del suplicio de su Señor.—Si todos miran con amor é interés á estos angelitos bellos y graves, muy en particular lo hacen las mugeres con su apasionada ternura hácia los ángeles y hácia los niños: así sucede que cada mirada femenina les envia una entusiasta bendicion, cada sonrisa una caricia.

¿No se gusta, y en particular en la era presente, de emociones? ¿no se buscan en lecturas, en teatros, en diversiones populares, y hasta en la vida pública y privada?—pues ahí las teneis; —no crueles, descompuestas, violentas y de mala índole y peores consecuencias, sino que ahí las teneis, suaves, santas y dulces. Ved



todos esos rostros de hombres sosegados, que la espresion de la bondad y del respeto ennoblece; ved los de las mugeres, en los que se mezclan con tanto encanto las sonrisas y las lágrimas, ¿hay acaso emociones mas dulces y mas bellas?

La procesion, atravesando el inmenso gentío que refluia hasta en los balcones y ventanas en que se agolpaban las señoras, habia llegado á la plaza de San Francisco. De repente suena un rumor confuso, las gentes se turban, se arremolinan, corren sin saber dónde ni por qué, y se atropellan en espantoso tumulto. Esa plaza, esas calles un momento antes tan silenciosas y sosegadas á pesar de la apiñada muchedumbre que las llenaba, presentan de repente el mas asombroso cuadro de confusion y alarma; los gritos de los que huyen, los gemidos de los atropellados, las puertas que se cierran, forman un estrépito aturdidor, y sobre todo esto penetra un grito de espanto y terror lanzado por miles de lábios femeninos desde los balcones: Los angelitos!— los angelitos!—

Las gentes en su insensato pánico han huido atropelladamente, y despejada aparece la plaza.

En ella ha formado la tropa un cuadro semejante á una fortaleza; en medio de este cuadro, tranquilos, sosegados y sonriendo, están los angelitos; sus flores no se han ajado, los plumeritos de sus cascos se mecen suave-



mente en la calmada atmósfera que los rodea, cual la inocencia escudada por el respeto, nada han notado del tropel, de la agitacion y del terror exterior y ni han conocido el peligro que corrian!—Jamás se vió cuadro mas conmovedor, espectáculo mas encantador y simpático! ¿para quién no lo es la noble fuerza, amparando á la desvalida inocencia?

Habia sido una terrible pero falsa alarma, y poco despues proseguia la procesion tranquilamente.









## CONSIDERACION PARA EL DIA DE DIFUNTOS

DEDICADA A LOS NIÑOS.

---

Se acerca el mes de Noviembre, niños míos, mes que dedica nuestra madre y señora la Iglesia á hacer sufragios por los difuntos; esto es, á rogar á Dios (por indignos que seamos de que nos oiga) para que les conceda el eterno descanso.

Si todas las oraciones de la Iglesia son solemnes y tiernas, ningunas reúnen en mayor grado estas dos escelencias que las preces del mes de ánimas.

Por corto que sea el tiempo que en este mundo hayais vivido, es probable que os faltó ya alguna persona de las que alrededor de vuestra cuna os sonreían. No la tengais tan olvidada que vea á un tiempo vuelto á la nada su cuerpo en la tierra, y su recuerdo en vuestros corazones.

Purificándose están las ánimas de nuestros hermanos para hacerse dignas de comparecer en la presencia de Dios, como el mineral que sale de la tierra se purifica para que aparezca puro el oro.—El carecer de la presencia de Dios, el dolor de haberlo ofendido, desconoci-



do alguna vez, y desatendido muchas, causan sus mayores tormentos, los que unidos al merecido é inevitable castigo, constituyen un estado de sufrimiento y tormento acertadamente puesto á nuestros alcances (que de otra suerte no podríamos comprenderlo), por la agonía y suplicio de unas llamas que queman sin consumir.

Pero si no podemos comprender tanto padecer, lo podemos aliviar, por el inmenso poder que se dignó Dios conceder á la oracion, como un salvavidas en este mar de quebrantos.

Para probar todo el poder de la oracion, y lo obligatorio que es que la hagan los vivos por los difuntos, os referiré un ejemplo, de esos que tradicionalmente conservan puras y ortodoxas las ideas y verdades religiosas en el pueblo español.

Habia una vez un obispo muy venerable, como todos los son, pero que era algo tibio en recomendar á los fieles las oraciones por los difuntos. Sucedió que una noche tuvo un sueño tan vivo y singular, que bien podria tenerse por una vision, tanto se le asemejaba por lo claro y bien definido de los objetos que vió. Fueron estos un ángel, que de la boca de una sima, sacaba de aquella negra y terrible profundidad, con una sarta de rosas, encarnadas unas, blancas las mas, á una hermosa muger cubierta de un blanco velo, la que, salido que



hubo, bendijo al ángel, y se elevó suavemente, perdiéndose en las alturas celestiales cual lo hace una blanca mariposa, con la que los antiguos simbolizaban tan acertadamente el alma.

Absorto quedó el obispo meditando sobre el sentido que tendría aquel sueño singular y bello, pidiendo á Dios que si era un aviso, se dignase interpretárselo por medio de alguna señal mas patente. Con esta fervorosa súplica entró en la iglesia, y lo primero que vió fué un devoto y religioso niño, que arrodillado sobre el sepulcro de su madre, tenía en sus cruzadas manos un rosario, que en sufragio del alma de aquella rezaba. Entonces tuvo el obispo la esplicacion de su sueño, y comprendió era un aviso para hacerle conocer la omision en que incurria.

Ved, pues, todo el mérito y todo el poder que otorgó el Señor á la oracion: muchas veces la recomendó cuando bajó á la tierra; nos la enseñó en la sublime fórmula del Padre Nuestro, y de hecho con el ejemplo orando á menudo, señaladamente en el Huerto, y á la hora de la muerte en la Cruz, para enseñarnos á bien morir.

Pero no creais que significa la voz religiosa *oracion* solo un recogimiento moral y un acto espiritual. La oracion religiosa debe ser además oral y entonces los labios deben articular claramente nuestras preces. Así como cuando se remite una carta no basta para llenar su ob-



jeto el papel y la direccion, sino que debe el papel contener escrito los sentimientos que nos llevan á remitirla, por mas que de ellos pueda tener conocimiento aquel á quien va dirigida.

¿Qué significan como sufragios, flores, coronas, y un paseo al cementerio? No son por cierto estas cosas reprobadas cuando se hacen con buena y piadosa intencion, pero no son propias; son *recuerdos*, pero no *sufragios*, y en un cementerio son solo estos los adecuados, así como en un baile no es adecuada una mortaja.—Sufragios por las almas de nuestros difuntos, son, niños míos, el santo Sacrificio de la Misa, que representa el de la Redencion, aplicado por su descanso; el ayuno, pequeña penitencia que hacemos para que disminuya la de ellas, que aunque poco merezca por sí, merece mucho por la intencion con que nos unimos á la infalible Iglesia, á los santos é ilustres anacoretas que en tan gran escala lo hicieron, y aun al mismo Dios-hombre que lo autorizó y santificó sometiendo á él su humana naturaleza. Son sufragios las limosnas, dadas con intencion de que lo sean; las novenas apropiadas á esta devocion; los rosarios de ánimas, todas las oraciones, que con el corazon levantado á Dios, le dirijimos y ofrecemos con este objeto y santo fin; estos y otros actos religiosos son los sufragios, niños míos, todo lo demás, como suntuosos entierros y magníficos mausoléos, son actos de recuerdo y de



reverencia, que si bien honran los sentimientos de los que á sus difuntos les hacen, de provecho alguno sirven á los que desde el otro mundo miran con lástima y hastío las cosas que únicamente á este pertenecen.—En las cosas que pertenecen á Dios no hay novedades ni elegancia, solo hay solemnidad y estabilidad; no se pueden modernizar ni ilustrar, como al sol no se puede dar luces ni otra forma.

Los sufragios, niños míos, mas propios á vuestra edad y facultades, son las oraciones. Bien se me alcanza que no pueden ser largas, al menos que Dios desde temprano no os haya favorecido con una perseverancia y fuerza de atención, que seria quizás una señal de predestinacion, pero al menos debeis todo este mes (si no haceis el Ejercicio diario de devocion que le corresponde) recitar despues de vuestras oraciones un Padre Nuestro, como sufragio por las *Animas*, añadiendo esta corta jaculatoria:

Jesucristo, por tu Padre,  
Por tu Madre y tu Pasion,  
Ten de los fieles que espian  
Compasion.

Alivia, Señor, sus penas;  
Acorta su espiacion;  
Oye de los que te imploran  
La oracion.







## LA CAPILLA DEL CARMEN

DE

### LA ALAMEDA DE SEVILLA.

La publicidad, mas que para nada, deberia servir para hacer sabidas y para enaltecer las cosas buenas, despertando así en el público, sentimiento de admiracion y de simpatia, que son nobles brotes del alma y estimulan al bien. Contra toda justicia y benevolencia sucede algunas veces lo contrario.—La era de la filantropía que un hombre de infinito talento llamaba la moneda falsa de la caridad, se ha naugurado de una manera harto contradictoria á su programa y lema.

Nosotros que, á Dios gracias, vemos muchas cosas dignas de admiracion, vamos á referir una de ellas con tanto placer como entusiasmo.

Una persona que pasaba hace poco de la Alameda á la Puerta de la Barqueta, notó que la abandonada é interiormente derruida capilla de la Vírgen del Cármén, sita en aquel arenal, estaba abierta. Estrañándolo se acercó curiosa y arrastrada por esa atracción instintiva y razonada á un tiempo, que tienen para



el hombre esos edificios dedicados al culto de su Dios, admirables, si son suntuosos, enternecedores, si son pobres y sencillos, dignos siempre, siempre respetables; y vió con sorpresa la capilla, llena de hombres, la mayor parte jóvenes, que, unos de carpintería, otros de albañilería, trabajaban afanosos en ella.

—Qué es esto? preguntó; qué se vá á hacer aquí?

—Se restaura, contestó uno de los trabajadores con esa urbanidad y complacencia que caracteriza á nuestro pueblo.

—Qué se restaura? preguntó asombrada la persona, y quién la restaura?

—Nosotros; contestó el jóven menestral.

—Ustedes! tornó á preguntar cada vez mas sorprendida la persona; ¿pero quién paga á Vds. su trabajo?

—Nadie. Trabajamos aquí todos los domingos de balde.

—Y los materiales?

—Los costea la limosna.

Una inmensa alegría llenó el corazon de la persona que preguntaba.

—Bien! señores, bien! exclamó enternecida, gracias á Dios estamos en la católica España!

—Dios bendiga vuestro trabajo, Dios bendiga á los trabajadores de tan santa obra!

—Señor, dijo uno de ellos, la mayor parte de los vecinos de este barrio se quedaban sin misa desde que se cerró esta capilla, pues te-



nian que ir á oirla á Omnium Sanctorum que está lejos, y ya no sucederá eso.

—Y la Señora del Cármen, añadió otro, tendrá el culto debido; pues sepa V. que en estos dias á mas de cuatro *que estaban extrañados* los ha llamado á sí esta Señora tan querida en nuestro barrio y les ha abierto los ojos haciéndoles distinguir la verdad de la mentira!

La persona que esto escuchaba estaba profundamente conmovida, y no recuerda en qué términos demostró á aquellos religiosos menestrales su simpatía, su respeto y su admiración.

Les prometió llevarles al domingo siguiente una limosna para contribuir por su parte á esta santa y costosa obra, que espontánea y desapercibidamente ejecutaban aquellos hombres en el domingo, dia en que el trabajo de la semana hace tan dulce el descanso, y en ocasion en que afluia todo el mundo á su seductora diversion de los toros, y un hermoso dia convidaba al paseo y á gozar del aire libre.

La persona se propuso entonces dar publicidad á este hecho admirable, esperando que encuentre las simpatías y el aplauso que merece, y que movidos por estos sentimientos hallen estos trabajadores de la viña del Señor, personas que contribuyan con sus benditas limosnas á esta meritoria obra religiosa.

El Señor que con tanto agrado recibe el



maravedí de la viuda, ¿cómo no recibirá este trabajo del pobre empleado en la restauracion de uno de sus templos? Y tú, Vírgen pura, dulce y santa, cuyo derruido santuario restauran los pobres con el sudor de su frente, ruega á tu Divino Hijo por esta fiel ciudad y por sus moradores, y dile en favor de ellos el mote que el sabio rey Alonso la concedió por armas:—*No me han dejado.*

---

Hace algun tiempo que se publicaba en un periódico de Sevilla la relacion que antecede. Su resultado inmediato fué afluir limosnas para aquella obra tan callada y humildemente emprendida. Muchas fueron remitidas al autor del artículo, que al siguiente domingo se apresuró á llevarlas á los restauradores, pobres, pero de buena voluntad, y que probaban una vez mas, que mas hace el que *quiere* que el que *puede*.

—Traigo, les dijo, las limosnas que me han remitido varias personas para cooperar á tan piadosa obra; que venga á recibirlas el recaudador, y así lo hizo con inmensa y expansiva satisfaccion de todos.

—Lo veis? dijo la mujer de uno de ellos; ¿veis cómo se cumple lo que os predije, que ya enviaria la Vírgen Santísima medios para costear la obra?



—Toma! tan confiados estábamos en eso, respondió el maestro, que hemos tomado parte de los materiales fiados.

—Esta, pensó la persona que llevaba el socorro, esta es la fé que allana y traspone los montes!

Y dirigiéndose á los trabajadores les dijo: Aun queda lo mejor.

El maestro mandó que hubiese silencio, cosa poco fácil de conseguir en una reunion popular andaluza, y cuando lo obtuvo, dijo la persona mencionada.

—Lo mejor es este papelito, que es un billete de Banco que importa mil reales y que viene de parte de SS. AA. RR. los Sres. Infantes Duques de Montpensier, los que no hay cosa buena á que nõ se asocien con pensamientos, palabras y obras.

Fácil es comprender, por no explicar la explosion de júbilo y de gratitud que estalló y se formuló en alabanzas, acciones de gracia, y bendiciones á tan piadosos, generosos y amados Príncipes.

Ya se deducirá que la capilla fué no ya modesta, sino lucidamente restaurada; porque otras muchas personas acudieron á llevar piadosas dádivas, y hoy se celebra en ella un devoto y sostenido culto.

En estos dias que se empieza allí una concurrida novena á la Vírgen, hemos recordado no solo lo que acabamos de manifestar á nues-



tros lectores, sino el antiguo origen de esta capilla que vamos á referir, no tomado de la tradicion oral, sino de documentos auténticos.

Parece que es Sevilla la verdadera y propia patria de los Don Juanes. Empezando por el de Tenorio, que ha dado su nombre á ese tipo, se hallan varios en sus anales y romances, como el insigne convertido Don Miguel de Mañara y otros.

Entre estos descollaba en los años de 1630 y tantos Don Pedro Afan de Rivera, hijo de los condes de la Torre.

Una noche este y otros aristocráticos calaveras, que eran Don Juan Hinestrosa, conde de los Arenales, y D. Diego de Miranda, se unieron á unas mujeres tan locas como ellos, entreteniéndose escandalosamente en llamar á las puertas de las casas para despertar y hacer levantar asustados á sus moradores.

Llegaron sin descontinuar este vejámen al final de la calle del Amor de Dios (cuyo nombre le vino del hospital que habia en ella) á la entrada de la Alameda, donde vivia el obispo auxiliar, el Illmo. Don Luis Camargo. Las mujeres amonestaron á los calaveras á que visita la dignidad y carácter de su dueño, respetasen aquella casa; pero ellos desatendiendo osadamente aquellas amonestaciones, llamaron estrepitosamente, y gritando que acudiese el respetable prelado para auxiliar á un moribundo.



El obispo se apresuró con santo celo á vestirse y bajar á la calle; pero allí á nadie vió y solo oyó la risa insolente y escandalosa de los temerarios burladores.

A poco Don Diego Miranda fué muerto en aquella misma Alameda por accidente, cabalgando al estribo de un coche, y poco despues lo fué á mano airada en el mismo paraje Don Pedro Afan de Rivera con las siguientes circunstancias.

Habíase propuesto Don Pedro seducir á la hija de un panadero cuyo horno se hallaba al final de la Alameda en la planicie denominada de la Cruz del Rodeo, ó vulgarmente de la Tinaja por la conformacion de su base, y erigida en aquel sitio en memoria de haber sido quemada allí por mandato del rey Don Pedro en el año de 1367 Doña Urraca Osorio, madre de Don Juan Alonso de Guzman, señor de Sanlúcar, por haber participado de la traicion del infante Don Enrique.

Una noche en la que con mas insistencia y obstinacion rondaba el osado Don Pedro la casa de la que pretendia, fué amonestado por el padre y hermanos de aquella, á que desistiese de su ofensivo empeño. Pero habiendo Don Pedro desatendido sus intimaciones, se armaron los agraviados y acometieron á él y á sus criados. Defendióse el caballero bizarramente y largo tiempo contra ellos; pero habiendo acudido hasta veinte vecinos en ayuda



y favor de los agresores, sucumbió al número, siendo muerto en el sitio en que despues labraron sus deudos en sufragio de su alma, la mencionada capilla del Cármen.

Queda que referir que el tercer temerario que cometió el desacato en la persona del obispo, que lo fue el conde de los Arenales, sobrecojido y asombrado con las catástrofes acaecidas en poco tiempo á sus compañeros, se echó á los piés del venerable prelado, pidiéndole perdon, el que benigno se lo concedió.

La Cruz del Rodeo ha sido derribada, la capilla de la Vírgen del Cármen subsiste por la piedad de los pobres.



**P**RÉVIA la autorizacion que con su nunca desmentida benevolencia nos han concedido SS. AA. RR. los Sermos. Infantes Duques de Montpensier, damos cabida en este tomo de asuntos religiosos, á la relacion que entonces hicimos de la solemnidad con que se efectuó en el palacio de San Telmo la primera Comunion y la Confirmacion de su hija primogénita S. A. la Infanta Doña Isabel. Lo hacemos, porque todo lo que en aquel palacio bendito se realiza no solo simpatiza y edifica, sino que enseña.

El celo tiene dos maneras de ejercerse: es la una la prisa y la prontitud; y es la otra la perfeccion y lo completo en el desempeño de las cosas. En cuanto á las religiosas nos parece preferible lo segundo.—Pero algunas madres con el laudable deseo de ver acercarse á sus hijos al imponente Sacramento, fuente de gracias para el cristiano que no ha desechado ni de hecho ni de espíritu la herencia que en la noche de la Cena nos legó el Señor, como vivo, latiente y efectivo lazo de union y recuerdo de su Encarnacion y de su venida al mundo; con ese laudable deseo, repetimos, llevan á sus hijos á esta Sagrada Mesa en una edad e que no pueden cumplidamente penetrarse de toda la solemnidad de este acto y con una preparacion si bien devota y esmerada, proporcionada á su corta edad y lijereza de atencion.



Cuándo y cómo se debe hacer esta gran preparación, mas que estériles palabras nuestras, podrá manifestarlo el admirable ejemplo que en esta ocasión, como en todas, han presentado SS. AA. RRR, los Sres. Infantes, que demuestran al que de ello pudiese dudar, cómo todas las virtudes cristianas se pueden unir al saber, la cultura, y los adelantos del espíritu humano, y aun enaltecerlos y completarlos.



## CONFIRMACION Y PRIMERA COMUNION

DE LA INFANTA

DOÑA ISABEL DE ORLEANS,

en el dia 1.º de Enero de 1861.

---

El dia primero de este año ha sido un dia que no solo ha reasumido en el palacio de San Telmo la atencion, sino la admiracion y simpatías de Sevilla, y del que vamos á dar cuenta á nuestros lectores para hacerles participar de los gratos y dulces sentimientos que en el público ha despertado, y sobre todo en nosotros. Muchas veces lo hemos dicho, porque gozamos en decir la verdad, y tanto mas, á medida que es la verdad que esponemos bella, útil y laudatoria: no es con su oro con lo que hacen SS. AA. RR. los Sermos. Infantes duques de Montpensier sus mayores beneficios, si no con su ejemplo.

En el dia primero de enero, prévia una preparacion admirable en todos conceptos, ha hecho S. A. la Infanta doña Isabel su primera comunion, y ha sido confirmada en la santa fé que profesa.

Como queriendo presenciarse este hermoso acto, rompió el sol su mortaja de nubes y resucitó radiante, esparciendo luz y alegría. A



las ocho principió en la iglesia de San Telmo la misa que dijo Su Emma. el Sr. Cardenal Arzobispo. En el presbiterio, al lado de sus augustos padres, estaba, vestida de blanco y cubierta con un diáfano velo sujeto sobre su cabeza con una corona de rosas blancas, la Infanta doña Isabel, á la que la emocion habia robado el habitual sonrosado de su rostro, y que aparecia blanca como su blanco traje, y estaba bella de tal manera, que realizaba, no el tipo ideal de la Pery oriental, de la Wilis Scandinava, de la Hurí del paraiso de Mahoma, ni de la ninfa del Olimpo griego, sino la pura y modesta Vírgen del Cielo de Dios.

Con devoto recogimiento recibió la bien preparada católica el santo Sacramento de la Eucaristía de las venerables manos del celebrante, y concluida la misa el de la Confirmacion: uníase allí la belleza exterior á la sublime belleza del acto, pues eran suministrados aquellos por el acabado modelo del sacerdote que reunía en sí todas las dignidades, las de la Iglesia, las de las virtudes, las del saber, la de la ancianidad que coronaba su cabeza de blancos cabellos, y eran recibidos por una jóven Princesa que reasumía en sí todas las idealidades, la juventud, la hermosura, la alcurnia, el candor, la inocencia y la devocion, que inclinaba su cabeza coronada de rosas.

Concluido el acto religioso, pasaron SS. AA. RR. con todos sus hijos á distribuir



2.500 hogazas de pan á los pobres, haciendo así que la recién confirmada ejerciese al salir del templo uno de los primeros preceptos de la religion en que se habia confirmado, el de la caridad.

A las diez empezó la funcion de iglesia, cuya misa fué dicha por Dignidades de la Catedral, y en la que predicó el Dr. P. Medina, tan justamente admirado y respetado en Sevilla.

Concluida, subieron SS. AA. RR. á almorzar, habiendo honrado, convidándolos para que los acompañasen, no solo al señor Cardenal Arzobispo, sino al señor Capitan general, gobernador civil, regente de la Audiencia, alcalde de la ciudad y otras personas dignísimas que componian la junta que debia decidir la distribucion de premios de virtud, de 2.000 reales cada uno, concedidos por SS. AA. RR.

Tuvo este acto lugar en uno de los magníficos salones del piso bajo del palacio, y fué lleno de interés; pero donde mas se fijaba este era en el testero, donde sobre una estrada habian tomado asiento SS. AA. RR. con toda su jóven familia.

Al lado de la Infanta estaba sentada, en el mismo trage que tenia en la iglesia, pero ya animado su semblante con las rosas de la primavera dela vida, doña Isabel, pareciendo la primera, no madre, sino hermana de su hija, no notándose diferencia sino en la santa é inequívocable mirada del amor maternal que



brillaba en los hermosos ojos de la hija de nuestros reyes. Al lado de doña Isabel estaba la preciosa doña Amalia. Cerca de S. A. R. el Infante estaba la señora de Vallejo, aya de sus hijos, teniendo dormido en sus brazos á don Fernando cuyos rubios cabellos caian sobre su vestido de terciopelo morado. ¡Dulce sueño de la inocencia que nada ahuyentaba, porque puede que así dormido viera á sus hermanos los ángeles venir á tomar parte en una solemnidad digna de su presencia! A su lado estaba doña Cristina, cuya hermosura no hallaba competidora sino en la de su hermana doña Regla, que une á ella una gracia especial y encantadora. Algo aburrída su formalidad de cuatro años, y comprimida su viveza por la admirable educacion que recibe, que, como todo principio de órden y decoro, estriba en la obediencia, sin levantarse de su asiento cambiaba disimuladamente de postura de cuerpo y cabeza.

En cuanto á la hermosísima doña Mercedes, apareció en los brazos de su ama para dejarse admirar por aquella brillante y numerosa reunion; pero luego dió muestras de que la obediencia en punto á silencio no estaba aun á su alcance, y su augusta madre dió la triste órden de que se la llevasen.

Este cuadro encantador tenia á un lado la brillante mesa de la comision, presidida por el señor Cardenal, y al otro un banco en el que



estaban sentados los pobres cuyas virtudes los colocaban en tan alto puesto con unánime aprobacion. ¡Qué cosa tan bella, y qué conmovidos se hallaban los corazones!

La lectura de los actos que consignaban las virtudes que se iban á premiar, aunque brevemente espuesta, fué larga por ser muchos los premiados, (humildes violetas que del suelo y de entre sus hojas habian SS. AA. levantado para ser admiradas en la palestra de la publicidad,) y solo anotaremos estos nombres que honran la humanidad, en contraposicion á tantos otros de reos y malvados que la deshonoran y que se apresura á publicar la prensa.

Francisca Ponce, que por espacio de treinta y un años mantuvo á su ama que habia quedado sin recursos con trabajo y pidiendo limosna.

Antonio Allora, de oficio peinero, que á causa de un incesante trabajo ha enfermado.

José Payan, jóven de 17 años, que todos los dias, sin faltar uno, viene á pié desde Camas á la Universidad, donde pasa el dia entero estudiando, hasta la noche que vuelve á su pueblo.

Manuela Aguila, que lleva treinta y cinco años de asistencia á la fábrica de tabacos, y con su trabajo mantiene á tres hijos, á su madre y á una hermana demente.

Manuel Ortega, que recibió dos heridas en la gloriosa guerra de Africa y mantiene á su madre viuda.



Además, habiéndose presentado en el ramo de criados muchos admirables ejemplos de abnegacion y lealtad, SS. AA. RR. dispusieron que se repartiesen otros 2.000 rs. mas entre las cuatro sirvientas mas dignas de recibirlos.

Eran las tres cuando concluyó este acto conmovedor: en seguida fué servida una abundante comida á 30 niñas pobres que la Infanta doña Isabel habia vestido y que habian asistido á su comunión y confirmacion, como para que se grabase bien en sus corazones toda la grandeza de estos actos religiosos.

Fueron servidas en la mesa por las cuatro hijas de nuestros Príncipes con el mayor apresuramiento y la mayor alegría, y esta se aumentaba y se tornaba en inocente y gozosa sonrisa cuando al servirles helados decian las pobrecitas que les quemaban la lengua, y al darles Champagne decian que les picaba la boca.

Aquella mesa en que estaban sentadas 30 niñas, quizás las mas pobres de Sevilla, servidas por otras cuatro, que eran princesas y nietas de dos poderosos reyes, aquella mesa en que se reunian 34 corazones en aquel instante los mas felices y alegres de la tierra, probaba patentemente que no es solo compatible con nuestra religion la pura é inocente alegría, sino que de ella dimana.

Siguió á este feliz é infantil banquete de caridad la procesion del Santísimo, que habia



quedado espuesto en la iglesia á la pública adoracion. Se hizo por las galerias que circundan el patio principal y que estaban brillantemente iluminadas por gas, y fué seguida de la bendicion pontifical á los fieles que dió el señor Cardenal, y á la cual debió ciertamente unirse la de la augusta madrina de la confirmada, la Santa Reina Amalia, mas grande en el destierro que sobre el trono, y ante la cual el mundo entero inclina su cabeza con veneracion y respeto.

Tanto las augustas personas que han dado los premios á la virtud, como los que los han recibido, nos demuestran una verdad tan dulce como consoladora, y es: que por mas que el vicio, el desenfreno y las malas pasiones se desencadenen en el mundo, le quedan á la virtud muchos santos albergues, ya en gentes humildes que la ejercen, ya en Grandes que no contentos con ejercerla por sí, la premian en otros, y el sentimiento general que ambas cosas enternecido admira y aplaude.

En San Telmo está no solo el centro, sino el manantial, no de una, sino de todas las virtudes, que desde allí esparcen su benéfico ejemplo para mejorar la atmósfera que le rodea, como esparcen las flores su perfume para embalsamar el ambiente que las circunda.

Por lo tanto estos augustos Príncipes son tambien acreedores á un premio de virtud que solo puede concedérles el público, como se



lo ofrece en la admiracion, respeto y gratitud que les tributa.

---

Con el mayor gusto insertamos la siguiente composicion que hizo entonces con entusiasmo la autora.

Á SS. AA. RR.

LOS

SERENÍSIMOS SEÑORES INFANTES

DUQUES DE MONTPENSIER,

POR SUS PREMIOS A LA VIRTUD.

---

No canto la grandeza de tu cuna,  
Celebro la grandeza de tu alma.

*José Velazquez y Sanchez.*

Vuestra santa mision en este suelo  
es aliviar del hombre los dolores...  
plegue al Eterno que tan noble celo  
halle en el triste mundo imitadores.

Feliz la hermosa y oriental Sevilla  
porque en ella teneis los ojos fijos,  
quiera el Señor, Infantes de Castilla,  
que fieles os imiten vuestros hijos.

Vosotros por dó quiera vais sembrando  
de Caridad semilla productora;  
y el reconocimiento va brotando



regado por un pueblo que os adora.

Ese riego es el llanto de ternura,  
santa ofrenda de un alma agradecida,  
ovacion celestial sencilla y pura  
que contemplé gozosa y conmovida.

¿Qué corazón no late entusiasmado  
al ver que la virtud su trono tiene?  
Dosel, que por vosotros levantado  
la *Caridad Cristiana* lo sostiene.

Pensamiento sublime y generoso;  
premiar á la virtud que oculta vive!...  
¡Es tan dulce, tan santo y tan hermoso  
el contemplar que el galardón recibe!

Iniciadores sois, nobles Infantes  
de tan divina y religiosa idea,  
y los ecos repiten murmurantes  
que vuestro nombre bendecido sea.

¡Oh padres y tutores, siempre fija  
tened en los Infantes la mirada!  
la comunión primera de su hija  
por siempre en vuestra mente esté grabada.

Fijaron de *Isabel* en la memoria,  
al comprender de Dios la Omnipotencia,  
que el justo consagrar debe su gloria  
á embellecer del pobre la existencia.

Seguid la noble senda que os trazaron  
de consolar al mísero que gime:  
la Religión Cristiana os enseñaron  
del modo más grandioso y más sublime.

Feliz la hermosa y oriental Sevilla  
porque guarda en sus bosques de laureles  
á los nobles Infantes de Castilla  
que son de caridad modelos fieles.

AMALIA DOMINGO.







# SEGUNDA PARTE.

---

## EJEMPLOS

RECOJIDOS DE BOCA DEL PUEBLO.

---









## EJEMPLO 1.

### LA CONFIANZA EN LOS SANTOS.

Si dais por cierto los misterios ¿por qué negais los milagros? Ya que Dios es para vosotros lo desconocido ¿cómo puede competiros juzgar sus vias?

*Nettement.*

Niños míos, os voy á referir un ejemplo. Un ejemplo es un caso que no ha sucedido (aunque posible y muy posible es que sucedido hubiese), pero que se ha transmitido de unos en otros desde muchos años, porque el espíritu que lo dictó, y la enseñanza que contiene, son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime, no solo en la memoria, sino en el espíritu y en el corazón, estos ejemplos, aunque confiados en su mayor parte solo á la tradicion verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial. Estad atentos.

Habia un hombre muy de bien, de oficio carpintero, que como tal era muy devoto del santo patrono de los de su oficio, que es el bendito Patriarca Señor San José, quien, como



Vds. no ignoran, era carpintero, por lo que dice la copla de Noche-Buena.

El niño de María  
No tiene cuna,  
Su padre es carpintero,  
Y le hará una.

Habíale hecho al Santo un altar muy primoroso en un convento de Capuchinos, y habia distribuido el camarín en ochavas y compartimientos, esculpiendo en cada cual, con mucho primor y esmero, una de las herramientas de su oficio, lo que le adornaba de una manera tan apropiada, que cuantos lo miraban se enternecian al recordar todo el amor y predileccion que habia demostrado Dios, al hacerse hombre, al trabajo y á la pobreza, puesto que todas las cosas que vemos, nos impresionan mas que las que oimos. Por eso nuestra santa Religion católica nos hace de mil maneras tan palpables sus sagrados misterios. Pero sucedió que el buen carpintero fué por la desgracia visitado; perdió á su muger y á sus hijos, no quedándole sino una niña; se puso enfermo al entrar en años, y por último.... cegó. Mas todas sus desgracias las llevaba con suma paciencia, y siempre se le veia sereno y confiado en la proteccion de su Santo Patrono.

Como no podia trabajar y su pobre hija, que habia de atender á su asistencia, ganaba muy poco en su costura, fueron vendiendo cuanto



tenian, y cayeron en la mas completa desnudez y miseria.

Cuando el buen Cristiano sintió acercarse su muerte, quiso prepararse á bien morir, y dijo á su hija que avisase á un escribano, porque queria hacer testamento.

—Testamento!... Padre! exclamó llorosa y asombrada su hija, ¿acaso tiene su merced algo que testar?

—Sí, hija, contestó su padre; así, haz lo que te mando, y avisa al escribano. La hija aunque presumió que las palabras de su padre eran debidas al delirio de la calentura, como era muy obediente, hizo lo que su padre le mandaba. Al recibir el escribano el recado del moribundo, sospechó que seria este un avariento, que aparentando miseria, tendria algun caudal oculto, y se apresuró á acudir á la cabecera del enfermo.

Cuando todo lo tuvo preparado, y encabezado el testamento en EL NOMBRE de la SANTÍSIMA TRINIDAD, como es costumbre, le dijo al enfermo que dictase su última voluntad, lo que este hizo en los siguientes términos:

„Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra y r.ombro por mi executor testamentario, „y por tutor de mi hija, Á MI SANTO PATRÓN SEÑOR SAN JOSÉ.”

Dicho lo cual, se durmió en el Señor con aquella tranquilidad que tienen en este trance los que creen en Dios y tienen una buena conciencia.



El escribano se fué de mal talante, y la pobre hija del difunto se quedó en el mayor dolor y desamparo, no teniendo nada en este mundo para procurar al padre de su alma mortaja ni caja, y sin poder costear su entierro.

Estando en esta tribulacion y congoja, oyó que llamaban á la puerta; abrió y vió entrar á un venerable anciano, con modesto y suave semblante, con túnica y manto de color oscuro, y un báculo en la mano. Entonces el anciano le dijo que no se apurase, que él cuidaria de todo; y así lo hizo, saliendo y volviendo á poco rato con la mortaja, la caja y el clero de la parroquia, y se le hizo al pobre carpintero un entierro muy decente, yendo de cabeza de duelo aquel venerable anciano.

Cuando volvió del campo santo, le dijo á la pobre huérfana que se iba, pero que volveria al dia siguiente.

Fuése el anciano á una ciudad inmediata, y llegóse á una casa en la que vivia un caballero muy bien acomodado y de muy buenas prendas. Hízose anunciar como persona que tenia que tratar con él un asunto importante, y cuando estuvo en su presencia le dijo:

—¿Os acordais, cuando volvíais embarcado con todo vuestro caudal de las Indias, del temporal que sufristeis en alta mar, y que os puso á punto de perecer?

—Sí, recuerdo, contestó admirado el caballero; pero ¿cómo lo sabeis vos?...



—¿Recordais tambien, prosiguió el anciano, que hicísteis una promesa, y que fué la de casaros con la niña mas pobre y mas honrada que encontraseis, si Dios os libraba de aquel peligro?

—Sí, recuerdo, respondió asombrado el caballero; pero ¿cómo sabeis tambien esto, cuando á nadie se lo he dicho?

—¿Estais en cumplir vuestra promesa? preguntó el anciano.

—Sí que lo estoy, exclamó el caballero, y lo que me pesa es haber sido tan remiso y moroso en hacerlo.

—¿Quereis que os haga yo conocer á la niña mas pobre y mas virtuosa que podreis hallar? tornó á preguntar el anciano.

—Sí que me place, respondió el caballero; me habeis inspirado tanta confianza, me siento tan inclinado á vuestra venerable persona, que estoy pronto á seguiros.

Pusiéronse en camino, y en breve llegaron á la humilde casa de la pobre huérfana.

Estaba esta tan afligida por la muerte de su buen padre, como acongojada por no saber qué seria de ella, porque hasta el casero, viéndola tan desvalida, y temiendo que no pudiese pagar la casa, la queria echar á la calle. El anciano le dijo que no se affigiese, puesto que aquel caballero que le acompañaba, y que era muy cristiano y muy bueno, estaba bien acomodado, y la queria amparar casándose con ella.



El anciano hizo en poco tiempo todas las diligencias y aprestos para el casamiento, y despues que se efectuó, estando los tres sentados á la mesa de la comida de boda, le rogaron los desposados con mucho cariño, que les dijese quién era, á quien debian tantos favores y mercedes: á lo que el anciano poniéndose de pié, contestó con mucha bondad y compostura: "Yo soy José, al que cupo la dicha de ser el compañero de la Sagrada VÍRGEN MARIA, y custodio del divino NIÑO JESUS. Tu cristiano padre fué siempre un ferviente devoto mio, y á la hora de su muerte me encargó que cumpliese su testamento; esto he hecho: llevé su buen alma á Dios, dí su cuerpo á la tierra, y como tutor tuyo he cumplido tambien, dejándote amparada y dichosa." Entonces el techo del aposento se entreabrió como una granada; apareció una luz sonrosada como la de la aurora, y brillante como la del medio dia. En aquella gloria apareció un divino Niño, que dijo al anciano: "Venid, Padre, que mi Madre os está echando de menos;" y el anciano, bendiciendo á los desposados, que con las manos cruzadas, y los rostros bañados en lágrimas habian caido postrados en tierra, se alzó suavemente, cogiendo la mano que el Niño le alargaba, y desapareció en las alturas.

De estos prodigiosos favores debidos á la mediacion de los Santos, vemos todos los dias, niños mios; solo que estos no se revelan ma-



terialmente sino raras veces y en determinadas ocasiones y personas, y tristísimo sería el pensar que estamos incomunicados con aquellos que fueron nuestros hermanos y maestros, y que nuestras relaciones con ellos no sobreviviesen á esta vida corporal y transitoria. Las ideas antireligiosas, en su necio y acerbo afán de combatir nuestra santa Fé, llaman *fanatismo* al exceso de creencia que hay en atribuir, con demasiada facilidad, á divinas influencias sucesos comunes. No os dejéis perturbar por dichos, que á fuerza de repetidos han tomado cierta consistencia, y que muchos repiten, sin pararse á considerar toda la falsedad y veneno que encierran. Fanatismo, niños míos, *es defender con tenacidad y furor opiniones erradas* (1), lo que como veis, nada absolutamente tiene que ver, ni nada tiene de comun con un exceso de fé, que si bien puede alguna vez caer en lo trivial y simple, nunca es irreverente, ni lleva mala tendencia, y no puede ofender á un Dios que nos prescribió la fé y el amor como las dos primeras virtudes del cristianismo. ¿Qué mal habria acaso en que creyeseis este ejemplo? No habria ninguno; y solo probaria la buena fé de vuestra mente y la sanidad de vuestro corazon.

---

(1) Diccionario de la Academia.

---







## EJEMPLO 2.

### PODER DEL ARREPENTIMIENTO.

Las cosas santas se deben leer con el mismo espíritu con que fueron escritas. Si os falta la fé, dejad de leerlas; vuestra escéptica sonrisa es demasiado fácil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

*Jules Jannin.*

No tiene el corazon peor enemigo que la cabeza.

*Alexandre de Lavergne.*

Habia un señor, rico y poderoso, que vivia en su castillo, del cual no salia sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos y robar á los viajeros. Era tan malvado y cruel que nada humano le habia quedado en su corazon mas que el amor á su muger, apacible y bella criatura, que pasaba los dias y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios que se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora, nada queria, nada deseaba, sino la conversion de su marido.



En una espantosa noche de invierno en que el cielo desencadenando tempestades, parecia querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardia una brillante hoguera. El viento mugia entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos; todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche. El señor del castillo aun no habia vuelto de su correria y su angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco despues, un criado entró en la estancia y dijo á su ama, que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frio y de necesidad, perdidos en aquel pais agreste, pedian ser acogidos en la fortaleza, aun que fuese en un establo. La buena Señora se sobrecogió, porque sabia que su marido odiaba á los religiosos, y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevia á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde?

—El señor no lo sabrá: dijo el buen criado que al ver á su Señora suspensa adivinó sus pensamientos, y al rayar el dia se irán.

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese en la caballeriza mas apartada.

No bien hubo salido cuando sonó una trom-



pa, y el galope de los caballos anunció la llegada del Señor. A poco rato entró, y despues de haber trocado su armadura teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles; se sentó con su muger á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bujías blancas, finas, suaves como vírgenes, esparcian su melancólica y pura luz.

La castellana ricamente prendida con un traje de terciopelo verde bordado de oro y pedrería, no comia; el resplandor de las luces se reflejaban en los brillantes que cubrian su frente y en las lágrimas que surcaban sus mejillas como otro adorno mas, porque eran de aquellas con que el corazon hermosea el rostro.

—¿Qué teneis? le dijo su marido con cariño. No respondió.

—¿Temiais por mí en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me teneis aquí sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana no respondia y seguia llorando, porque las lágrimas son hermanas bien avenidas, á una sigue otra, en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno habia guardado en su corazon el amor á su muger, como una áncora de salvacion, se afligió de verla llorar y le dijo:

—Contadme, Señora lo que os aflije, y juro por mi espada enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.



—Señor, respondió su muger, lloro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva y alegre, y nos envia su calor como una caricia, otros tiritan de frio; mientras estos manjares escitan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros, Señor, tienen hambre... y por eso se añuda mi garganta y no puedo comer...

—Pero, Señora, la dijo su marido, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frio y de hambre?

—Dos pobres religiosos, Señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

—¡Frailes! dijo, holgazanes, pancistas, petardistas, que querrian regalarse á mis espensas.

—No han pedido mas que un techo y un poco de paja.

El castellano llamó á un criado.

—¡Oh! señor, señor, dijo sollozando la castellana, no los echeis fuera! acordaos de vuestra promesa.

—Perded cuidado, contestó el marido, comerán, se calentarán y además me servirán de diversion. Ya vereis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fria y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á



los primeros rayos del sol, cuando se presentaron á su vista los religiosos; por un impulso involuntario se puso en pié, y la impía chanza que asomaba á sus labios, retrocedió como una serpiente que se encoje y se vuelve á su cueva. Ello era, que habia en el rostro del mas anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que imponia, una mansedumbre que atraia, un poder capaz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandólos el Señor sentar á la mesa, y guardaron todos silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su mision, hizo oir la palabra de Dios en aquel lugar de donde habia sido desterrada, quedando encerrada en el corazon de la castellana como en un santuario. Callaba el Señor y escuchaba mirando á su muger, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvacion, mientras que sus labios murmuraban: "¡Bendito es el que escucha!"

Concluida la cena, cojió el castellano una vela y alumbró y llevó él mismo á sus huéspedes al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas; diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.



Entonces el Señor bajó él mismo á la caballeroza y volvió cargado de paja que estendió en el suelo.

—Padre, dijo rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazón, yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el Señor me perdone mis iniquidades!

—Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, escediesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todas las borraría el arrepentimiento y las perdonaría la clemencia de Dios; por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperación.

Entonces, el castellano arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contrición caían de sus ojos sobre la paja en que se había arrodillado.

Cuando el misionero, después de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse trasportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenía en la mano la balanza que pesa el bien y el mal; una alma iba a ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una balanza el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasión. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese



ángel que nos pone el arrepentimiento en el corazón, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, la oración en los labios; traía algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló el castillo en consternación.

Preguntó la causa.

El castellano había muerto aquella noche.









### EJEMPLO 3.

## LA BUENA AMA.

EJEMPLO DEDICADO Y ESCRITO PARA FELICIANITA DE LA  
PUENTE Y DE LA PUENTE.

La mala llaga sana,  
y mata la mala fama.

REFRAN.

MI QUERIDA FELICIANA:

Al querer complacerte escribiendo algo exclusivamente para tí, considero que para que lo escrito tenga algun valor y alguna utilidad, debe encerrar una enseñanza; lo primero, porque darla es obligacion de toda persona mayor en sus comunicaciones con la infancia, obligacion natural, como lo es para el que vé, indicar la buena senda al que aun no la distingue; lo segundo, porque toda persona que publica lo que escribe, si con sus escritos no ha logrado mas que hacer pasar el tiempo á sus lectores, sin haber hecho brotar en ellos un sentimiento dulce y bueno, ni un pensamiento elevado y noble, sin haber dado direccion á sus ideas sobre los puntos de que trata, ni comunicádoles enseñanza ó noticias sobre cualquiera ma-



teria, aunque sea humilde y sencilla, ese escritor, no solo ha malgastado su tiempo, sino que se lo ha hecho malgastar á sus lectores.

Pero es el caso, mi querida Feliciano, que tú has alcanzado la ventaja de haber tenido enseñanzas muy superiores á las que yo puedo darte. Es la principal la que mana del recuerdo que conservas de una madre, cuya vida fué siempre un acabado modelo de las mas esquisitas virtudes de tu sexo, así como de la mas escogida cultura. Tienes un padre amante y sabio que dedica á tu educacion y á la de tu hermano todos sus cuidados como todos sus afectos; y un tio tan superior á juicios vulgares y profanos, que no se atreveria mi insignificante fallo á calificarle de una de las lumbreras de nuestro respetable y sabio episcopado y de una de las glorias de nuestra Iglesia, sino me autorizase á ello el hacerlo todo el mundo (1).

Estas pocos comunes ventajas que constituyen endémicos en tu familia el saber y la virtud, harán ocioso é inútil para tí cuanto en estas páginas pudiera decirte para formar tu juicio y tus sentimientos. A pesar de ello, tú, has creído que seria una prueba de cariño el que escribiese algo para tí y esto basta para que me apresure á hacerlo.

---

(1) El Eminentísimo Señor Cardenal D. Fernando Puente y Primo de Rivera.



Empezaré por emitir algunas ideas sobre la educacion, de la cual tanto se habla y escribe hoy dia, lo que, como suele suceder, ha acabado por embrollar las ideas de las gentes que tantos y tan distintos pareceres oyen y entre estos muy muchos desautorizados. El objeto, el fin, y el apogeo de la educacion, es, ha sido siempre y debe ser, empezando por la Reina y acabando por la mas humilde aldeana, el enseñar é ingerir á cada cual el cumplir con sus respectivos deberes. El delicado tacto, el instintivo buen sentido, el sentimiento religioso, que son propios de la mujer y la distinguen, la han hecho comprender y sentir esta realidad; así es que las mujeres son las mejores ayas y maestras de la infancia, y las que con mas acierto han escrito sobre la educacion.

Para lograr este objeto se debe llevar á cabo una buena educacion como se construye un edificio, empezando por darle buenos cimientos para que sea sólida, duradera y útil. Pero se ven hoy dia muchas educaciones parecidas en su confeccion á esos kioskos ó templetes caprichosos, labrados sin cimientos ni solidez, sin idea de utilidad ni de duracion colocados en los jardines para recreo, y en los cuales se mezclan sin criterio todos los órdenes de arquitectura, formando un conjunto sin filiacion, sin armonía y sin utilidad ni resistencia á los rigores de las estaciones; del mismo modo que carecen de poder para resistir á



los rigores de la suerte, las educaciones superficiales y sin sólidos cimientos. A estos vistosos y ligeros edificios se asemeja, pues, la educacion en que se enseña un poco de todo, de inglés, de francés, de dibujo, de música, y hasta de equitacion; cosas muy lucidas, pero de poquísima utilidad para el destino de la mujer que es el de ser esposa y madre en la esfera de la vida doméstica, para lo cual lo que antes de todo debe aprender es el gobierno de una casa que se compone de muchos ramos, que unidos forman el bienestar, el órden y el encanto del hogar doméstico, haciéndole así dulee y apetecible á su dueño, y contribuyendo eficazmente á retener á este en él con placer y alegría, lo cual constituye la piedra fundamental, no solo de la felicidad conyugal, sino tambien de la moral social.

La gran maestra que nos enseña y hace amar nuestros deberes es la Religion, que es lo primero que se debe saber y sentir, no solo por ser el mas seguro guia de la conducta, el regulador del sentimiento y el blanco de las aspiraciones de los hijos de Dios, sino porque es tambien lo primero que la mujer cristiana tiene que enseñar á sus hijos. Así es, Felicianamia, que he visto mujeres que, sin haber aprendido y practicado mas que la Religion, las utilísimas labores de mano, el gobierno de una casa y la crianza de sus hijos, han sido mujeres modelos, mujeres como se ven en la Escri-



tura, mujeres como las quiere Dios y las desean los hombres de bien para presidir el hogar doméstico. Hay mas: estas mujeres eran amables, cultas, finas y distinguidas en su trato, porque estas dotes son efecto de la benevolencia, esa dulce aura del cielo, hija de aquellas virtudes y hermana de la buena conciencia.

No creas, niña mia, por lo antedicho que sea yo enemigo de una educacion perfilada y esmerada, sobre todo para las jóvenes que pertenecen á las primeras gerarquías y á las clases mas pudientes de la sociedad; pero creo que la educacion debe tener otras bases mas sólidas y útiles. Los perfiles y primores se pueden comparar á un bello barniz que se debe estender sobre un objeto ya modelado y trabajado, y no sobre uno informe y sin destino; es decir, que lo primero es educar el corazon, y lo segundo la cabeza.

Una de las consecuencias de no educar el corazon que hallarás mas estendida á tu entrada en la sociedad, y que verás primero con asombro, y que despues, á fuerza de ser cosa tan general y repetida, la presenciarrás sin que te llame la atencion, es la maledicencia y la calumnia que en esta época acerba y hostil se ostentan con osadía y cinismo.

El cinismo, niña mia, es la falta de vergüenza, y la vergüenza es un velo que al partir la inocencia deja en mano de los hombres, para que siquiera por respeto humano encu-



bran sus maldades: pero cuando en el hombre ha desaparecido toda clase de respeto, menosprecia la vergüenza, aquel velo púdico que le dejara la inocencia. Hallarás que unas veces por rencor, otras por envidia ó por malas miras, otras por solo malevolencia, hasta por costumbre, hasta por tono, se escarnecen, se critican, se difaman y calumnian las gentes unas á otras, sin cuidarse á veces, aun sin reflexionar en todo el mal que pueden producir sus palabras destruyendo la buena fama ajena que no pueden restituir, y sin tener presente que *la mala llaga sana, pero mata la mala fama.*

Esto lo define admirablemente el pueblo en uno de sus bellísimos ejemplos que son la expresion, así como la inspiracion de las mas puras y genuinas convicciones religiosas y morales.

Hácenme algunos el insigne favor de creer que invento estos ejemplos que avaloran mis modestos escritos. ¡Ojalá fuera así, que no lo negaria! Pero lejos de dar pábulo á que esto se crea, he repetido muchas veces, y vuelvo á repetir, cuál es su procedencia, en confirmacion de lo cual te referiré de la manera que llegó á mi noticia el que voy á contarte, que tan bellísima enseñanza contiene respecto al asunto de que te hablaba.

Pasando en una ocasion ante el precioso retablo que se halla en el patio de las Banderas del Alcázar de esta ciudad, detúveme á su



frente, como tengo costumbre de hacerlo. Detrás de mí, en el poyo de una casa, estaba sentado un ayo de escuela pequeño y anciano, sin perder de vista á uos cuantos niños que debajo de los árboles de aquel patio ó plazuela jugaban. En el suelo, tendidas á lo largo las piernas, y apoyada su espalda en la pared, estaba sentado un pordiosero anciano, alto y enjuto, que ejercia la mas que modesta industria de picar en una tablita puntas de cigarros puros desechadas, recogiendo lo picado en una lata vieja para confeccionar cigarros de papel que encuentran compradores. (¡Oh vicio de fumar, á lo que obligas!) Ambas figuras me interesaron. Eran tipos de sus respectivas condiciones, eran dos palabras, aunque humildes, que aun no estaban borradas y repuestas con otras en la hoja de la era presente, gran maestra en el arte de borrar y rectificar. *Platicaban* pacíficamente apoyados en aquel muro de siete á ocho siglos, ante aquel retablo en que rodean á la Virgen purísima y al niño, San José, Santa Ana, San Joaquin, San Pedro con sus llaves y San Fernando con su espada. Los paraisos estaban en flor, la fuente reflejaba en su mar un cielo de mayo de Sevilla. Los chiquillos jugaban y los pájaros cantaban; yo permanecia parado. ¿Era acaso fácil arrancarse de allí, en donde nada recordaba la acerba é intranquila actualidad?

Si complacido observaba cuanto veia, no de-



jaba de atender y de admirar el profundo buen sentido de que daban muestras en cuanto decían aquellos dos hombres, en particular el pordiosero, de quien recogí muchas ideas originales, máximas buenas y agudas observaciones. Recayó su coloquio sobre el presente descaro de la crítica y la calumnia; y omito las reflexiones y sentencias, todas excelentes y religiosas, para referirte el ejemplo con que confirmó y acabó de esplayar sus ideas el moralista popular, sin que yo perdiese ni una palabra de su relato.

Habia una niña muy hermosa, criada por sus padres con mucho recato y temor de Dios; que muy jovencita tuvo la desgracia de perderlos. Vivía retirada, y no salía mas que á la iglesia por las mañanas temprano, ni iba á parte alguna, sino á casa de una buena vecina, mujer muy honrada, que le proporcionaba costura con que mantenerse.

Pero las miradas de los hombres corrompidos y disolutos penetran mucho, y dañan cuanto alcanzan como la de los basiliscos. Así fué que varios de estos inícuos, que abundan en todas partes, se propusieron enamorar á la hermosa niña, y sacarla de la buena senda; pero todo lo que hicieron al intento fué en vano: su corazón, sus oídos y su casa permanecieron cerrados á toda seducción, como el paraíso cuando lo guardaba el Ángel.

Exasperado el mas audaz y mas malo de



todos, la amenazó con que se vengaría, si se mantenía en no darle oídos; y cuando vió que ni por temor á sus amenazas accedía la niña á sus ruegos, púsolas por obra, publicando por todas partes que era una hipócrita y que él había sido en secreto, y sin gran resistencia de su parte, su correspondido amante.

Como el mundo está siempre predispuesto á creer todo lo malo que del prójimo se dice, la pobre niña quedó en poco tiempo completamente difamada.

Veía la inocente que los mismos que antes la querían bien y la saludaban, la miraban ahora con desvío y con sonrisa burlona; que las gentes honradas que antes la hablaban, ahora le volvían la espalda, y no podía atinar con la causa de estas mudanzas, hasta que por último su buena vecina se lo manifestó, añadiendo que sentía, porque la quería bien, tener que decirle que en adelante no podía permitir la intimidad que con sus hijas tenía, porque aunque no fuera cierto lo que sobre ella decían, era el hecho que había perdido su buena fama, y que la de sus hijas padecería si se trataban con ella.

¡Un rayo no hubiera podido herir y anonadar en mayor grado á la pobre niña de lo que lo hicieron estas palabras! Retiróse á su aposento llena de dolor y de vergüenza, y cayendo de rodillas, suplicó al Señor la llevase á sí, sacándola de un mundo en el que, como flor



marchita por el hálito de una serpiente, no habia ya lugar para ella en el vergel de las gentes honradas. Y como si Dios hubiera accedido á plegaria tan honesta y justamente motivada, desde aquel dia empezó á enfermar aquella flor marchita por el vil gusano de la calumnia que roia su corazon.

Vamos ahora á que el mal-alma que habia robado á esta inocente su único bien, su buena fama, andaba tan descuidado viajando por esos mundos, y siguiendo su viciosa vida, como aquel que cree que no se ha de morir nunca. Sucedió que la capital en que á la sazón se encontraba fué súbitamente invadida por una espantosa epidemia.

Las epidemias cuyas causas y orígenes no ha podido averiguar el hombre, que tanto sabe y tan comprensivo se cree que quiere esplicar á Dios, y no esplica la causa de una dolencia de su cuerpo que á la vista tiene, las epidemias, digo, los terremotos, las tempestades y otras calamidades, son avisos que Dios envia al hombre para que entre en sí y retroceda en la senda del mal. Muchos desatenden estos avisos, pero tambien á otros les sirven de gran provecho, haciéndoles entrar en sí y echarse en brazos del solo que socorre y salva.

Uno de estos afortunados fué el calumniador, cuya conciencia despertó cuando se vió cerca de la muerte, y le puso patente ante los



ojos, como un santo Juez, la enormidad de su culpa, lo que le aterró tanto que, estando cercano á la córte de Roma, marchó á ella, se echó á los pies del Sumo Pontífice y le confesó su pecado. Su Santidad le puso por condicion para absolverle, que remediase del modo que pudiese el daño que habia causado, y le dió por penitencia que entrase á orar en las iglesias que en su viaje de vuelta, hallara á su paso.

Así lo efectuó sumiso el penitente.

Llegó á su pueblo en una hermosa noche de luna, y al pasar frontero á su iglesia, extrañó notar la puerta entreabierta, y su interior alumbrado. En cumplimiento de la penitencia impuesta, entró á orar; pero ¿cuál no seria su asombro cuando vió en medio de la nave un féretro que alumbraban y custodiaban cuatro blandones, cuya luz grave, clara y serena cuando posa solemne sobre un cadáver, parece el alba del resplandeciente dia sin noche de la eternidad.

—¡Infeliz! pensó al divisar aquel abandonado cadáver, que no tuvo casa en que quedar depositado, y pidió á Dios la suya que presta Su Divina Majestad á todos los desamparados! ¡Desdichado, que no tuvo parientes, deudos ni amigos que le velasen, y acudió á que lo hicieran estas luces de la Iglesia, que del mismo modo honran y alumbran el cadáver de los poderosos que el de los míseros!

Acercóse al féretro y retrocedió aterrado.



En él yacia el cadáver de la flor que su vil calumnia ajó, y que mataron dos roedores gusanos, el dolor y la vergüenza.

Huyó despavorido, pero encontró las puertas de la iglesia cerradas. Cada vez mas asombrado, trató de esconderse; pero ¿dónde, que ante los ojos no tuviese aquel féretro colocado en medio del templo, en el centro del foco de luz que esparcian los blandones?

Sus ojos fijos y espantados, no podian desviarse de aquel cuadro de terror y de irresistible atraccion.

Entonces vió que la muerta levantó su escuálida cabeza, y que como si le faltasen las fuerzas, la volvió á dejar caer.

El infeliz, extraviado por el espanto, huyó á otro lado, pero ninguno estaba tan desviado que no llegase á él la luz de los cirios, ni tan apartado que no alcasaran sus miradas al centro.

Vió entonces que la muerta se incorporó y se sentó en su ataúd; pero tambien esta vez parecieron faltarle las fuerzas, y volvió á caer en la caja. Finalmente, por tercera vez se incorporó, y saliendo del féretro dirigióse con paso lento hácia él, que postrado de rodillas, las manos cruzadas, los ojos extraviados, empezó á decirle:

—Perdona, perdóname piadosa! ¡Sabe que he reconocido mi enorme delito; que me pesa, me pesa, me pesa!... y que peregrinando venia



con el cargo y la firme intencion de restituirte la buena fama que en mal hora te quité.

La muerta con un gesto le mandó que la siguiese. Encaminóse seguida por él, á la pila del agua bendita, y llegado que hubieron á ella, le hizo seña de que la vaciase. Trémulo y desatentado, apresuróse él á cumplir con lo mandado. Cuando la pila estuvo vacía, le dijo la muerta con voz grave y severa:

—Recoge ahora el agua vertida y vuelve á llenar la pila.

Asombrado se quedó el penitente de tan extraño mandato.

—¿No ves, exclamó, que no existe ya el agua..... que el suelo la ha absorbido, y que es imposible volver á recoger ni una sola gota?

A lo que la muerta repuso en tono solemne:

—La buena fama en el hombre es como el agua bendita en la pila: si una vez se derrama, no podrá el que la derramó recogerla y restituirla.

A la mañana siguiente halló el sacristan, cuando entró en la iglesia, á un hombre accidentado junto á la pila del agua bendita. Vuelto en sí de su accidente no pudo hablar ni dar noticias acerca de su presencia en aquel lugar, porque su lengua se habia secado. Entró de lego en un convento, en que hizo una vida ejemplar y penitente, y donde murió en opinion de Santo.



Si Lamartine, Worthswood ó Bürger hubiesen estado, cual yo, escuchando al pordiosero, hubiesen escrito sobre lo referido una de esas románticas baladas, que conoce y admira el mundo entero; en cuanto á mí, Felicitania mia, no he podido hacer mas que referírtelo tal cual se lo oí al pordiosero, consolándome la idea de que si la formã nada ha ganado al pasar por mi pobre pluma, su hermosísimo espíritu espero que nada habrá perdido.



## EJEMPLO 4.

---

### LA LIMOSNA.

---

SEÑOR!

Riega lo que es seco,  
Pon lo enfermo sano,  
Todo lo que es duro  
Doblegue tu mano.

Hemos definido ya otra vez la compasion, calificándola del mas puro de los amores. Es enjendrada en el corazon humano, como Nuestro Señor Jesucristo en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. Ni los vínculos de la sangre, ni la gratitud, ni la simpatía, ni el cariño que engendra el trato; ni aquella inclinacion poética y dulce, que arrastra á dos jóvenes á unirse para formar una nueva familia segun el órden establecido por la superior sabiduría, entran en la existencia de este divino amor que es el que tuvo y tiene Dios á los hombres.

De todos los amores que antes hemos enumerado participan los séres irracionales, lo que demuestra que son en parte debidos al instinto, aunque los purifique y ennoblezca y



les dé consistencia el alma; pero la compasion, solo el hombre entre los seres creados, la comprende y la siente. Es el sentimiento humano mas exento del preponderante egoismo; ninguno existe en que mas desaparezca la inevitable personalidad, en que sean mas espontáneos la abnegacion y el sacrificio y estén mas exentos de ulteriores miras. Dios la elevó á precepto con su divina doctrina y la sublimó á medio de salvacion, y tantó la amó que dijo; que á ÉL daba, el que daba á los pobres. Por eso dice el buen sentido del cristiano pueblo, que Jesucristo sabia que siempre habria en el mundo pobres y ricos.

Embebido en esas sublimes máximas, tiene el pueblo en su mente, en que se conservan por tradicion, esos *Ejemplos* sencillos y cándidos en su forma, profundos y ascéticos en su idea, que llamariamos si no fuese irreverencia, fábulas religiosas, tomando esta palabra en el primer sentido que le dá el Diccionario de la Academia, esto es: *Narracion inventada para deleitar con enseñanza*, ó bien, práctica demostracion de un punto de doctrina.

Vamos á referir uno de estos ejemplos, recogidos de los lábios de una pobre anciana campesina, ejemplo que es tan ingenioso como cándido y tierno, y que patentiza admirablemente la manera de ver y de sentir del pueblo en la materia de que venimos tratando.

Habia dos hermanos, refirió la anciana, que



habian heredado de sus padres un buen pasar; el mayor se casó con una muger que tenia hacienda, y el otro con una pobre; ayudó la fortuna al mayor que se enriqueció, y faltóle al segundo, que por mucho que trabajó, empobreció.

Sucedió que el mayor y su muger, con sus riquezas se llenaron de codicia, se les endureció el corazon y se alejaron de Dios.

Por el contrario los otros, que con su pobreza se mantuvieron mansos y humildes, y tan compasivos á las necesidades ajenas, que partian con otros mas pobres que ellos un pedazo de pan que tuviesen. Manteníanse asimismo muy buenos cristianos y devotos, y éranlo en particular de un Jesus Nazareno, que no lejos de su casa, coronado de espinas y cargado con la cruz, decia por medio de un letreiro: *El que me ame, tome su cruz y sígame*, y cada vez que lo leian se abrazaban gustosos con la cruz que el Señor les habia enviado como un reclamo.

Cayó malo el infeliz, y despues que hubo agotado todos sus recursos y vendido cuanto tenia para costear la enfermedad, le dijo á su muger que fuese á pedirle un socorro á su hermano. Fue esta como se lo habia mandado su marido, pero los cuñados la recibieron mala y desabridamente y le echaron en cara la pérdida de su hacienda, pérdida que como siempre acontece, achacaron á su mal manejo, conten-



tándose con darle por socorro una miseria.

La muger se volvió á su casa afrentada y atribulada. Contóle al marido cuanto habia acontecido con su mal hermano; pero el marido lo disculpó y á los pocos dias, habiéndose podido levantar de la cama, fué él mismo á hacerle presente sus apuros y quebrantos.

Su hermano que tenia ya el corazon acorchado, al verlo se incomodó, no quiso oirlo y le tiró una moneda á la cara, intimándole que estando ya capaz de trabajar, lo hiciese, y no volviese á molestarlo ni á aportar por su casa.

El pobre, que era humilde, no contestó, tomó la moneda, se volvió á su casa y le dijo á su muger:

—Toma ese dinero que será el último que se pida á mi hermano; compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita, y como será la última que comamos, voy á convidar á nuestro padre Jesus Nazareno á que la venga á comer con nosotros.

En seguida se fué, se arrodilló ante el Señor y le dijo: "Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, y á pesar de eso, os vengo á rogar que á ella vengais para santificarla. Bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero os convido á mi pobre mesa, ya que tantas veces habeis admitido á este miserable á la vuestra. Señor que no despreciais á los humildes, recibid esto poco que con tanta voluntad se os ofrece."



Al oír estas razones, el Cristo inclinó la cabeza en señal de que accedía á la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en su corazón, que se le ahogaban las palabras en la garganta, y solo podía llorar por su cara abajo como si cada uno de sus ojos hubiese sido una fuente.

Finalmente, prorumpió en estas palabras que dijo á su muger: "Jesus, mi dulce Jesus, vendrá á la mesa del pobre, el rey de reyes entrará en casa del humilde; prepárala, pues, muger mía, sobre todo que esté aseada, encálala que esté blanca y limpia para agradar al Señor."

La muger se puso sobre la marcha á arreglarlo todo, de manera que aunque la casa era chica y pobre parecía bien y relumbraba de aseo.

Antes de medio día llamaron á la puerta. Era un pobre que pedía limosna con mucha necesidad.

—Nada tengo, dijo la buena muger, pero la comida está guisada, y aunque es muy poca la cantidad, le daré mi parte á este desvalido y no comeré. Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla y se lo dió al pobre, quien se lo comió y bendijo la casa de los caritativos que le habían socorrido.

Pero pasaba el medio día, y Jesus Nazareno no venía, viendo lo cual se fué el marido á



la efigie, se arrodilló, y recordó al Señor su promesa

—Fuí á tu casa, respondió Jesus Nazareno, en ella me acogísteis y me disteis de comer, por lo cual la he bendecido.

El pobre se volvió tan contento y tan glorioso á su casa, que no le cabia el corazon en el pecho, y le contó á su muger lo que el Señor le habia dicho.

Desde aquel dia, en la casa en que con tanta mansedumbre y resignacion se habian sobrellevado las adversidades, donde de la boca se lo habian quitado para dárselo á los pobres, todo prosperó y todo fueron felicidades.

La cuñada que era muy envidiosa, tenia gran afan por saber la causa de tanto bienestar del buen matrimonio, por lo que fué á visitarlos y haciéndoles mil carantoñas, acabó por preguntarles lo que saber querian.

Como sus cuñados tenian buena fe y sencillez de corazon, le contaron cómo habian convidado á Jesus Nazareno á su casa, y como este Señor tan accesible y tan bueno habia venido á ella y la habia bendecido.

Apresuróse esta codiciosa muger á referir al marido lo que indagado habia, y concertaron que fuese este á convidar á su casa á Jesus. Jesus no rehusó, porque á nadie que lo llama desatiende su clemencia. No bien lo supo la muger cuando adornó la casa de gran manera, preparando en ella un espléndido banquete.



El día señalado y estando aguardando tan regocijados á su convidado, llegó un pobre á la puerta pidiendo una limosna con mucha necesidad; pero se la negaron, y como insistiese en pedirla una y otra vez, cogió la muger una vara y le asestó con ella tan fuerte golpe que le hizo una herida en la cabeza.

Viendo que Jesus no venia, fué el marido y se arrodilló ante la efigie, notando que tenia una herida mas en la cabeza, y le dijo: "Señor, ¿no habeis prometido venir á mi casa."

—Y fuí, contestó el Señor, pero no me habeis querido recibir, me habeis echado de ella, y me habeis herido.

El hombre se fué desesperado; al llegar á su casa no halló sino escombros, á la casa se habia prendido fuego y en un momento habia reducido á polvo y ceniza todas sus riquezas.

---







NO HAY BUENA ACCION SIN PREMIO.

---

Habia una vez un conde que quedó muy temprano huérfano y dueño de un gran caudal. Como le faltó la autoridad y sujecion de sus padres que tan necesaria es á los hijos, se rodeó de viciosos y corrompidos amigos que le arrastraron á imitar todos sus desmanes y le imbuyeron todas sus perversidades.

En una ocasion, en que habia ido con todos ellos á cazar á una de sus propiedades, hallábanse despues de una divertida cacería cenando opíparamente á una mesa cubierta de ricos manjares y esquisitos vinos. Malos dichos, impías proposiciones, groseras chanzas amenizaban el escandaloso banquete, cuando se abrió la puerta dando entrada á una hermosísima doncella. Acercóse llorando, pero serena, al conde y le dijo que era hija del jardinero de aquella posesion, fiel servidor que habia sido toda su vida de sus padres, y que acababa de morir dejándola sola, pobre y des-



valida, por lo que venia á pedir al señor conde, que por caridad, y en premio de los buenos y largos servicios de su padre, le diese un dote para entrar en un convento, lo que habia sido siempre su mayor deseo, y si le otorgaba su súplica la haria feliz, y amparando al desvalido haria una obra grata á los ojos de Dios.

Apenas hubieron oido aquellos corrompidos y descreidos la peticion de la doncella, cuando se pusieron á reir y á mofarse de ella, calificando su deseo de locura, insensatez, y aberracion fanática, y repitiendo en coro que una muger tan jóven y tan bella debia disfrutar del mundo y de sus placeres como de los goces del amor, y que hallaria desde luego en cada uno de ellos el mas apasionado amante.

Con estas razones depravadas, y con bromas audaces, hicieron lugar en la mesa á la doncella para que se sentase, y al ver que escandalizada se negaba á sentarse al banquete, intentaron hacerla ocupar aquel puesto por violencia. Señor! gritó acongojada la doncella acercándose al conde, en nombre de vuestra madre que fué una santa os imploro para que me protejais! impedid que sea ultrajada la inocencia bajo el techo de la noble mansion de vuestros respetados padres!

Entonces el conde se levantó y poniéndose entre ella y sus convidados les dijo: "apartáos; y tú vete en paz y amparada, pues te concedo



el dote que me pides.”—Señor, exclamó la doncella enagenada: mientras se muevan mis labios y lata mi corazón, rogaré á Dios que os premie tan santa y generosa obra!

El conde siguió en su mala vida, y algunos años despues volvió con sus mismos viciosos amigos á cazar á aquella misma posesion.

Una noche despues de haber cenado de la misma manera escandalosa que antes hemos descrito, se durmió rendido y tuvo una estraña vision en sueños. Veia al Señor en su gloria, sentado sobre un trono resplandeciente; vió traídos á la augusta presencia del Supremo Juez por las garras de los espíritus del mal á las mancilladas almas de sus amigos que fueron condenadas. Vió despues que traian á la suya, manchada y ulcerada cual aquellas; pero en aquel instante una mano blanca y pura la arrancó de las negras garras que sujeta la tenían, que en seguida se cruzó con la otra hermana, y que así cruzadas se alzaron hácia á Dios.

Despertóse sobrecogido y oyó en el castillo un ruido espantoso. ¿Qué es eso? preguntó á un criado que acudia despavorido.—Señor, contestó el criado, el palacio ha ardido sin que esfuerzos humanos hayan bastado á contener las llamas, que todo lo han consumido sin dejar ni aun tiempo de salvarse á vuestros amigos, hasta llegar á vuestras habitaciones, donde milagrosamente se han apagado.



El conde asombrado comprendió que los ruegos de la doncella, á quien él salvó y amparó, habian alcanzado del Señor le concediese tiempo en esta vida para convertirse, y se convirtió.

---



POBRE DE ESPIRITU

Y

RICO DE CORAZON.

---

Habia una pobre viuda que tenia un hijo al que amaba, despues de á Dios, sobre todo en este mundo; era el niño tan inocente, tan bueno, tan sumiso, que preciso era quererlo aun sin ser su madre; pero al mismo tiempo era tan limitado de alcances, que imposible se hacia enseñarle nada, faltándole comprension y memoria. Su madre lo puso en la escuela, pero nada aprendió; quiso ponerle á un oficio, pero sucedió otro tanto, y sus maestros despues de haberlo maltraido con burlas y vilipendios lo despidieron.

Entonces su pobre y afligida madre habló y buscó consuelo en su confesor que era un respetable religioso, y le suplicó que se empeñase con el prior del convento á fin de que re-



cibiese á su hijo de lego en el monasterio. Así lo hizo el buen padre, y el muchacho entró en el convento.

El buen religioso trató de instruir á su protegido en la religion cuyas primeras nociones le habia inculcado su piadosa madre, pero jamás pudo hacerle aprender de memoria ni acordarse sino de estas espresiones de la fé, de la esperanza y de la caridad: Creo en Dios, espero en Dios, y amo á Dios!

Cuando pasó el año de noviciado se determinó desahuciarlo por inepto, pero como era tan servicial, dulce y humilde que todos los religiosos le querian, y que vieron con lástima el desconsuelo de su pobre madre, determinaron que se quedase en el convento para trabajar en la huerta.

Despues de largas y penosas tareas que le imponia el hortelano, se le veia en vez de dormir y descansar, ir á la Iglesia y pasar horas enteras en ella de rodillas.

¿Qué hará allí? decian los novicios, no sabe leer ni rezar, ni comprende el rito ni las oraciones de la Iglesia.

Llenos de impertinente curiosidad se ocultaron un dia para ver y oir en qué pasaba el tiempo, y vieron que no hacia mas que repetir incesantemente con gran fervor: Creo en Dios, espero en Dios, y amo á Dios!

Al cabo de algunos años murió el pobre lego, con la misma tranquilidad con que habia



vivido; lo hallaron con el rostro sereno y las manos cruzadas muerto en su jergon de paja. Lo enterraron como á inocente sin oficio de difuntos y sin que doblasen las campanas. A poco no se conocia el rincon de tierra en que estaba enterrado, sino por las lágrimas con que lo regaba su madre.

Pero algun tiempo despues vieron que espontáneamente habia crecido sobre aquella sepultura una hermosa azucena; se acercaron á ella y vieron con admiracion que las blancas hojas de la flor tenian cada cual un letrero con caractéres de oro que decian: Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Escarbaron la tierra y vieron que la flor tenia su raiz en el corazon del hijo de la pobre viuda.

---







## LEYENDA DEL JUDIO ERRANTE.

---

JUAN, ESPERA EN DIOS.

La leyenda del Judío Errante que nombran Ashaveros, es universal en todos los pueblos cristianos, aunque en cada cual difiere, si no en su esencia, en sus versiones. El eminente literato Don Fernando Wolf, al hacerse cargo de la version popular española que hemos dado al público en la relacion denominada *La Estrella de Vandalia*, la compara á otras y la prefiere por el dulce espíritu católico que reina en ella, que es el espíritu del perdon, que á nadie excluye, pero del que todos sin excepcion necesitamos, espíritu del que las demás carecen. Y efectivamente, ¡cuánbella es la version popular española del Judío Errante, de esa tradicion universal que es apócrifa, y que puede que parecerlo sea parte del destino de aquel ser excepcional! Nos dice que sufre este Judío la expiacion de su maldad en este mundo en que pasa desconocido; nada obliga á creer esta tradicion cierta, pero nada tampoco se opo-



ne á que por cierta se tenga, y se desea que fuese comprobada, porque nos pone casi en contacto directo con la gloriosa época de nuestra redencion. Esta tradicion profundamente melancólica y altamente consoladora, que corona la expiacion con el premio, la guarda el pueblo en el archivo de su fé, fé ciega como debe ser, pues así se simboliza la religiosa.

Era este judío un zapatero que vivia en Jerusalem en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz acuestas, al llegar á la puerta de la casa del zapatero, iba tan destrozado y tan exhausto, que quiso descansar en ella y le dijo al dueño: "Juan, déjame descansar aquí, que sufro mucho!"—El despiadado zapatero le contestó: "Anda, anda, que yo tambien sufro aquí cosido al remo del trabajo"—y le cerró la puerta. Entonces el Señor viéndose tan cruelmente despedido, repuso: "Anda tú! anda, y que sea hasta la consumacion de los siglos."

Al punto aquel hombre sintió que andaban sus piés sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entonces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumacion de los siglos para que se cumpla la maldicion de Dios que sobre sí se atrajo.

Conoció entonces aquel despiadado que sufría un castigo del cielo por su dureza y por aquella palabra tan cruel de *anda, anda*, que



arrojara á la faz del maltraido inocente que le pidió descanso, y se arrepintió con el alma de lo que habia hecho, y empezó á llorar su culpa y á desesperarse: así anduvo, hasta que al año, el Viernes Santo, á las tres de la tarde, se le apareció en lo mas lejano de los horizontes, entre los elementos y celajes, un calvario con tres cruces. Al pié de la mas alta que era la de enmedio, hallábase una señora tan hermosa como aflijida, tan aflijida como mansa. Esta señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hácia él y le dijo: "*Juan, espera en Dios.*"

Entonces el infeliz sintió un consuelo muy grande, y con mas ánimo siguió andando y anda sin pararse desde diez y ocho siglos; y cuando se vé tan solo y desconocido de las generaciones que vé surgir y caer, vé sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra, que fué la del Dios de Israel, en poder de moros, su pueblo maldecido, desparramado, despreciado, con una señal en el rostro como Cain, se acongoja y desfallece su corazón. Pero vuelve el tiempo de la Pasion y con él el Viernes Santo, y á las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes y la Señora que con su dulce voz le dice: "*Juan, espera en Dios;*" entonces recobra la esperanza y con ella ánimo para cumplir su condena, y entonces vuelve á andar sin nunca pararse, por lo cual le nombran, *Juan, espera en Dios, el Judío errante.*



¡Cuántos hay, Señor, que te cierran hoy día sus puertas con la misma crueldad que lo hizo este judío! Puedan algún día lograr con su arrepentimiento la intercesión de tu piadosa madre y que envíe á los corazones que la imploren por consuelo la esperanza!



## PARENTESCO ESPIRITUAL.

---

### PADRINO Y AHIJADO.

Érase una vez un pobre, tan pobre que no tenia con qué vestir al octavo hijo que iba á nacerle, ni qué dar de comer á los otros siete. Un dia se salió de su casa porque le partia el corazon oírlos llorar y pedirle pan.

Echó á andar sin saber á donde, y despues de haber estado andando todo el dia, se encontró á la caida de la tarde á la entrada de una cueva de ladrones.

El capitan de la banda le salió al encuentro, y le preguntó qué era lo que queria. — Señor, respondió el pobre hombre hincándose de rodillas, soy un infeliz que no hago daño á nadie, y que me he salido de mi casa por no oír á mis pobres hijos pedirme pan que no puedo darles, ni presenciar el parto de mi muger, que no tiene en qué envolver lo que nazca.

El capitan tuvo compasion del pobrecito,



le dió de comer, le regaló un bolsillo con dinero y un caballo, y le dijo que cuando naciese su hijo le avisase, porque queria ser el padrino del niño.

El pobre se volvió á su casa, que mas que andar parecia volar, y con tanto contento que no le cabia en el corazon.

Cuando llegó ya la criatura habia nacido; entregó á su muger el dinero que traia, y en seguida se volvió á la cueva y dijo al bandolero lo ocurrido, y el bandolero prometió que aquella noche iria á la iglesia y cumpliria su palabra.

Así lo hizo, tuvo el niño en la pila y le regaló un bolso lleno de oro.

Poco tiempo despues el niño se murió y se fué al cielo. San Pedro que estaba en la puerta, le dijo que entrase; pero el niño le contestó: yo no entro, si mi padrino no entra conmigo.

—Y quién es tu padrino? preguntó el Santo.

—Un capitan de bandoleros, contestó el niño.

—Pues hijo, repuso el Santo, tú, inocente mio, puedes entrar, pero tu padrino no.

El niño se sentó muy triste con la mano puesta en la mejilla, pero sin entrar.

Acertó á pasar por allí la Vírgen, y al verlo tan aifligido le dijo.

—Por qué no entras, ángel mio?

El niño le respondió, que no queria entrar



si no entraba su padrino, y S. Pedro le dijo á la Señora quién era el padrino del niño, y como era cosa imposible que entrase en la mansion de los justos.

El niño se puso entonces de rodillas, cruzó sus manecitas, y lloró tanto, que la Virgen que es madre de misericordia se compadeció de su dolor. Se alejó y volvió á poco con una copa de oro en la mano.

Toma, le dijo al niño entregándosela, vete á buscar á tu padrino y dile que llene esta copa de lágrimas de contricion, y que si así la trae, podrá entrar contigo en el cielo. Ponte estas alas de plata y echa á volar.

El ladron estaba durmiendo en una peña con el trabuco en una mano y un puñal en la otra: al despertar vió en frente de sí sentado en una mata de alhucema á un hermoso niño desnudo, con unas alas de plata que relumbraban al sol, y una copa de oro en su manita.

El ladron se refregó los ojos, creyendo que estaba soñando, pero el niño le dijo:

—No creas que estás soñando; yo soy tu ahijado que vengo por tí para llevarte al cielo y pagarte el beneficio que me hiciste llevándome á cristianar; y en seguida le refirió cuanto habia ocurrido.

Entonces el corazon del pecador se abrió como una granada, y sus ojos vertieron agua como fuentes. El dolor que por sus culpas



sintió fué tan agudo y tan vivo y penetrante su arrepentimiento de haberlas cometido, que le atravesaron el pecho como dos puñales y murió. Entonces el niño que habia recogido aquellas lágrimas en la copa de oro, voló con ella y el alma de su padrino al cielo, en que entraron ambas, pues Dios quiere, no la perdicion sino la salvacion del hombre, y se la concede con el perdon, de que todos necesitamos, pero ese perdon quiere el Señor que se *le pida* humilde, y no que se desatienda orgulloso.

---



## CONSUELO EN LA SOLEDAD.

---

Habia una vez una pobre viuda que no tenia mas que un hijo que amaba sobre toda ponderacion. Servia al Rey y estaba en América. La pobre anciana no tenia mas consuelo que ir á la iglesia en la que se ponía á los pies del altar de la Vírgen de la Soledad, en donde permanecia hasta que se cerraba la iglesia.

Un dia le dijo el sacristan á tiempo de avisarle que iba á cerrar las puertas: ¿Pero señora, qué hace V. todos los dias al pié de ese altar despues que se han acabado las misas y queda sola la iglesia? Á lo que contestó la pobre viuda: *acompañó á la Vírgen en su Soledad.*

Algun tiempo despues sucedió que llegase á los oidos de la infeliz la noticia de la muerte del hijo que tanto amaba. Puédese graduar cual fué su dolor. Nada podia mitigar su violencia; ni los consuelos, amonestaciones ni súplicas de sus vecinas pudieron lograr que se



templasen sus extremos; de manera que viendo que de nada servian sus esfuerzos, una despues de otra se alejaron desanimadas y la dejaron sola; sola quedó, pues, aquella infeliz con su dolor, como un ciprés junto á una tumba.

Entonces se abrió la puerta de su aposento, y vió entrar en él á una Señora muy hermosa vestida de negro, acompañada por un hombre mozo que llevaba una túnica oscura y un manto verde sobre el que colgaban sus largos cabellos castaños. Quedóse este en pié cerca de la puerta, mientras que la Señora con paso lento y rostro afable y sereno, se aproximó á la viuda y se sentó á su lado. Entonces se puso con voz dulce á consolarla, hablándole con tanta uncion y bondad, que la pobre anciana sintió calmarse su desconsuelo, y penetrar en su alma la santa resignacion.

¿Pero quién sois Vos, Señora, dijo entonces, que habeis tenido compasion de mí, que habeis acudido á mi solitario aposento, y que con tales palabras de santos consuelos habeis calmado mi dolor y me habeis infundido conformidad en mi desamparo?

La Señora entonces se levantó y le respondió.

Yo soy María, yo soy aquella que tú tanto has acompañado en su soledad, que he venido á acompañarte en la tuya.

---



## NO HAY PASO PERDIDO SI SE DÁ

CON BUENA INTENCION.

---

Habia una vez un anacoreta que habia fabricado su ermita en un valle, cerca de un monte, sobre el que habia un hospital. Hubo una gran epidemia, y el hospital se llenó tanto de enfermos, que no habia manos que bastasen para asistirlos, por lo cual acudieron al ermitaño para que fuese á prestarles auxilio. El buen ermitaño se apresuró en acudir, y todas las mañanas apenas echaba el sol sus luces tomaba su báculo y trepaba la empinada cuesta para tomar su puesto en la enfermería.

¿No seria mejor, pensó un dia, en el que el calor le fatigaba mucho al subir aquella cuesta tan pendiente, no seria mejor que labrase yo mi ermita aquí arriba con lo que me ahorraria tanta molestia?

Oyó entonces una voz que contaba detrás



de él, uno, dos, tres, cuatro. Se volvió, pero no vió á nadie.

¡Que no hubiese yo discurrido esto antes, siguió pensando, qué de fatigas y cansancio me habria ahorrado!

Oyó entonces de nuevo la voz que á sus espaldas seguia contando. Volvió atónito la cabeza, pero como la vez primera, no vió á nadie.

Cerca de la cumbre ya, tendió la vista para buscar un sitio á propósito en que situarse, cuando de nuevo oyó la voz que siempre seguia contando.

Volvióse con presteza, y vió con asombro á un ángel, el que le dijo: "Soy el ángel de tu guarda, y cuento tus pasos."

Así veis, niños míos, de que nada de lo que se hace con buena intencion hay perdido para el cielo, y que para ser meritoria una accion no es preciso que lleve consigo una utilidad palpable (1).

---

(1) Véase lo mas ascético de las doctrinas católicas comprendido y sencillamente expresado, al alcance del pueblo y de los niños, recogido en la boca de aquel por quien aquí lo publica.



LA VIRGEN DE LAS RUINAS.

---

Habia una vez una pastorcita tan buena, tan bonita y tan cristiana que era un hechizo. Guardando un día sus ovejas por unos parajes muy solitarios y desiertos, llegó á un vallecito fresco y verde como una maceta de albahaca. En medio de muchas florecitas silvestres notó unas ruinas cuyos paredones estaban tan tristes, como el que no puede ni vivir ni morir. En aquel que mas descollaba y aun se mantenía entero, gracias á un ciprés que había crecido á sus espaldas como para sostenerlo, vió en un nicho á una Imágen de la Señora; sus vestidos que habían sacudido los vientos y empapado los aguaceros, estaban descoloridos y hecho girones. Nada adornaba al nicho sino unos pabellones de telarañas, y una rama de yedra que entreponía sus hojitas entre el temporal y la Santa Imágen como para guarecerla.

Entonces la pastorcita se puso á llorar amargamente diciendo:

Ay madre mia! madre mia! qué sola y qué abandonada estás! qué dolor, qué dolor de que



la Reina de los Cielos esté tan desatendida en la tierra! Quién fuera rica para volver á levantar esta capilla y restablecer en ella tu culto! Quién tuviese siquiera lo que se necesitase para mercaros, madre mia, un vestido nuevo!

Y la pastorcita no pudiendo hacer otra se puso á limpiar el nicho, y lo rodeó con guirnaldas que hizo con las florecitas del campo; y todos los dias mientras sus ovejitas pastaban ella hacia guirnaldas frescas para adornar el nicho de la Vírgen, y enseñaba á los cordeños á doblar la rodilla ante la Imágen.

Una noche oyeron unos cabreros que pasaban por allí, gemidos; se acercaron y vieron que salian de una chocita que estaba entre las ruinas. Entraron y vieron á la pastorcita tendida sobre la paja mojada porque habia llovido; su cabecita caia sobre la tierra húmeda y dura; ella era la que se quejaba y llamaba á María en auxilio suyo.

Al verla tan enferma corrieron los cabreros á un convento cercano á dar aviso, y salieron al punto dos religiosos á socorrer y á auxiliar á la pastorcita.

Cuando se acercaron á la choza vieron una claridad muy grande y se figuraron que estaria ardiendo, por lo cual apresuraron el paso; pero cuando entraron en ella, no vieron fuego, sino unos mancebos cuyas túnicas blancas resplandecian tanto que causaban aquella



claridad. Cerca de la pastorcita estaba una Señora muy hermosa reclinando la cabeza de aquella sobre su pecho, y cuando se acercaron vieron á la pastorcita sonreir, suspirar, y morir. Entonces la Señora hizo seña á los bellos mancebos, que se acercaron, tomaron en sus brazos á la pastorcita, que aun muerta conservaba su sonrisa, y se la llevaron al cielo, porque aquellos mancebos eran ángeles, y la Señora la Vírgen de las Ruinas; y esta se volvió á su nicho para ganar mas almas al cielo.

---







## LA CONFESION DEL SIMPLE.

---

Habia una madre que tenia un hijo muy bien inclinado, pero muy simple. Era tan falto de memoria que no le habia podido enseñar la palabra de la doctrina, ni las oraciones de la confesion, ni recordar y expresar sus culpas. Solo la siguiente oracion sabia y repetia fervorosamente todas las noches.

Señor mio Jesucristo,  
Padre de mi corazon,  
Perdonadme mis pecados  
Que vos sabeis los que son;  
Pues me veis arrepentido  
Echadme la absolucion.

Siendo ya crecido lo llevó su madre á confesar, pero examinado por el confesor, como á nada de lo que le preguntó de la doctrina pudo contestar adecuadamente, le dijo á la madre que no podia confesarlo y absolverlo por ignorante y simple. Madre é hijo se echaron á llorar amargamente clamando: Señor, no rechaces á los pobres de espíritu que con su corazon te aman y buscan!



Mientras, el religioso se habia revestido y salió á decir Misa; sobre el altar halló un papel en que estaba escrito: "absuelve á ese penitente cuya confesion he oido yo cada noche."

---



## LA MEDIACION DE LA VIRGEN.

Habia una vez una pobre viuda que no tenia mas que un hijo, y era este un malvado facineroso, por lo cual la pobre madre que era una bendita se moria de pena, y no comia un pedazo de pan que no estuviese empapado con sus lágrimas. No tenia la infeliz más consuelo, mas esperanzas, ni mas refugio que sus oraciones á la Vírgen, suplicándole que se apiadase de aquel perdido sin fé ni ley, y lo volviese á traer al santo redil del Buen pastor.

Entre tanto aquel desgraciado seguia en su mala vida, asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso que perseguido y acosado por la justicia, no hallase albergue en que hospedar-se ni guarida en que refugiarse.

Huyendo, pues, en una ocasion, sin saber donde esconderse, se internó en unos andurriales y llegó á un yermo solitario en que habia una capilla. Vióla abierta, y como estaba



rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar.

Apoyóse en una columna y alzó los ojos hácia el altar, sobre el que se veía una hermosa imágen de bulto de la Señora con el niño en brazos.

Mirábala el facineroso, apartaba la vista y volvía á mirar. Considerándola así con el niño en brazos, se acordaba de su madre, y una pena y angustia amarga nació y fué creciendo en su corazon y subiendo mas y mas como la marea del amargo mar. Quería sacudir aquel pesar y desasosiego, y no podía! quería irse, y se volvía! y era porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y compasion, que parecia rogarle que no se fuese, hasta que brotando copiosas lágrimas de sus ojos y doblándose sus rodillas, cayó prostrado clamando: misericordia! madre mia, misericordia!

Al verle prostrado y derramando muchas lágrimas, la Vírgen le dijo al niño: „Hijo mio, perdona á este pecador arrepentido!” pero Jesus respondió: „no puede ser; sus maldades superan toda clemencia.”

El pecador que esto oia, sollozaba, se golpeaba el pecho y exclamaba: “madre de desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares tú tambien, tú Refugio de pecadores que así me enseñó mi madre á llamarte,



aquella madre que tanto confiaba en tu poderosa intercesion!”

—Hijo! tornó á decir la señora á su hijo, por su madre que fué tan devota de la tuya, por la preciosa sangre que derramastes para redimir al pecador, por las lágrimas de dolor que vierte el que está postrado á tus pies, perdónalo!

—No puedo hacerlo sin faltar á la justicia, contestó el Señor.

El pecador al oirlo, se echó al suelo y empezó á golpearse la frente contra las losas del pavimento gritando acongojado: ”madre mia, madre mia, me he de condenar? serán para siempre cerradas las puertas del cielo para mí que aunque tarde abro los ojos á la luz y detesto mis culpas?”

—Hijo mio, desde cuando eres sordo á la voz del arrepentimiento? dijo la Vírgen. ¿No pusistes en las santas enseñanzas de tus parábolas al hijo pródigo en el lugar preferente en la mesa de su padre? ¿Qué mas que otros ha hecho este pecador?

—Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.

—Ahora se le humilla y le adora postrado.

—Ha profanado mi templo.

—Ahora lo consagra con sus lágrimas de dolor y contricion.

—Ha faltado á mis mandamientos.

—Ahora los acata pidiéndote perdon y misericordia.



—Ha causado graves daños con sus escándalos y mal ejemplo.

—Ahora edificará con su conversion.

—Ha sido mal hijo.

—Su madre le ha perdonado.

—Sus crímenes son muchos.

—Mas son sus lágrimas de dolor y arrepentimiento.

Y bajándose la piadosa Señora del altar, colocó en él á su hijo que tenia en brazos, se hincó de rodillas y le dijo:

—Hijo! aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué haceis? ¿qué haceis, madre mia? dijo el Dios niño alzando á la Señora. ¿Quién vió nunca á una madre arrodillarse ante el hijo que parió? Alzad, madre mia, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oír esta clemente sentencia, el pecador alzó los ojos, abrió enagenado sus brazos, dió una voz de júbilo supremo, y murió, pues su dolor habia sido tal, que le habia partido el corazon en el pecho.

No hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido que muere cristiano y contrito.



## LA CARIDAD MAS MERITORIA.

---

Habia una Reina tan buena y tan sumisa y guiada por la enseñanza de Dios, que daba con su virtud y saber decoro al trono y con su ejemplo una gran leccion á sus vasallos.

Estableció esta gran Reina un premio para aquel que en el año transcurrido hubiese hecho la mayor y mas perfecta obra de caridad, conociendo que era esto una gran enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado por ella, y estaba reunido un inmenso concurso presidido por la Reina en su trono, se acercó uno y dijo que habia labrado en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazon de la buena Reina se llenó de gozo al oir esto y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido. "Sí, Señora, contestó el interrogado; solo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro que conste en qué fecha y por quién fué construido el edificio." La Reina le dió las gracias y se presentó otro.

Este dijo que habia costeadó á sus expensas un cementerio en su pueblo que de este



carecia. Alegróse la virtuosa Reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que solo faltaba concluir el hermoso enterramiento que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia. Dióle gracias la Reina, y en seguida se presentó una señora que dijo, que habia recojido una pobre niña huérfana que se moria de hambre, y la habia criado dándole lugar de hija que no tenia. "¿Y la tienes contigo?" preguntó la Reina. "Sí, señora, contestó la interrogada: es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí mientras Dios me dé vida."

Celebró mucho la Reina esta digna obra de caridad, y fué distraída por un tropel; las gentes abrian calle á un hermoso niño, el que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto, que hacia esfuerzos por deshacerse de sus manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

"¿Qué quiere ese bello niño?" preguntó la Reina que no cerraba sus oídos que eran mas de madre que de Soberana, á ninguno que deseaba hablarle. "Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, traer á vuestra Majestad á la que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y la



mejor obra de caridad."

—¿Y quién es? preguntó la Reina.

—Es esta pobre anciana, contestó el niño.

—Señora, dijo toda cortada y confusa la anciana, nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante has merecido el premio: dijo en tono suave pero decidido el niño.

—Pues qué ha hecho? preguntó la noble Reina que antes de todo queria ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan, respondió el niño.

—Ya veis, señora, exclamó apurada la anciana, ya veis, un mendrugo de pan!

—Es verdad, repuso el niño, que no fué mas que un pedazo de pan; pero estábamos solos y fué el único pan que tenia.

La Reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y el niño, que era el niño Dios, se elevó á las alturas bendiciendo á la gran y virtuosa Reina que dabá premio á la caridad, y á la buena y humilde anciana que lo habia merecido.







## LA INTENCION ES LO QUE MAS AGRADA A DIOS.

---

Habia en una huerta un pobre niño huérfano, que por caridad habian criado en ella.

Todas las madrugadas venia al pueblo á traer la berza, y despues de entregarla al revendedor se iba á la Iglesia de un convento; allí con mucho amor y fé se ponía de rodillas ante la imágen de una imágen de la madre de Dios, y no pudiendo traerle otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de la berza que criaba.

Los padres que notaron esta estrañeza parecida á un desacato, llamaron un dia al niño y le preguntaron que ¿por qué hacia aquello? El niño contestó que lo hacia por el grande y tierno amor que tenia á la Santa Madre de Dios, que miraba como madre suya tambien por no tener otra.

—Y qué, le preguntaron los padres: no sabes demostrarle tu amor de otra manera? ¿no sabes rezar?

El niño contestó que no sabia oracion alguna.



Entonces le dijeron los padres que todas las mañanas al volver de la plaza entrase en el convento y que ellos le enseñarian.

Así sucedió, y el niño en poco tiempo aprendió á rezar, á leer, á escribir y otras cosas, y ya no llevaba las hojas de las berzas á la Señora porque le daba vergüenza.

Pero sucedió que el niño cada vez se fué poniendo mas triste. Los Padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza y se la preguntaron, á cuya pregunta contestó el niño que era porque la Virgen no lo queria ya como antes. "Y cómo sabes eso?" preguntaron los Padres. "Lo sé, lo sé," contestó el niño. "Pero desde cuándo es que no te quiere como antes?" tornó á preguntar el Prior. "Desde que tanto he aprendido," contestó el niño. "Pues qué, prosiguió el Prior; te mira mal la Señora ó te despide cuando formulas tus oraciones ó cantas sus alabanzas?" "No, no, eso no:" respondió el niño. "Pues entonces, dijo el Prior, ¿por qué dices que no te quiere como antes?" "Porque antes, contestó el niño, cuando le traia las hojitas de mis berzas se sonreía, y ya no sonrío."

---



# TRADUCCIONES.

---







## EL SANTO GUIA.

---

*Leyenda italiana escrita en aleman por el Baron de Lamothe Fouqué.*

El valiente Duque Longobardo Ariulfo habia batido á los Romanos en Umbria, y sus tropas vencedoras estaban acampadas en el lugar en que se habia dado la batalla entonando cánticos á Albion, que fue el primero que condujo á aquel poderoso pueblo á Italia, y á aquellos héroes que en el habido combate se habian distinguido. Hé aquí lo que cantaban.

"Apresuradamente se llega; ardorosamente se combatió; héroes con héroes hay en la lid.

"¿Veis al mas bueno entre los buenos? Es nuestro duque; es el primero siempre en la lid.

"Ese sí que ha combatido! héroe entre los héroes, rey del campo en que venció."

Ariulfo sacudia la cabeza al oír esto y dijo:  
—Que Odin me asista; (Ariulfo no conocia



mayor juramento porque era gentil) que Odin me asista, si puedo otorgar el que diga la verdad ese canto. He combatido sí, lo espero así, como á un caballero pundonoroso compete; pero la palma del combate no me la he llevado yo.

Y esto diciendo volvióse hácia los capitanes que con él estaban sentados al rededor de la hoguera del campamento, y les preguntó que quien habia llevado la palma del combate en aquel dia.

Los experimentados guerreros se miraron unos á otros, se consultaron mutuamente, y al fin declararon unánimes, que el canto de los soldados decia bien, y que Ariulfo se habia mostrado aquel dia el mas esforzado y mas valiente de todos los guerreros.

Ariulfo volvió á sacudir con descontento la cabeza, miró pensativo á la llama de la hoguera, y al fin alzó la voz y dijo:

—¡Ay, caballeros longobardos! jamás hubiese creído que tanto hubiéseis dejencrado de nuestras costumbres y maneras germanas, que diéseis un voto de honor, impulsados mas que por la verdad, por el respeto humano!

Los caballeros se ofendieron mucho por estas palabras y repusieron:

—Señor! jamás hemos hecho cosa semejante, y puesto que probar no podeis vuestro aserto, debeis retirarlo.

Entre tanto Ariulfo volvía grave y sereno



la vista en rededor suyo y dijo despues:

—¿Pero no habeis visto ninguno de vosotros al apuesto mancebo que me ha guiado siempre en el combate, el que con su escudo dorado incesantemente me precedia, y paraba todos los golpes que me eran dirigidos? Pensaba yo, que su blanco caballo de batalla debia brillar entre el tropel cual la luna que nos alumbra entre las sombras de la noche. Mientras conserve mi memoria no olvidaré su gallarda presencia ni los dorados rizos que caen debajo de su casco sobre sus hombros, aunque á pesar de su esplendidez estaba equipado mas como peregrino que no como guerrero. No olvidaré, no, las inspiradas miradas de sus ojos cuando volviendo hácia mí su rostro cándido y juvenil, me hacia seña de que avanzase en las ocasiones en que no me era dable seguir su veloz carrera; y os digo en verdad, que mas bien la vergüenza que no mis propios brios era la que me arrastraba á seguirle. ¿Quién podrá darme informe de este jóven y noble guerrero, para que agradecido yo le ofrezca la palma del combate, y para que en adelante, si en ello consiente, no se separe de mi lado, honrándolo yo como á hermano menor, pero superior á mí en esfuerzo?

Pero ninguno pudo darle las pedidas noticias, é inútilmente inquirió mandando emisarios á todas sus huestes: su *guia* habia desaparecido, y preciso fué proseguir la marcha



sin aquel á quien proclamaba Ariulfo por su bizarria, noble continente y consagrado celo por su custodia, la joya de su ejército.

Llegaron los lombardos al son de sus victoriosas trompas á las cercanías de Espoleto, en donde el pueblo salió á su encuentro con ramos verdes en las manos y cantos de bienvenida en los labios, porque en aquel entonces, los pueblos preferian con mucho encontrarse bajo el dominio suave y honrado de los germanos, que bajo el enervado despotismo romano.

Cuando así cabalgaban bajo los floridos naranjos haciendo caer con sus altos plumeros el azahar sobre sus relucientes cascos, vieron de repente un hermoso edificio con gallardos arcos y atrevida torre que se alzaba hácia el azul del cielo, y que tenia sus grandes puertas abiertas de par en par.

—Este edificio, dijo Ariulfo, no puede ser otra cosa que un parador para el mundo entero, pues apenas se percibe cuando se siente uno irresistiblemente impulsado á entrar en él.

—Teneis razon, señor, contestó uno de los caballeros cristianos de su séquito, pero en otro sentido; porque á entrar aquí es convidado todo el mundo, para gozar del mas dulce descanso y de la mas inalterable felicidad que en el mundo puede existir. Esta es una iglesia; una iglesia levantada en memoria y honra de un gran siervo de Dios y mártir por su fé, Sa-



bino. En ella descansan sus sagrados restos, y á su intercesion acuden los cristianos cuando la invasion de los enemigos les amenaza.

Ariulfo se echó á reir y repuso.

—Siempre he oido decir que vosotros los cristianos erais unas gentes singulares; pero ahora me convenzo de ello. ¿Con que os figurais que un muerto pueda valeros en los combates? Para que se convenzan mis ojos de tales extravagancias, quiero entrar en vuestra iglesia.

El duque se apeó de su caballo y subió las gradas que conducian al solemne edificio. Seguia riendo al llegar á la puerta; pero cuando entró y se halló bajo las altas y sombrías bóvedas que terminaban en el resplandeciente altar, desde el cual el divino y adorable Redentor bajaba la vista sobre sus redimidos hijos, enmudeció Ariulfo y dejó de reir. Silencioso y con paso mesurado dió la vuelta al templo, mirando atentamente una y otra de las bellas imágenes de gloriosos siervos de Dios que ostentaban sus altares.

Paróse de repente ante una de estas, quedándose en muda contemplacion. Al fin movido por un impulso de asombro unió sus manos que se cruzaron, adquiriendo así impremeditadamente la actitud del que ora.

Llamó entonces á uno de los caballeros cristianos de su séquito, y le preguntó que quien era aquel bello mancebo que allí habian



pintado sobre un fondo azul y oro, que de cierto debia hallarse en las inmediaciones, porque en él reconocia á su tan buscado *guia* que habia sido siempre el primero en la lid; que no solo reconocia su persona, sino el vestido y armadura que llevaba.

El caballero respondió:

—Señor, bien puede ser que se vea entre el santo que esa pintura traslada, porque los santos y los ángeles suelen bajar al lado de los Soberanos, ya para amonestarlos, ya para protegerlos, mas no hay poder humano que los pueda hacer perceptibles á nuestra vista corporal. El venerado patrono de esta Iglesia que há tiempo subió á la presencia del Señor, es el santo mártir Sabino.

Entonces el duque se puso muy pensativo permaneciendo por mucho tiempo sin descruzar sus manos mirando á la Imágen. Al fin murmuró: No soy digno de permanecer aquí, y salió en silencio de la casa de Dios.

Debajo de los naranjos convocó á todos sus caballeros y les dijo: Valientes compañeros, he hallado á mi *guia* en el combate; es aquel que yace en esta Iglesia y tuvo por nombre Sabino, y del que impiamente me he reido; pero no volverá á suceder, lo afirmo con la palabra de caballero, y confio en que quien fué tan heróico auxiliador, no podrá ser irreconciliable, enemigo, sobre todo con un ofensor ciego por que tal lo fuí al reirme.



Los caballeros cristianos entrechocaron alegre y ruidosamente sus armas en señal de regocijo, y aseguraron á su señor que ciertamente el santo le habia perdonado.

No, repuso Ariulfo, no me lo debe perdonar todavia porque antes tambien tiene que ser mi *guia* y enseñarme la buena senda para salir y triunfar de los errores del paganismo. Ahora quiero oir diariamente é instruirme en la palabra y doctrina del verdadero Dios y de sus santos, y entonces espero poder destruir y alejar de mi vista los ídolos y falsas deidades, así como Sabino supo vencer y dispersar á los romanos.

El duque hizo lo que dijo; á poco habia alcanzado la verdadera fé, y el dia en que volvió á la iglesia en la que fué bautizado, decia con ánimo regocijado y satisfecho:

*El escudo dorado de Sabino, ha sido para mí un sol, y él un valiente GUIA á la victoria.*

---







## RECUERDO

---

TRADUCIDO DEL POETA ALEMAN ARNDT.

Llega, fresca brisa del Norte, potente fuerza de los recuerdos, alumbrá mi mente y despierta vivaces mis espíritus; lázalos con alas de éter, libres y animados, por la pura region desde la cual las cosas de este suelo no se ven sino como turbia neblina; allí solo llega la voz de las verdes montañas, y la de la mar azul, y las consejas de los magnos hechos de gigantes.

De tumbas cubiertas de musgo se levantan las sombras de los héroes piadosos que nos dicen:

“Del mismo modo que nosotros guerreamos debeis guerrear vosotros; solo en los *hechos* hay heroismo. Obrad así en la prosperidad como en la adversidad, que siempre puede obrar el hombre y no llameis reposo á lo que es pereza.

“Orar con fervor, obrar con fervor; pocas palabras, y mucha accion; este fué el lema de nuestros valientes antepasados y este lema de-



beis hacerlo vuestro. ¡Ay del soñador que sueña que sueña!—¡ay del que quiere hacer consistente la espuma!—¡ay del que se constituye en fuego fátuo!—¡ay del que viste traje de niebla!—¡Salve al hombre de luz y de acción!—Levántese contra él el infierno entero, no podrá vencerlo!”



## LEYENDA ALEMANA

TRADUCIDA DE HAGEN.

---

El caballero Rudolfo en la oscura noche apresura el paso de su bridon, pues sabe que su amada prometida le aguarda. Por los llanos y por los montes resuena el fuerte pisar de su caballo.

Llegó á una encrucijada; entre las hojas de los árboles murmuraba triste el viento, y al separar éste las ramas vió pendiente de una de ellas un esqueleto.

El caballero Rudolfo paró su caballo, y recitó reverentemente tres veces el Padre nuestro por el descanso de aquella pobre alma.

Y al inclinarse pronunciando el último amen se desprendió y bajó el esqueleto de la encina.

El caballero se estremeció, el caballo se asombró y quiso huir; pero el animoso gineete le detuvo y aguardó en nombre de Dios.

”Recibe las gracias, caballero Rudolfo, por tus oraciones que me han sacado del purgatorio. Loado sea Dios! Si tienes confianza en



mí, préstame tu caballo, tu capa y tu sombrero."

Asombrado el caballero Rudolfo, se bajó del caballo y dió al esqueleto lo que le pedia. Púsose éste la capa y el sombrero, montó el bridon y desapareció veloz.

Poco rato despues vió el caballero una luz como de relámpago, y oyó una detonacion como un trueno, y apenas vuelto en sí de su asombro vió venir al esqueleto que regresaba.

"Sabes, religioso y compasivo caballero, le dijo, que un celoso competidor tuyo, estaba en acecho aguardándote para con certera puntería darte muerte. Al pasar por aquí no omitiste el hacer bien por mí; no podia yo omitir el hacerlo por tí. Ahora puedes ir tranquilo á buscar tu felicidad, que yo voy á gozar de la eterna."

Lo que dicho, desapareció dejando solo al absorto y agradecido caballero.

---



## LA MADRE Y SU NIÑO.

TRADUCIDA DE CHAMISSO.

---

¿Cómo es que se ha trocado en desconsuelo la ufana alegría de la madre? Llorando está en su solitaria alcoba; no tiene ya en sus faldas á su niño; se lo han llevado y lo han acostado en una cama honda y fria, y cayendo la tierra sobre esta cama lo ha ocultado á su vista.

Desde entonces brota una fuente de lágrimas de sus ojos, fuente que no se agota.

Cuando el dia alumbra la actividad y placeres de los demás, ella sola y retirada está llorando.

Cuando la noche trae á otros el alivio y el descanso, ella no cierra los ojos de que brota el inagotable manantial.

En una ocasion vió á media noche á su niño que con suaves y silenciosos pasos se acercó á ella y mirándola con tristeza se puso á decirla:

"Oh madre! yo no puedo gozar de descanso



ni puedo estar feliz y dichoso viéndote llorar. Tus lágrimas llegan á mí; mira, mi tunicuita está empapada en ellas. Oh madre! deja que llegue á mí tu dulce sonrisa, que ella con las auras del cielo me la secará. Vuelva yo á ver tus ojos claros y serenos, y estaré contento y feliz. Oh! no llores, vente junto á mi camita y verás qué tranquilo y dulcemente duermo."

La madre hizo lo que le pidió su niño, y aunque sus mejillas palidieron sus ojos se tornaron claros y serenos.

---



## CONSOLATRIX AFLICTORUM.

---

(TRADUCIDO DEL ALEMAN).

Cómo arde el sol!—abrásame la sed!—asi exclamaba un pobre anciano abrumado por el cansancio; así se queja débil y rendido, pero ay!—está solo y nadie le oye, pues las rocas que le rodean son sordas! Pasaron los bríos de mi juventud, esclama, sus alegrías y sus goces. Los años me robaron las fuerzas, y me han traído trabajos y dolores. Tiempo hubo en que el monte cantaba y reía para mí en los espléndidos rayos de la mañana; mas en la actualidad ¡cuán amarga y triste se me hace su subida!—qué desolado y desierto me parece el valle!

Prosiguió subiendo trabajosamente la cuesta, y deteniéndose á veces para tomar aliento; fáltanle éste y las fuerzas, sus plantas están heridas y lo está tambien su corazon, y el monte es alto y pendiente la subida, y de sus sufrimientos y desamparo nadie se cuida! El pájaro que le saluda cantando en la enramada no



le comprende ni tampoco la rosa que á su paso le sonríe.

El sudor cae de su frente sobre el duro suelo que no sabe amar ni compadecer y que ignora que existen quebrados corazones.

Así camina gimiendo y solitario el mísero anciano, hasta que desfallecido cae postrado en tierra. Vuelve desconsolado la vista á su alrededor.—Está solo.—Su corazón se pára de dolor. Con amargo despecho se despide de este mundo. Ah! esclama, que nunca hubiese despertado! Ah! que siempre durmiese inerte! Maldita sea la infausta noche en que al mundo nací!

Y cuando así en su insensato despecho se forjaba la desesperacion, vió en un risco una pequeña efigie de la Vírgen Santa, que le hacia seña que á ella se acercase.

Estaba suave y tranquila con su hijo en los brazos, y le dijo: yo tambien fuí pobre y estuve desamparada; yo tambien subí con el ardiente sol del mediodía la acerba cuesta, llegando á mis oidos los golpes que daban en la Cruz; tambien á mí al pié de ésta me faltó el aliento cuando la espada del dolor atravesó mi corazón. Ven á mí y consuélate; en mis brazos está tu salvacion, tu refugio y tu descanso; míralo y cesará la congoja de tu alma y no te quejarás de tu desamparo. Él tomó sobre sus hombros la pesada Cruz y él llevará la tuya; llega, que tu Salvador te convida á ser su huésped.



Así habló aquella dulce efigie, y el desamparado sintió calmarse su dolor; lloró mansamente, y el consuelo penetró en su corazón; lo abrió á su Salvador, y su Salvador entró en él, y desde entonces no camina solo.

---







## REFUGIUM PECATORUM.

---

Allí donde se alza en el mar la empinada roca sobre la que se posa la hambrienta gaviota, y se estrella y deshace en espuma la rugiente ola; allí donde se perciben restos de naufragios y humanos cadáveres; allí donde las furiosas corrientes y los remolinos asombran á los navegantes; allí en una escueta y aislada peña, hay una tranquila y solitaria imágen de la Señora. Cada noche arde ante ella una luz encendida por manos humildes y piadosas, y por mas que el huracan combata la roca, la luz no se apaga, y por mas que las furiosas olas se empinen y la asalten, la luz no se apaga y sigue ardiendo tranquila ante la misericordiosa imágen, y á despecho de aquellos avisando al navegante el peligro y señalándole los escollos.

Si por allí transita y la quilla de su nave toca en las ocultas peñas, entonces el navegante vuelve la vista hácia la santa imágen y cruza sus manos, y aquella bendita luz se derrama tambien en su corazon, y con ella entran



en él el consuelo y la paz, y mirando con fé la suave y tranquila luz, esperando en la imágen que aquella luz venera y alumbra, aguarda lo próspero ó lo aciago, confiado y sin temblar.



CANCION  
DE  
LOS PESCADORES DE BRETAÑA.

---

El señor A. Brizeux, á quien apellidan en Francia el Virgilio armoricano, porque canta las leyendas populares de la Bretaña y recopila sus cantos, trae en un tomo que acaba de dar á la prensa una cancion de marineros. Quisiéramos ser poetas para traducirla en buenos versos en lugar de hacerlo en mala prosa.

LOS PESCADORES.

¡Qué felicidad es echarse á la mar con un cielo despejado, pues tan bello es el mar como el campo; y si el cielo azul se torna negro, nuestros corazones se mantienen alumbrados por la esperanza, porque Dios nos acompaña.!

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---



S. Pedro, S. Andrés, Santiago y S. Juan,  
que se celebran todos los años, fueron lo que  
somos nosotros; y esos pescadores de peces,  
cogieron despues hombres en sus santas redes.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---

Sobre las olas lo vieron venir sereno y lige-  
ro cual una sombra, y Pedro tuvo miedo de  
seguirle y le gritó: "Señor, salvadme, que me  
hundo."

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---

En tu barco, Pedro Simon, ¡qué hermoso  
sermon predicó Jesus al piadoso concurso!  
¡y despues tus viejas redes qué de pescado  
cogieron! y fué la pesca milagrosa.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---

Un dia durmióse en tu barca; ¿y te acuerdas  
cómo en torno se levantó la tempestad? Tú,  
asustado lo despertaste, y él le dijo á las olas:  
*apaciguaos*, y ellas bajaron la cabeza.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---



Así es que la barca en que se sentó Nuestro Señor siempre lleva buen viento: sin temerle al mar ni á las tempestades sigue siempre adelante la barca de S. Pedro.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---

¡Oh Jesus, amigo de los pescadores! venid hoy con nosotros en este humilde cascaroncito. Vamos, Señor, empuñad el timon, bendecid nuestro trabajo que mantiene á la familia!

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---

*Traduccion en verso hecha por el poeta valenciano D. Benito Altet.*

¡Bajo de un cielo azul resplandeciente,  
Qué venturosa dicha es navegar!  
Si es bello el campo y sus pintadas flores  
Tambien es bello el ondeante mar.

Cuando los claros cielos se oscurecen  
Alumbra la esperanza el corazon,  
Que Dios está en la tierra y en los mares,  
Y en mi camino me acompaña Dios.

A Jesus sobre el agua andar se via,  
Camina sin temor, barquilla mia.

San Pedro, San Andrés, Juan y Santiago  
Que la Iglesia en altares colocó,  
Lo que somos nosotros, ellos fueron;  
Pescadores de peces como yo.



Díjoles el Señor:—”Venid conmigo  
Yo pescadores de hombres os haré.”—  
Y aquel que pescador fué antes de peces,  
Hombres despues cogió en su santa red.

A Jesus sobre el agua andar se via,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Sobre las olas como sombra leve,  
Le miran sus discípulos llegar,  
Mas tiembla Pedro de seguirle y clama:  
—”¡Señor, salvadme, que me voy á ahogar!”—  
En tu pobre barquilla, Simon Pedro,  
¡Qué sermon tan sublime predicó!  
El concurso piadoso le escuchaba  
Y á todos su palabra convirtió.

A Jesus sobre el agua andar se via,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Y despues al tender las viejas redes  
¡Cuánto pescado cojes á tu vez!  
Viejas las redes son, mas no se rompen,  
Que aquella pesca milagrosa fué.  
¿Te acuerdas de aquel dia que en tu barco  
Quedándose dormido el buen Jesus,  
Embravecióse el mar, turbóse el cielo,  
Sonó el trueno, y brilló siniestra luz?

A Jesus por el mar andar se via,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Y alzándote, Simon, despavorido,  
Corriendo á despertar fuiste al Señor;  
Y él les dijo á las olas:—”Sosegáos”—  
Y súbito la mar se sosegó.

Así la barca en que el Señor sentóse  
Buen viento en todos tiempos llevará;



Ruge el mar y es en vano, que adelante  
La nave de San Pedro siempre vá.

A Jesus sobre el agua andar se via,  
Camina sin temor, barquilla mia.

¡Oh! buen Jesus, del pescador amigo!  
Yo soy un pobre pescador tambien,  
Solo un cascaroncito humilde tengo,  
Mas entra, y hoy, Señor, conmigo ven!

Vamos, Señor, con tu benigna diestra  
El timon de mi barca gobernad,  
Y bendecid, Señor, nuestro trabajo  
Que á la pobre familia pan le dá.

A Jesus sobre el mar andar se via,  
Camina sin temor, barquilla mia.

---









## LA ALMOHADITA DE UN NIÑO.

POESIA DE MAD. DESBORDES VALMORE.

---

¡Blanda y suave almohadita, que tan dulce descanso prestas á mi cabeza, y que para mí se hizo con escogido vellon y fina tela; cuando se tiene miedo del viento, de los lobos y de la tempestad qué tranquilamente se reposa sobre tí!

Muchos, muchos niños pobres y sin madre, no tienen almohada en que dormir; qué amarga es su suerte! madre mia, solo pensarlo me hace llorar!

Y cuando he rogado á Dios por esos angelitos que no tienen almohada, me abrazo con la mia en este nido que tú me has hecho, y por ello te bendigo, madre mia.

No me despertaré sino cuando el resplandor del alba brille sobre mi azul mosquitero bella y alegremente; pero antes de dormirme diré siquiera la mas tierna de mis oraciones Dáme otro beso, madre, y buenas noches.



*Oracion :*

Dios de los niños! atiende á los ruegos que del corazon de una niña suben á tí! Ay! que me han hablado de huérfanos sin familia, Dios mio!

Haz que de aquí en adelante no haya mas huérfanos!

Haz que cuando llegue la noche descienda un ángel consolador para acallar las voces que gimen y lloran, y pon debajo de las cabezas de los niños que sus madres abandonan una almohadita para que puedan dormir.



## EL PIMPOLLO DE ROSA.

---

*(Del aleman.)*

Un pobre niño se extravió en una selva, y viéndose perdido se dejó caer sobre el suelo, y se puso á llorar amargamente.

Aparecióse entonces á su lado otro niño que tenia alas, y al rededor de su cabeza extraños resplandores.

Traíale en un canastito sobre un paño muy limpio un panecito y miel.

Le enseñó muchas oraciones y sentencias; y lo condujo por la mano hasta que lo dejó á la puerta de su casa.

—Te vas? dijo el niño á su conductor, y este le respondió dándole un capullo de rosa: —Sí; pero cuando florezca este pimpollo de rosa nos reuniremos para no separarnos mas.

Cuando la madre vió entrar á su perdido niño lo abrazó, y puso el pimpollo que traia en un vaso con agua.

A la mañana siguiente halló la madre en el vaso una florida rosa, y en su lecho á su hijo muerto.







## HIMNO DEL NIÑO AL DESPERTAR.

---

*(Traducido de Lamartine por el difunto Sr. D. Lucas Gonzalez.)*

¡O Padre, á quien mi padre humilde adora!  
Tú á quien nombran tan solo de rodillas,  
Tú cuyo nombre tan terrible y dulce  
Mi madre al escuchar la frente inclina!

Dicen que del poder de que estás lleno  
Es un juego ese sol de luz tan viva  
Que bajo de tus plantas balancea  
Como dorada lámpara que brilla.

Dicen que tú eres quien nacer hiciste  
Los pajaritos que en el campo anidan,  
Y que á los niños das tambien un alma  
Para que te conozcan y te sirvan.

Dicen que tú eres solo quien produce  
Las bellas flores que el jardin matizan  
Y que á no ser por tí, siempre avariento  
Sus frutos el vergel nos negaria.

El universo todo convidado  
Al largo don de tu bondad se mira,  
Y en el festin inmenso de natura  
Ni el insecto mas mísero se olvida.

Pace el cordero la menuda grama,  
El citiso á la cabra regocija,  
La mosca por el borde de mi vaso  
Chupa la blanca leche con delicia.

Su sustento del grano apetecido



Halla la alondra en la olvidada espiga,  
Va tras el sembrador el pajarillo,  
Y el niño con su madre se estasia.

Y para conseguir, oh Dios! los dones  
Con que diariamente así nos brindas,  
¿Qué es necesario? Pronunciar tu nombre  
Por la noche, á la aurora, al mediodia!

Y pronuncia mi lengua balbuciente  
Este nombre que al ángel intimida  
Y hasta un niño, mi Dios!... es escuchado  
En el coro que á tí te glorifica!...

Los votos presentados por la infancia  
Dicen que grato á recibir se inclina,  
Por que en nosotros hay esta inocencia  
Aun de nosotros mismos no sabida.

Dicen que estas humildes alabanzas  
Muy mejor á su oído se encaminan,  
Que están los cielos de ángeles poblados  
Y que al ángel un niño se asimila.

Ah! puesto que Él escucha de tan lejos  
Votos que nuestra lengua le dirija,  
Yo de hoy mas sin cesar pedirle quiero  
Aquello que los otros necesitan.

Dios mio! dá su pluma al pajarito;  
Dale á los manantiales su agua limpia,  
Su lana á los corderos, y rocío  
Y sombra á las llanuras estendidas.

Dale al enfermo la salud, al pobre  
El pan que con sus lágrimas mendiga,  
Al huérfano un asilo, al desgraciado  
Preso, la libertad porque suspira.

Al padre que al Señor teme y adora,  
Dale una numerosa y fiel familia;  
Y para que mi madre feliz sea  
Dáme ventura á mí y sabiduría.

Que yo, aunque pequeñito, sea bueno  
Como aquel niño que en el templo habita,  
Que de mi lecho al pié cada mañana  
Halagüeño contemplo con sonrisa.



Pon siempre la verdad sobre mis labios,  
Y dentro de mi alma la justicia;  
Que con docilidad y un temor santo  
Por tu palabra el corazón se rija.

Y que mi voz se eleve hasta tu trono  
Cual suavemente el humo se sublima  
Desde la urna aromática que ondéa  
En la mano de niños cual la mía.







## ORACIONES

PARA

# EL SANTO BAUTISMO

*traducidas del alemán.*

---

Señor! este hijo que nos has dado, te lo traemos para que tuyo sea. Consagramos en tu santa grey esta vida que apenas se despierta, para que bajo tu amparo empiece su existencia.

Bendice, Señor, esta hora solemne, tan llena de amor y de gratitud hácia tí, en la que prometemos con el corazon lo que más adelante este niño cumplirá. Ayudadle, Señor, para que así lo haga y para que pueda alcanzar el fin para que fué creado.

*Despues del Bautismo.*

Bièn venido seas! tú, recién entrado en esta existencia de pesares amargos y santos gozos. Debes mirar á los unos como dones del cielo, y á los otros como pruebas, y agradecerlos ambos.



Que el Señor te dé fuerzas cuando se te presenten las tentaciones, para que puedas santificar tus obras con la religion; hágate defensor y adalid de todo lo bueno, dándote por auxiliares la Fé, la Esperanza y la Caridad.



Al concluir esta pequeña colección de composiciones religiosas, añadimos para edificación y consuelo de las buenas madres católicas, la adjunta Letanía, brotada del corazón de una santa, virtuosa y tierna madre al separarse de su hijo, jóven que á los diez y seis años siguiendo el giro de su carrera, marchó solo y entregado á sí mismo, á una córte extranjera y lejana. Que les sirva de estímulo para esta devoción, el saber que todos los ruegos de tan tierna y religiosa madre llegaron al cielo y le fueron otorgados.

## LETANIA

COMPUESTA POR UNA TIERNA MADRE.

---

PRECES POR MI HIJO J...

Señor, tened piedad de él.

Señor, tened piedad de él.

Jesus, escuchadme.

Jesus, atendedme.

Jesus celestial, que sois Dios, tened piedad de él.

Jesus, Redentor del mundo, que sois Dios, tened piedad de él.

Jesus, Espíritu-Santo, que sois Dios, tened piedad de él.



Trinidad Santísima, que sois un solo Dios, tened piedad de él.

Jesus, por el sacrificio que hice separándome de él, tened piedad de él.

Jesus, por lo muy lejos que está de su Madre, tened piedad de él.

Jesus, por no tener á su lado quien se interese por él, tened piedad de él.

Jesus, por las muchas lágrimas que por él derramo, tened piedad de él.

Jesus, por mis muchos ruegos, tened piedad de él.

Jesus, por estar en una Côte rodeado de peligros, tened piedad de él.

Jesus, por ser huérfano de padre, tened piedad de él.

Jesus, por su poca edad, tened piedad de él.

Jesus, por haber nacido en España, y ser su patrona la Pura y Limpia, tened piedad de él.

De todo peligro, líbralo Señor.

De toda enfermedad, líbralo Señor.

De titubear en su fe católica, líbralo Señor.

De todo vicio, líbralo Señor.

De toda pasion, líbralo Señor.

De malas compañías, líbralo Señor.

De malos consejos, líbralo Señor.

De malas lecturas, líbralo Señor.

De la indiferencia en su religion, líbralo Señor.

De todo contagio espiritual y temporal, líbralo Señor.



De toda caida, líbralo Señor.

De naufragios, líbralo Señor.

Por tu santísima vida, pasion y muerte, líbralo Señor.

Por tu santísima madre, líbralo Señor.

Por la intercesion de San Rafael, líbralo Señor.

Por la de San Luis Gonzaga, líbralo Señor.

Por la del Sr. San José, líbralo Señor.

Por la de su Santo, líbralo Señor.

Por la del Ángel de su Guarda, líbralo Señor.

Por tu mucha bondad, óyeme Señor.

Por tu misericordia, óyeme Señor.

Por lo mucho que te amo, óyeme Señor.

Por lo mucho que te temo, óyeme Señor.

Por lo mucho que lloro, óyeme Señor.

Por ser viuda, óyeme Señor.

Por lo que lo quiero á él, óyeme Señor.

Por ser mi primera súplica diaria todas las mañanas, óyeme Señor.

Por ser mi última súplica á la noche, óyeme Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, te ruego Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, perdónalo Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, óyeme Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de él, Señor.







**PENSAMIENTOS, MAXIMAS Y DEFINICIONES**

**POR**

**VARIOS AUTORES.**



REPUBLICAN PARTY

STATE OF TEXAS



## DEFINICIONES.

---

Dice Monseñor Gerbert que el culto de nuestros santos es el recuerdo inmortalizado por la oracion y por el amor.

---

Dice Lamartine que la crítica es el poder de los impotentes.

---

El mismo llama á la imitacion el Mefistófeles del genio.

---

La Rochefaucauld dice; que la magnanimidad es el buen sentido del orgullo.

---

De Maistre dice, que lo bello es lo que agrada á la virtud ilustrada.

---

Voltaire dice, que el buen gusto es el sentimiento de lo bello, y Chateaubriand que es el buen sentido del genio.

---

Balzac dice, que el *no sé qué* es un compuesto de talento, de buen gusto y de deseo de agradar.

---

Longin define lo sublime diciendo, que es el sonido que dá de sí un alma grande.



Madame de Genlis dice, que la elegancia es la nobleza de la gracia.

El instinto es lo que se siente sin definirlo.  
Anónimo.

La compasion la ha dado Dios por abogado á la desgracia.

Kératry.

La Escuela Escocesa opina que la filosofía es el buen sentido desenvuelto por la reflexion.

---

### SENTENCIAS Y PENSAMIENTOS.

---

Antes de escribir, aprended á pensar.

Boileau.

El dinero es mal amo, pero buen servidor.

No se debe abusar de nada, ni aun de la sencillez.

G. Blanche.

A las cosas externas y terrenas puede que sea cierto que antes de amarlas sea necesario conocerlas; pero en cuanto á las interiores y divinas, necesario es para conocerlas empezar por amarlas.

Derbruck.



La desgracia es una musa, dice el poeta;  
la desgracia es una maestra, dice el moralista;  
el religioso llama á las desgracias *pruebas*.

Anónimo.

La buena intencion conduce á las buenas obras.

A. Dumas.

El arte hace versos, pero solo el corazon es poeta.

Andrés Chenier.

Confesar sus defectos cuando se es reprendido, es modestia; descubrirlos á sus amigos, es ingenuidad; reprendérselos á sí mismo, es humildad; pregonarlos, es orgullo.

Confucio.

En todas cosas la exageracion es un brote y no puede ser una base.

D'Arlincourt.

No se dan ideas á quien no las tiene.

Diderot.

Lo que debemos pedir á los sucesos de cada dia, no son *sensaciones* sino enseñanza.

Triste condicion de la verdad es tener siempre quien la niegue.

Periódico La ESPERANZA.



El chiste no debe ocupar en la discusion sino un papel secundario; en ella se trata de convencer, y el chiste no alcanza á llevar á la inteligencia la conviccion.

G. Blanche.

Se cree uno disculpado con decir: *fué olvidado*; pero cabalmente está la falta en el *olvido*.

Francklin.

El que aprende reglas de sabiduría y no se rige por ellas, es semejante al labrador que prepara la tierra y no la siembra.

Poeta persa.

El mundo es una comedia para el hombre que piensa, y es una tragedia para aquel que siente.

Horcia Walpool.

El perdon concedido sin que le hayamos merecido por nuestro arrepentimiento, es casi un insulto; añade al pesar que nos causan nuestras faltas cometidas, el despecho de tener que admitirlo.

Souvestre

Nuestra impotencia es una barrera providencial, puesta por Dios á nuestros desvaríos.

El mismo.

El hombre mas feliz es el que pone en relacion el principio y fin de su vida.

Göethe.



La mas cruel venganza es desdeñar el vengarse.

Balzac.

La caridad que nada cuesta, no la toma el cielo en cuenta.

Balzac.

La claridad del deber, fácilmente ahuyenta los malos espíritus.

Balzac.

La sinrazon me pica, y la falta de buena fé me ofende.

Marquesa de Sevigné.

Dice el Coran que si la palabra es de plata, el silencio es de oro; y Nabi Efendi, poeta turco, piensa que la naturaleza no nos ha dado mas que un órgano para la palabra y nos ha dado dos para el oido, con el fin de enseñarnos que mas debemos escuchar que hablar.

Sabemos que el saber no es la felicidad y que la ciencia no es mas que un cambio de ignorancia por otra clase de ignorancia.

Lord Byron.

Las ideas mas fecundas son al mismo tiempo las mas sencillas; pero no las tienen sino los genios.

Magnier.



Enrique IV de Francia decia: la satisfaccion que procura la venganza dura un momento; pero la que procura la clemencia es eterna.

---

La mision del arte es *espiritualizar* la naturaleza.

Balzac.

---

No es varon fuerte aquel á quien no le crece el ánimo en las dificultades.

M. Bernardo.

---

En las buenas repúblicas moran los hombres en chozas y los Dioses en templos magníficos, y no hay peor señal que cuando los templos yacen abandonados y los hombres habitan palacios.

Winkelmann.

---

El temor de parecer débil es la mayor de todas las debilidades.

Bossuet.

---

La justicia busca al culpable; la equidad busca al inocente.

Sinónimos de Girard.

---

El orgullo de los que no pueden edificar consiste en destruir.

Balzac.

---



Solo las almas de temple fuerte no se degradan en la desgracia y la pobreza.

Mercier.

El tránsito de la Iglesia á una secta, se hace generalmente por el camino de los vicios, y el de una secta á la Iglesia, *siempre* por el de las virtudes.

Fitz Williams.

Las razas católicas son artistas, las protestantes industriales.

Alfonso Esquiros.

Si Dios hubiese hecho nuestra comprension bastante vasta para comprenderlo, habria sido privándonos de la mayor virtud teologal, la fé, y del mas bello tributo que podemos rendirle, la sumision.

Anónimo.

Cuando el hombre está enfermo llama á su padre y á su madre, cuando está triste implora al cielo.

Chinesco.

Amo la monotonía de los sentimientos, y si tuviese aun la locura de creer posible la felicidad, la buscaria en la costumbre.

Chateaubriand.

¿Cómo es que aquello que encanta á los de-



más sea precisamente lo que hastie al incrédulo?

Chateaubriand.

---

Nuestros actuales autores, ajan la imaginacion con qué se yo qué verdad que no es la verdad.

Idem.

---

Siempre los siglos de filosofía han tocado á los siglos de destruccion.

Idem.

---

Las virtudes meramente *morales* son por esencia frias; son mas bien efecto de la ausencia de los vicios que no efecto de la presencia de las virtudes.

Idem.

---

¡Ay del viajero que habiendo dado vuelta al globo, regresare ateo bajo el techo de sus padres!

Idem.

---

Es prodigiosa la razon que nos enseña que la fuente de todas las virtudes es la fé. No hay fuerza y poder sino en la conviccion.

Idem.

---

La muerte es tan poética porque toca á las cosas inmortales.

Idem.

---



Hablando siempre y siempre repitiendo lo mismo es el único medio que nos dá la esperanza de ser escuchados.

Chateaubriand,

No seais los primeros en cojer las armas, pero no os dejeis desarmar; la paz está en la fuerza.

Idem.

El odio que abrigamos hácia nuestros contrarios es menos perjudicial á la felicidad de ellos que á la nuestra.

Idem,

La justicia no nos parece severa sino cuando es imperfecta.

La verdad en la esfera moral me ha parecido siempre la esencia de lo sublime, así como en cuanto al buen gusto, la sencillez el criterio de lo bello.

No es menos necesario para ser feliz el conservar deseos que satisfacerlos.

Las precauciones de las almas sencillas, son casi siempre indiscreciones.

Lo que generalmente califica los alcances ó capacidad de un individuo es la fuerza de observacion que posee.



Los hombres mas inferiores á otros son los que con mas ahínco establecen su superioridad sobre las mujeres!

---

La peculiaridad de las pasiones es imprimir su movimiento funesto á toda la vida, y sus goces á pocos instantes.

---

De todos los vicios la bajeza es la que inspira menos indulgencia; el exceso de una cualidad puede ser el orígen de aquellos; pero esta solo nace de la ausencia de todas ellas.

---

La naturaleza dá las facciones, pero solo el alma dá la fisonomía.

---

La mujer que es digna de la amistad, no debe perderse por el amor.

---

#### SENTENCIA POPULAR ALEMANA.

---

Perder bienes, no es perder nada;  
perder el ánimo, es perder algo;  
perder la honra, es perder mucho;  
perder el alma, es perderlo todo.

---

#### QUEJAS DE LA VERDAD. (IDEM).

Los sabios son muy honrados, pero no lo



es su comportamiento conmigo; me prenden y me atan, salpican con negra tinta mi blanco rostro, y me ponen que no me conozco á mí misma. Me pegan y lastiman con libros y folletos; me tiran por los cabellos y echan fuera de su estudio.

---

ASI NOS HABLA EL SEÑOR. (IDEM).

Soy eterno y no me buscáis; soy la verdad y no me indagáis; soy el maestro y no me preguntáis; soy el camino y no me seguís; soy la luz y ciegos no me veis; soy todo poderoso y no me teméis; soy misericordioso y no confiais en mí; soy la vida y no ansiáis por mí; soy vuestro Señor y no me servís; soy bueno y no me amáis; si os condenáis no me culpeis!

---

EL FILOSOFO Y EL SOL.

FILÓSOFO.

Alto y resplandeciente astro, rey y señor de tus hermanos, tú que benévolo das calor al mundo, y nos adornas la tierra con flores, que das hojas á los árboles y canto á los pájaros, que vuelves alegre y cariñoso cada mañana ofreciéndonos tus luces, dí, hermoso astro ¿cómo adquieres nuevos rayos? ¿cómo vivificas y haces florecer el campo?

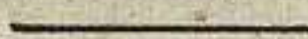
Responde, sol, satisface mi deseo.



SOL.

¿Acaso lo sé yo?—pregúntaselo á mi Criador.

Claudius.





# REFRANES.

---



REPERAVERE



## SOBRE LOS REFRANES.

No necesitamos hacer observar que los refranes, denominados hace mucho tiempo *filosofía vulgar*, y que son conceptos que han producido en union la agudeza del entendimiento, la sensatez del buen sentido, y el saber y conocimiento de la experiencia, han sido siempre altamente apreciados en todos los paises.

Estos códigos del buen sentido del vulgo son tanto mas de atender, cuanto que siendo anónimos, y corriendo de boca en boca sin padrinos, se pueden vanagloriar de ser difundidos y conservados por la sancion general y admitidos por todo el mundo. El famoso Tayllerand, hombre de tan reconocido talento, decia á Luis XVIII que tenia tambien un gran talento: "Hay, Señor, quien sepa mas que V. M. y que yo, y es *todo el mundo*." Pues bien, ese, que sabia mas que Luis XVIII y Tayllerand, es quien ha hecho y sancionado los refranes.

Dícese que los hay que se contradicen, sobre todo entre los que forman reglas ó preceptos; pero les sucede en eso como á ciertas medicinas aplicables á un enfermo, y no aplicables á otro aunque tenga la misma enfermedad, pues unos se curan con tónicos y otros con calmantes.

Es curioso observar la semejanza del espí-



ritu en los refranes de los mas distintos países: y cómo en la alta esfera moral, por diferentes que sean sus caractéres y su cultura, se nota en los hombres la mezcla de lo bueno y de lo malo que constituye su ser, del que decia el psicólogo suizo Lavater: "Parece que la naturaleza humana tiene dos partes, la una que ha recibido del cielo y la otra del infierno." y este ser, es el mismo en todas partes, puesto que son tan aplicables los proverbios de los árabes en Suecia, como los de los negros en Inglaterra. Esto demuestra que si bien las malas tendencias son universales, la honradez del juicio, y la sensatez de la prudencia que los contrarestan, lo son tambien.

Creemos, pues, que los refranes y reglas que aquí transcribimos serán leídos con gusto, y puede que con provecho.

España, país en que tanto brilla y abunda el ingenio, el sentido moral y el buen decir, esto es, la facilidad de juzgar, concebir y expresar la idea, debia naturalmente sobresalir en este ramo de sentencias y refranes, y así sucede; pero eso mismo hará que aquí se aprecien y complazcan los refranes de otros países, pues que en una buena orquesta, todo instrumento bien templado es acogido con gusto y contribuye á la armonía general.

Las épocas sucesivas que recorre la humanidad, tienen además de las generales sus peculiares malas tendencias que los refranes seña-



lan y satirizan, y la nuestra, esencialmente activa, diligente, y ansiosa de llegar á los fines de sus ambiciones sin reparar en los medios, ha sugerido á uno de nuestros contemporáneos de singular talento, chiste, y oportunidad (1) los siguientes aforismos jocosos, entre otros muchos no menos ingeniosos:

La poca vergüenza es un capital.

---

Apuntar antes de pagar, y contar antes de recibir.

---

Las potencias del alma son cuatro, memoria, entendimiento, voluntad, y *hacerse cargo*.

---

Las virtudes cardinales son: prudencia, justicia, fortaleza, templanza y *sangre ligera*.

---

#### REFRANES Y SENTENCIAS INGLESES.

Antes que cierres tus ojos purifica tu conciencia si quieres tener dorados sueños.

---

Mas vale celebrar las virtudes de un enemigo que adular los vicios de un amigo.

---

El honor debe ser una espuela para la virtud y no un estribo para el orgullo.

---

(1) El señor conde de Villacreces.



Si el orgullo es la vanguardia, cuidado con que no sea la pobreza la retaguardia.

---

El orgullo es una flor que crece en el jardín del diablo.

---

La ignorancia modesta es una ciencia salutífera.

---

Amenazas sin poderío son pistolas cargadas solo con pólvora.

---

Un necio puede refutar á un sabio y un sabio no puede convencer á un necio.

---

Cuando ha concluido un sermón en la Iglesia debe empezar en tí.

---

Si quieres perfeccionar tu instrucción instruye á otros.

---

No es el vino el que crece sobre la cepa, sino la uva.

---

Amigos y libros, pocos y buenos.

---

Con mas despacio se lee un libro que se compra, que un libro que se toma prestado.

---

La fé es una soberana, y las buenas obras son su séquito.

---

El pobre que pide limosna á un rico avaro, se dirige á uno mas pobre que él.



Vengan como vinieren, las altas verdades siempre proceden de Dios.

---

Perdona á todos antes que á tí mismo.

---

Confórtate, pero no te abrases en el fuego de las pasiones.

---

Hacer de prisa un negocio importante es correr la posta en burro.

---

El hombre paciente siempre está en sí; el hombre colérico por lo comun está fuera de sí.

---

#### REFRANES DE LOS NEGROS.

---

No todos los que llevan espuela tienen caballo.

---

Cuelga tu canasto en donde lo alcances.

---

Los huevos no deben mezclarse con los guijarros.

---

Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba.

---

La lepra dice que os está apegada; sí, pero es para roeros las carnes.

---



El cuchillo que en la calle se encuentra, en la calle se ha perdido.

---

El que quiere amasar, que amase su propia harina.

---

Todo el mundo sabe lo que frie tu sartén.

---

El zapato es el que sabe si tiene puntos la media.

---

Todo manjar es bueno para comer, pero no toda palabra es buena para decir.

---

Juega con el macaco, pero no le tires de la cola.

---

Cuando atraveses el río, no maldigas á la madre del caiman.

---

El perro tiene cuatro patas, pero no puede andar á la vez por cuatro caminos.

---

El saco vacío no se puede mantener en pié; para trabajar es necesario comer.

---

La culebra que tema ser pisada, que no salga al camino.

---

Quien tema á las pulgas, que no juegue con los perros.

---

El buen gallo en todo gallinero canta.

---



REFRANES TURCOS.

---

No te mueras, borrico mio, que la primavera vendrá y crecerá la yerba.

---

¿Qué desea el ciego? vista.

---

Quien mucho corre, se queda en el camino.

---

Mas dulce es vinagre dado que miel comprada.

---

El que tiene síno de ahorcado no se ahoga.

---

El que quiere vivir en paz, debe ser sordo, mudo y ciego.

---

La gallina del vecino nos parece una pava.

---

Mil amigos es poco; un solo enemigo es mucho.

---

Considera á tu enemigo como un elefante aunque sea una hormiga.

---

Es realmente ciego aquel que cae dos veces en el mismo hoyo.

---

Hay palabras que se asemejan á confites salados.

---



Aunque la lengua no tiene filo, hiere.

---

Dar á ricos, es verter agua en el mar.

---

El perezoso dice: no puedo.

---

No admitas dádivas, pues te las volverán á pedir.

---

La paciencia es la llave del contento.

---

Cuando visites á un ciego, cierra los ojos.

---

Mil ladrones no pueden robar al hombre desnudo.

FIN.















PUBLICACIONES DE LA MISMA LIBRERIA.

---

HISTORIA de Cristóbal Colón y de sus viajes, escrita en francés por Roselly de Lorgues; y traducida en español por Mariano Juderías.—2 tomos 4.º

---

ALBERONI, un cuaderno en 4.º

---

ESCALA espiritual para salir del pecado y subir á la perfeccion, por el P. V. M. de la Compañía de Jesus.—1 tomo 12.º

---

LA SANTÍSIMA Comunión, por Monseñor de Segur; opúsculo traducido por D. E. J. M.—1 cuaderno 12.º

---

GRAMÁTICA Griega, por J. M. Ceballos.—1 tomo 4.º

---

CRÓNICA del Viaje de SS. MM. y AA. RR. á Cádiz y pueblos de su provincia en 1862. Obra de lujo con multitud de láminas litografiadas. Van publicadas 17 entregas.

EN PREPARACION.

POESÍAS de D. Aristides Pongilioni. Formarán un volumen lujosamente impreso.